C. S. PACAT



EL PRÍNCIPE CAUTIVO

SAGA EL PRÍNCIPE

Damen es el legítimo heredero del trono de Akielos, pero cuando su medio hermano se hace con el poder, Damen es capturado y vendido como esclavo de placer al príncipe de una nación enemiga, Vere, donde nadie lo conoce. Su nuevo amo, el príncipe Laurent, es atractivo, manipulador y mortífero: encarna lo peor de su país. Pero en la corte vereciana, nada es lo que parece.

Cuando Damen se ve envuelto en una lucha de poder, tendrá que trabajar con su enemigo para sobrevivir y salvar a su país. La única regla para conseguir la libertad es no revelar jamás su verdadera identidad. Porque el único hombre al que Damen necesita es también quien más ansía verlo muerto…

C. S. Pacat

El príncipe cautivo

El príncipe cautivo - 1

ePub r1.0
Titivillus 22.04.2023

Título original: *Captive Prince*
C. S. Pacat, 2013
Traducción: Eva García Salcedo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PROYECTO SCRIPTORIUM

DÉCIMO ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



El príncipe cautivo está dedicado a
todos los lectores únicos y partidarios de la historia.
Vuestro apoyo y entusiasmo han hecho posible este libro.

Muchas gracias a todos.


El Gran Bosque del Norte
y las Estepas Septentrionales
Ver-Kindt
Arles
Skarva
Chastillon
Belloy
Varenne
VAS
VERE
Ver-Tan
Barbin
Toutaine
Ver-Vassel
Lys
Marches
Chasteigne
Ladehors
Alier
PATRAS
Arran
Ravenel
Acquitart
Fortaine
Bazal
Delpha
(Delfeur)
Marlas
Sicyon
Aegina
Dice
AKIELOS
Viaje en barco de Damen
Mellos
Thrace
N
O
E
Kesus
Mar Ellosiano
S
Ellium
Golfo de Atros
Ios
Isthima
Mapa de
AKIELOS Y VERE
0
150
300
kilómetros

Personajes

Akielos
Theomedes, rey de Akielos
Damianos, (Damen), hijo y heredero de Theomedes
Kastor, hijo ilegítimo de Theomedes y medio hermano de Damen
Jokaste, mujer de la corte akielense
Adrastus, guardián de los esclavos reales
Lykaios, esclava de la casa de Damianos
Erasmus, esclavo

Vere
El regente de Vere
Laurent, heredero al trono de Vere

Radel, supervisor de la casa del príncipe

Guion, miembro del Consejo Vereciano y embajador en Akielos
Audin, miembro del Consejo Vereciano
Herode, miembro del Consejo Vereciano
Jeurre, miembro del Consejo Vereciano
Chelaut, miembro del Consejo Vereciano

Nicaise, mascota

Govart, antiguo miembro de la Guardia del Regente

Jord, miembro de la Guardia del Príncipe
Orlant, miembro de la Guardia del Príncipe

Vannes, cortesana
Talik, su mascota

Estienne, cortesano

Berenger, cortesano
Ancel, su mascota

Patras
Torgeir, rey de Patras
Torveld, hermano menor de Torgeir y embajador en Vere

Personajes del pasado
Aleron, antiguo rey de Vere y padre de Laurent
Auguste, antiguo heredero al trono de Vere y hermano mayor de Laurent

Prólogo

—HEMOS OÍDO QUE SU príncipe —dijo *lady* Jokaste— posee su propio harén. Estos esclavos serían del agrado de cualquier tradicionalista, pero le he pedido a Adrastus que prepare además algo especial: un regalo personal para el príncipe de parte del rey. Un diamante en bruto, por así decirlo.

—Su Majestad ya ha sido muy generosa —repuso el consejero Guion, embajador de Vere.

Comenzaron a andar por la galería de observación. Guion había comido unas suculentas carnes especiadas envueltas en hojas de parra y los atentos esclavos lo abanicaban mientras el consejero disfrutaba su comida tumbado. Se sentía tentado a reconocer abiertamente que aquel país de bárbaros tenía su encanto. La comida era simple y casera, pero los esclavos eran impecables: su obediencia resultaba intachable y estaban instruidos para pasar inadvertidos y anticiparse; todo lo contrario que las mascotas malcriadas de la corte de Vere.

La galería estaba decorada por dos docenas de esclavos. Todos estaban desnudos o ataviados con sedas transparentes. En el cuello, llevaban collares de oro con rubíes y tanzanitas engastados y, en las muñecas, grilletes dorados puramente ornamentales. Los esclavos se arrodillaron en señal de sumisión voluntaria. Debían de ser un presente del nuevo rey de Akielos para el regente de Vere; un regalo muy generoso. Solo el oro valía una pequeña fortuna, y los esclavos eran sin lugar a dudas de los mejores de Akielos. Guion ya se había reservado a uno de los esclavos de palacio para su uso personal: un joven recatado de cintura bella y fina y unos ojos oscuros enmarcados por espesas pestañas.

Cuando llegaron al final de la galería, Adrastus, el guardián de los esclavos reales, hizo una pronunciada reverencia y juntó los talones. Calzaba unas botas de cuero marrón con cordones.

—Bueno, ya hemos llegado —anunció *lady* Jokaste con una sonrisa.

Entraron en una antecámara y Guion abrió los ojos como platos.

Había un esclavo, atado y vigilado por muchos guardas, diferente a cualquier otro que Guion hubiese visto.

Tenía un físico imponente, con unos fuertes músculos, y, a diferencia de los otros esclavos de la galería, no lucía ningún abalorio. Sus ataduras eran de verdad. Tenía las muñecas anudadas a la espalda, y las piernas y el torso ceñidos por gruesas cuerdas. Sin embargo, no parecía que todas esas precauciones fueran capaces de contener la fuerza de su cuerpo. Por encima de la mordaza, sus ojos oscuros brillaban con furia, y si alguien hubiese observado detenidamente las fuertes ligaduras que lo ataban, habría advertido las profundas marcas rojas, consecuencia del forcejeo al tratar de liberarse.

A Guion se le aceleró el pulso, prácticamente presa del pánico. ¿Era ese el diamante en bruto? Aquel esclavo parecía más un animal salvaje; no tenía nada que ver con los veinticuatro gatitos domesticados alineados en el pasillo. Era mucho más fuerte, parecía casi imposible de contener.

Guion miró a Adrastus, que había quedado atrás, como si la mera presencia del esclavo lo pusiese nervioso.

—¿Todos los nuevos esclavos están atados? —preguntó Guion, en un intento de recuperar la compostura.

—No, solo él. Es que… —Adrastus vaciló.

—¿Qué?

—No está acostumbrado a que lo manejen —confesó Adrastus, y lanzó, incómodo, una mirada de reojo a *lady* Jokaste—. No está entrenado.

—Se rumorea que a su príncipe le encantan los desafíos —intervino *lady* Jokaste.

Guion intentó ocultar su reacción mientras se volvía hacia el esclavo. No estaba seguro de que aquel obsequio bárbaro fuese del agrado del príncipe; no tenía a los salvajes habitantes de Akielos precisamente en alta estima, por decirlo suavemente.

—¿Tiene nombre? —inquirió Guion.

—Por supuesto, su príncipe puede llamarlo como quiera —dijo *lady* Jokaste—. Pero creo que el rey quedaría sumamente complacido si lo llamasen «Damen».

Los ojos de la mujer se iluminaron.

—¡*Lady* Jokaste! —exclamó Adrastus, al parecer contrariado, aunque, desde luego, eso era imposible.

Guion miró a uno y a otra y se dio cuenta de que esperaban que dijese algo.

—Una elección interesante, ciertamente —comentó Guion. En realidad, estaba horrorizado.

—Eso mismo piensa el rey —convino *lady* Jokaste, con una ligera sonrisa.

Mataron a su esclava Lykaios con un corte de espada rápido en la garganta. Era una esclava de palacio, no entrenada en combate, y tan dulce y obediente que, si él se lo hubiese ordenado, se habría arrodillado y descubierto el cuello para recibir el golpe. No tuvo ocasión de obedecer o resistirse. Cayó al suelo sin hacer ningún ruido, mientras un charco de sangre se formaba lentamente en el mármol blanco, tan pálido como sus extremidades inertes.

—¡Prendedlo! —gritó uno de los soldados al irrumpir en la habitación, un hombre de pelo castaño lacio.

Damen se sobresaltó, y podrían haberle atrapado, pero en ese instante dos de los soldados se dirigieron hacia Lykaios y la liquidaron.

Damen se hizo con una espada tras un forcejeo en el que mató a tres soldados.

Los hombres que lo encaraban flaquearon y se mantuvieron alejados.

—¿Quién os envía? —preguntó Damen.

—El rey —contestó el soldado de cabello liso.

—¿Mi padre? —Estuvo a punto de bajar la espada.

—Kastor. Tu padre está muerto. Prendedlo.

Luchar era algo innato en Damen, tenía aptitudes naturales, mucha fuerza y, además, practicaba constantemente. Pero quien había enviado a esos hombres en su busca lo conocía muy bien y no había escatimado en soldados para vencer a un hombre de su talla. Estaba abrumado, era evidente que lo superaban en número, y apenas fue capaz de oponer resistencia: enseguida se encontró dominado, con los brazos inmovilizados en la espalda y una espada rozándole la garganta.

Damen, ingenuo, pensó que lo matarían de inmediato. Sin embargo, lo golpearon y apresaron, y cuando trató de liberarse —causando bastante daño a pesar de estar desarmado—, lo vapulearon de nuevo.

—Lleváoslo —ordenó el soldado de pelo lacio, mientras se pasaba la mano por la sien, por la que le caía un hilillo de sangre.

Lo arrojaron a una celda. No entendía qué ocurría; nada tenía sentido.

—Llevadme a ver a mi hermano —exigió. Los soldados se echaron a reír y uno le dio una patada en el estómago.

—Ha sido tu hermano quien ha ordenado esto —se burló otro.

—Mientes. Kastor no es ningún traidor.

Cerraron la celda de un portazo y no pudo evitar que lo asaltasen las dudas.

Una vocecilla le susurraba que había sido un ingenuo; no lo había previsto ni lo había visto venir; o quizá no había querido aceptar la realidad. No había dado crédito a todos los rumores que circulaban y que mancillaban su honor de hijo durante los últimos días de vida de su padre enfermo y moribundo.

Por la mañana, fueron a buscarlo y, en ese momento que era más consciente de la situación, decidió que quería enfrentarse a quien le había hecho aquello con orgullo y coraje. Se dejó atar los brazos a la espalda y avanzó con obediencia cuando le dieron un brusco empujón.

Sin embargo, cuando se dio cuenta de a dónde iban, trató de liberarse con violencia.

Toda la estancia estaba tallada en mármol blanco. El suelo se inclinaba ligeramente y terminaba en un pequeño arroyo discreto. Del techo colgaban un par de grilletes con los que encadenaron a Damen. Los brazos le quedaron por encima de la cabeza. Trató de soltarse, pero no lo consiguió.

Estaba en los baños de los esclavos.

Damen forcejeó con los grilletes, en vano. No se movieron. Solo consiguió magullarse las muñecas. En ese lado del agua, había un revoltijo de cojines y toallas dispuestos de forma desordenada. Entre ellos, diversas botellas de cristal brillaban como si fueran joyas. Todas tenían formas y colores diferentes, y, en su interior, se apreciaban distintos aceites.

El agua, de una textura lechosa, estaba perfumada y decorada con pétalos de rosa. Había demasiadas comodidades; aquello no era posible. Damen sentía cómo el odio y la furia crecían en su interior y una nueva emoción que le revolvía el estómago.

Mientras un soldado lo mantenía inmovilizado, el otro comenzó a desnudarlo.

Le quitaron toda la ropa y le cortaron las sandalias. Damen notó cómo enrojecía por la humillación mientras se ponía de pie, encadenado y completamente expuesto. Notó cómo la humedad y el calor de los baños se le adhería a la piel.

Los soldados se retiraron hacia la entrada, donde una figura los despidió. Su cincelado y hermoso rostro le resultaba familiar.

Adrastus era el guardián de los esclavos reales. El rey Theomedes le había otorgado aquel prestigioso cargo. Damen sintió que la ira le cegaba. Cuando recuperó la compostura, advirtió que Adrastus lo escudriñaba.

—No oses ponerme una mano encima —espetó Damen.

—Cumplo órdenes —contestó Adrastus, titubeante.

—Te mataré —escupió Damen.

—¿Mejor… una mujer? —sugirió Adrastus. Retrocedió un paso y susurró al oído de un criado, que hizo una reverencia y salió de la estancia.

Una esclava entró unos minutos más tarde. Seleccionada cuidadosamente, reunía todos los gustos conocidos de Damen. Tenía la piel tan blanca como el mármol de los baños y llevaba el pelo rubio recogido en un moño sencillo, dejando a la vista su elegante cuello. Sus senos se apreciaban turgentes bajo la tela y se advertían sus pezones rosados.

Aunque no era la primera vez que un esclavo lo atendía, Damen la observó acercarse con cierta cautela, estudiando sus movimientos.

La esclava se llevó la mano al cierre del hombro. Primero dejó al descubierto la curva de un pecho y, luego, una cintura esbelta. La tela le resbaló hasta las caderas y cayó al suelo. Seguidamente recogió un poco de agua con la taza.

Desnuda, se limpió el cuerpo, enjabonando y enjuagándolo, sin prestar atención a la forma en que el agua se derramaba por su propia piel y salpicaba sus pechos redondos. Por último, humedeció el pelo, lo enjabonó y lo lavó a fondo y, luego, se puso de puntillas y se echó agua tibia con una de las tinas más pequeñas por la nuca.

Damen se sacudió como un perro. Miró a su alrededor en busca de Adrastus, pero el guardián de los esclavos parecía haberse esfumado.

La esclava cogió uno de los frascos de colores y se echó un poco de aceite en la palma. Se embadurnó las manos y comenzó a untarle la piel con la sustancia empleando movimientos metódicos; se la aplicó por todas partes. Mantuvo la mirada baja, incluso cuando ralentizó los gestos a propósito para restregarse contra él. Damen se aferró a los grilletes.

—Ya basta —ordenó Jokaste, y la esclava se apartó bruscamente de Damen y se postró de inmediato en el mármol mojado.

Damen, visiblemente excitado, aguantó la mirada escrutadora y tranquila de Jokaste.

—Quiero ver a mi hermano —pidió.

—Tú no tienes ningún hermano —replicó Jokaste—. No tienes familia. No tienes ni nombre ni rango ni posición. A estas alturas ya deberías saber al menos eso.

—¿Esperas que me someta a esto? ¿Que permita que… ¿quién, Adrastus? me domine? Le arrancaré la cabeza.

—Sé que lo harías, pero no servirás en palacio.

—¿Dónde? —preguntó sin rodeos.

La mujer lo miró.

—¿Qué has hecho? —interrogó Damen.

—Nada —respondió—, salvo elegir a uno de los hermanos.

Habían hablado por última vez en los aposentos de ella en palacio; Jokaste le había apretado el brazo.

Parecía salida de un cuadro. Sus rizos rubios se enroscaban a la perfección, tenía la frente alta y lisa y unos rasgos clásicos y serenos. Donde Adrastus se había detenido, sus delicadas sandalias se abrieron camino con pasos lentos y seguros por el mármol húmedo en su dirección.

—¿Por qué mantenerme con vida? ¿Qué… necesidad hay? Si omitimos este detalle, es un plan muy bueno. ¿Es que acaso…? —Reprimió la pregunta y ella malinterpretó sus palabras adrede.

—¿Crees que tu hermano te quiere? No lo conoces, ¿verdad? ¿Qué es la muerte sino fácil y rápida? Quiere que te persiga para siempre la idea de que la única vez que te venció fue la única que importó.

Damen sintió que su semblante se desfiguraba.

—¿Cómo?

Jokaste le tocó la barbilla, sin miedo. Sus dedos eran delgados, blancos y de una elegancia impecable.

—Ya veo por qué prefieres la piel pálida —concedió—. La tuya oculta los moretones.

Tras colocarle el collar y las esposas de oro, le pintaron la cara.

En Akielos, la desnudez masculina no era ningún tabú, pero la pintura era la marca de un esclavo, y resultaba mortificante. Pensó que no existía mayor humillación que cuando lo arrojaron al suelo delante de Adrastus. Entonces vio la expresión de avidez de su rostro.

—Estás… —Adrastus lo miró de hito en hito.

Damen tenía los brazos anudados a la espalda; tenía tantas ataduras que apenas podía moverse. Ahora estaba tendido en el suelo, a los pies de Adrastus. Se puso de rodillas, pero sus dos guardias lo mantuvieron sujeto para impedir que se levantara.

—Si lo que querías era un cargo mejor —dijo Damen, con odio llano en la voz—, eres un necio. Nunca ascenderás. No puede confiar en ti. Ya has traicionado a alguien para beneficiarte.

Adrastus le golpeó con tanta fuerza que le giró la cara. Damen se pasó la lengua por la parte inferior del labio y notó el sabor a sangre.

—No te he dado permiso para hablar —espetó Adrastus.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer? —replicó Damen.

Adrastus dio un paso atrás; tenía el rostro pálido.

—Amordazadlo —ordenó, y Damen volvió a enfrentarse en vano a los guardias. Le abrieron la boca hábilmente y le introdujeron un trozo de hierro envuelto en una tela gruesa. Cuando trató de hablar solo consiguió proferir un sonido amortiguado, pero siguió mirando a Adrastus con ojos desafiantes.

—Todavía no lo entiendes —dijo Adrastus—, pero ya lo harás. Comprenderás que lo que dicen en palacio, en las tabernas y en la calle es cierto. Eres un esclavo. No vales nada. El príncipe Damianos está muerto.

Capítulo uno

DAMEN VOLVIÓ EN SÍ poco a poco. Notaba las extremidades muy pesadas, consecuencia de que lo hubiesen drogado, y las tenía sobre unos almohadones de seda. También sentía las esposas de oro que le rodeaban las muñecas y pesaban como si fueran de plomo. Parpadeó varias veces para acostumbrarse a la luz. A lo lejos, oyó un murmullo. Parecía que hablaban en vereciano. Su instinto le decía: «Levanta».

Se recompuso y se arrodilló.

¿Voces verecianas?

Al principio estaba demasiado confuso para sacar nada en claro. No conseguía encauzar su mente. Trató de recordar qué había sucedido justo después de que lo capturaran, pero sabía que había pasado tiempo desde entonces. Estaba seguro de que lo habían drogado en algún momento. Buscó ese recuerdo hasta que dio con él.

Había intentado escapar.

Lo encerraron en un carro de caballos y, bajo estricta vigilancia, lo condujeron a una casa a las afueras de la ciudad. Lo arrojaron a un patio cerrado y… recordaba unas campanas. El patio se había llenado con el súbito tañido de unas campanas, y ese sonido se había oído en todas partes.

Las campanas al ocaso tenían un significado muy concreto: el heraldo de un nuevo rey.

«Theomedes ha muerto. Salve, Kastor».

Con el repicar de las campanas, la necesidad de huir fue más fuerte que la cautela. Tuvo una oportunidad cuando salieron los caballos.

Pero estaba desarmado y rodeado de soldados en un patio cerrado, por lo que el forcejeo fue violento. Lo arrojaron a una celda en algún rincón de aquella casa para después drogarlo. Los días se mezclaban unos con otros.

Del resto solo recordaba breves fragmentos, incluidos —se le encogió el estómago— el azote y las salpicaduras de agua salada: lo habían transportado en un barco.

Se le empezaba a aclarar la mente. Se estaba despejando por primera vez en… ¿cuánto tiempo?

¿Cuánto hacía que lo habían capturado? ¿Cuánto hacía que las campanas habían sonado? ¿Cuánto hacía que había permitido que aquello ocurriese? Un arranque de voluntad empujó a Damen a ponerse en pie. Debía proteger su hogar, a su pueblo. Dio un paso.

Una cadena traqueteó. El suelo de baldosas se deslizó vertiginosamente bajo sus pies; se le nubló la vista.

Apoyó un hombro en la pared para estabilizarse. Tuvo que esforzarse para no volver a resbalar y se mantuvo erguido para evitar marearse. ¿Dónde estaba? Con la mente todavía turbia, estudió su aspecto y su entorno.

Iba ataviado con las ligeras prendas de un esclavo akielense, pero estaba limpio, así que debían de haberlo atendido. No obstante, no recordaba cuándo había pasado. Todavía llevaba el collar dorado y las esposas de oro en las muñecas. El collar estaba unido a un eslabón de hierro en el suelo, protegido con un candado.

Una ligera sensación de histeria lo amenazó por un instante: olía levemente a rosas.

En cuanto a la habitación, daba igual dónde mirase; encontraba adornos por todas partes. Las paredes estaban profusamente decoradas. Las puertas de madera eran delicadas como una mampara y estaban talladas con un diseño repetitivo que incluía huecos que permitían intuir lo que había al otro lado. Las ventanas estaban tapadas de manera similar. Incluso las losetas del suelo eran de varios colores y estaban dispuestas en un patrón geométrico.

Daba la impresión de que eran estampados dentro de estampados, tal como las intrincadas creaciones de la mente vereciana. Todo encajó de repente: voces verecianas, la humillante presentación ante el consejero Guion —«¿Todos los nuevos esclavos están atados?»—, el barco y su destino.

Aquello era Vere.

Horrorizado, Damen miró a su alrededor. Estaba en pleno territorio enemigo, a cientos de kilómetros de casa.

No tenía sentido. Respiraba, no tenía ni un agujero en el cuerpo, y no había sufrido el lamentable accidente que podría haberse esperado. Los verecianos tenían buenas razones para odiar al príncipe Damianos de Akielos. ¿Por qué seguía con vida?

El sonido de un cerrojo abriéndose desvió su atención bruscamente hacia la puerta.

Dos hombres entraron rápidamente en la habitación. Damen los observó con cautela y recordó vagamente al primero; lo había visto en el barco, era un tratante vereciano. El segundo era un desconocido: pelo negro, barba, ropas verecianas y un anillo de plata en cada falange.

—¿Este es el esclavo que hay que presentar al príncipe? —preguntó el hombre de los anillos.

El tratante asintió.

—Has dicho que era peligroso. ¿Qué es? ¿Un prisionero de guerra? ¿Un criminal?

El tratante se encogió de hombros como si dijera: «Vete tú a saber».

—Mantenlo encadenado.

—No seas tonto. No podemos dejarlo encadenado para siempre. —Damen sentía que el hombre de los anillos tenía la mirada fija en él. Las siguientes palabras fueron casi un halago—. Míralo. Hasta el príncipe tendrá trabajo para rato.

—Tuvimos que drogarle en el barco para que no diera problemas —explicó el tratante.

—Ya veo. —La mirada del hombre se volvió crítica—. Déjalo amordazado y acorta la cadena para la visita del príncipe. Dispón también una escolta apropiada. Si causa problemas, haz lo que tengas que hacer —dijo con desdén, como si Damen le importase más bien poco, como si solo fuera otra simple tarea que realizar.

Conforme se le aclaraba la mente, enturbiada por las drogas, Damen cayó en la cuenta de que sus captores no conocían la identidad de su esclavo. «Un prisionero de guerra. Un criminal». Dejó escapar un leve suspiro.

Era mejor que permaneciese callado y no llamara la atención. Había recobrado la entereza suficiente para ser consciente de que, como príncipe Damianos, era poco probable que sobreviviese una noche en Vere. Le iría mucho mejor si lo consideraban un esclavo anónimo.

Toleró que lo toqueteasen. Evaluó las salidas y la calidad de los guardias de su escolta. Esta última era inferior a la del collar que tenía en el cuello. Tenía los brazos atados a la espalda, estaba amordazado y le habían reducido la cadena a tan solo nueve eslabones, de modo que, incluso arrodillado, tenía la cabeza gacha y apenas podía alzar la vista.

Los guardias se colocaron a ambos lados de él y de las puertas que tenía delante. El silencio de la sala era de expectación y notaba los tensos latidos de su pecho.

Hubo un repentino frenesí de actividad, voces y pasos que se acercaban.

«La visita del príncipe».

El regente de Vere guardaba el trono para su sobrino, el príncipe heredero. Damen no sabía casi nada de él, salvo que era el menor de dos hijos. Lo que sí sabía a ciencia cierta era que su hermano mayor, el anterior heredero, estaba muerto.

Un grupo de cortesanos entraba en la sala.

Ninguno resultaba demasiado interesante, excepto uno: un joven con un rostro asombrosamente bello; la clase de rostro que habría conseguido una pequeña fortuna en la manzana destinada a los esclavos de Akielos. El chico captó la atención de Damen y la retuvo.

El muchacho tenía el cabello rubio, los ojos azules y la piel muy clara. Vestía de manera sobria, y el azul marino de sus ropas resultaba demasiado oscuro para su palidez. Desde luego, contrastaba con el estilo recargado de las estancias. A diferencia de los cortesanos que avanzaban delante, no llevaba joyas, ni siquiera anillos en los dedos.

A medida que se aproximaba, Damen vio que la expresión que se dibujaba en su hermoso rostro emanaba arrogancia e irritación. Conocía a los de su calaña. Vanidosos y egoístas, educados para creerse mejor que nadie y permitirse actuar como tiranos de poca monta con los demás. Mimados.

—He oído que el rey de Akielos me ha enviado un regalo —dijo el joven, que no era otro que Laurent, el príncipe de Vere.

—Un akielense postrado de rodillas. Qué apropiado.

Damen era consciente de la atención de los cortesanos a su alrededor, reunidos para ver al príncipe recibir a su esclavo. Laurent se detuvo en seco en cuanto vio a Damen; se puso blanco, como si hubiera recibido una bofetada. A pesar de que apenas podía alzar la cabeza por la cadena que le rodeaba el cuello, Damen se percató del gesto. Pronto, la expresión de Laurent se volvió inescrutable.

Damen era solo uno más de la remesa de esclavos, como le confirmaron dos cortesanos que no dejaban de cuchichear a su lado, irritándole. Los ojos de Laurent lo observaban como si fuera una mercancía. Damen sintió cómo los músculos de la mandíbula se le tensaban.

—Está previsto que sea un esclavo de placer, pero no está entrenado. A Kastor se le ocurrió que tal vez os apetecería doblegarlo a vuestro antojo —intervino el consejero Guion.

—No estoy tan desesperado como para mancharme de porquería —espetó Laurent.

—Sí, alteza.

—Emplead la cruz. Creo que eso bastará para cumplir mi obligación con el rey de Akielos.

—Sí, alteza.

Percibió el alivio del consejero Guion. A los tratantes se les indicó rápidamente que se lo llevaran. Damen imaginó que presentaba un desafío considerable para la diplomacia: el presente de Kastor desdibujaba la línea entre la munificencia y la atrocidad.

Los cortesanos se disponían a salir. La farsa había terminado. El tratante se inclinó hacia la argolla de hierro del suelo: iban a desencadenarlo para llevarlo a la cruz.

—Espera —ordenó Laurent.

El tratante se detuvo y se enderezó.

Laurent dio unos pasos al frente y se paró delante de Damen, mirándolo con una expresión indescifrable.

—Quiero hablar con él. Quítale la mordaza.

—Tiene la lengua muy suelta —advirtió el tratante.

—Alteza, si me permite una sugerencia… —empezó a decir el consejero Guion.

—Que se la quites.

Damen se pasó la lengua por el interior de la boca después de que el tratante le retirase la tela.

—¿Cómo te llamas, cariño? —inquirió Laurent en un tono no muy agradable.

Sabía que no debía responder a ninguna pregunta planteada con esa voz dulzona. Alzó la vista hacia Laurent. Fue un error. Se miraron el uno al otro.

—A lo mejor no habla nuestro idioma —apuntó Guion.

Unos ojos de un azul cristalino se posaron en los suyos. Laurent repitió la pregunta lentamente en la lengua de Akielos.

Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas.

—Hablo tu idioma mejor que tú el mío, cariño.

Sus palabras, con apenas un leve rastro de acento akielense, fueron inteligibles para todos, lo cual le valió un buen puñetazo del tratante y un miembro de la escolta le aplastó la cabeza contra el suelo.

—El rey de Akielos dice que, si os agrada, podéis llamarlo Damen —señaló el tratante, y Damen sintió que se le revolvía el estómago.

Hubo algunos murmullos de asombro entre los cortesanos allí presentes; si ya se respiraba un ambiente lascivo, en ese momento se cargó de

electricidad.

—Pensaron que apodar a un esclavo como a su difunto príncipe os divertiría. Es de mal gusto. Son una sociedad de incultos —manifestó el consejero Guion.

El tono de Laurent no cambió.

—He oído que el rey de Akielos va a casarse con su amante, *lady* Jokaste. ¿Es eso cierto?

—No lo ha anunciado oficialmente, pero se rumorea que sí.

—Entonces el país estará gobernado por un bastardo y una puta —dijo Laurent—. Muy apropiado.

Damen reaccionó tirando de las cadenas al escuchar las palabras de Laurent, que sonreía de forma placentera. Había hablado lo bastante alto como para que todos los cortesanos lo escuchasen.

—¿Lo llevamos a la cruz, alteza? —preguntó el tratante.

—No —contestó Laurent—. Dejadlo aquí, en el harén. Después le enseñaré algunos modales.

Los dos hombres que se encargaron de Damen lo hicieron con gran brutalidad, aunque eran reacios a causarle daños irreparables, pues todavía era propiedad del príncipe.

Damen advirtió que el hombre de los anillos daba una serie de instrucciones antes de marcharse. El esclavo debe permanecer preso en el harén. Órdenes del príncipe. Nadie entra ni sale de la habitación. Órdenes del príncipe. Dos guardias en la puerta en todo momento. Órdenes del príncipe. Prohibido desencadenarlo. Órdenes del príncipe.

Aunque los dos hombres se resistían a marcharse, parecía que los golpes habían acabado. Damen se incorporó poco a poco hasta quedar a gatas. Intentó ser positivo respecto a su situación: por lo menos, ahora tenía la mente despejada.

Peor que la paliza fue la exposición, que le había afectado más de lo que le habría gustado reconocer. Habría querido contenerse, pero la cadena del collar era demasiado corta y fuerte. Los habitantes de aquella nación era verdaderamente arrogantes; sabía qué opinión tenían los verecianos de su pueblo. Bárbaros. Esclavos. Damen aguantó como pudo.

Pero el príncipe, con su mezcla particular de arrogancia, mala educación y desprecio mezquino, le había resultado insoportable.

—No se parece mucho a una mascota —dijo el más alto de los dos hombres.

—No te enteras, que es un esclavo de alcoba de Akielos —replicó el otro.

—¿Tú crees que el príncipe se lo follará? —preguntó el primero, escéptico.

—Yo creo que más bien será al revés.

—Qué órdenes más agradables para un esclavo de alcoba. —El más alto se quedó dándole vueltas al tema mientras el otro gruñía, evadiendo la respuesta—. Imagina cómo debe de ser tirarse al príncipe.

«Como acostarse con una serpiente venenosa», se dijo Damen, pero se guardó el pensamiento para sí.

En cuanto se fueron, Damen analizó su situación: huir todavía no era posible. Sus manos volvían a estar desatadas y la cadena del collar se había alargado, pero era demasiado gruesa para separarla de la argolla de hierro del suelo. Tampoco podía librarse del collar. Era de oro, un metal blando, pero era demasiado ancho para manipularlo y pesaba demasiado. Resultaba ridículo apresar a un esclavo y ponerle un collar de oro. Aunque las esposas doradas eran todavía más grotescas. Eran un arma en una lucha cuerpo a cuerpo y una moneda de cambio para el viaje de regreso a Akielos.

Si permanecía alerta mientras fingía obedecer, la oportunidad surgiría. La cadena era lo bastante larga como para dar unos tres pasos en todas direcciones. Tenía una jarra de madera con agua al alcance de la mano. Podía recostarse cómodamente en los cojines e incluso hacer sus necesidades en un orinal dorado cobrizo. No lo habían drogado —ni golpeado hasta la inconsciencia—, como había sucedido en Akielos. Solo había dos guardias en la puerta y comprobó que la ventana no tenía cerrojo.

La libertad estaba a su alcance. Si no ahora, pronto.

Debía ser pronto. El tiempo no estaba de su lado: cuanto más tiempo permaneciera allí, más tiempo tendría Kastor para consolidar su gobierno. Era insoportable no saber lo que ocurría en su país, con sus seguidores y su pueblo.

Y había otro problema.

Por el momento, nadie lo había reconocido, pero eso no significaba que estuviese a salvo de ser descubierto. Akielos y Vere habían hecho pocos negocios desde la decisiva batalla de Marlas, seis años atrás, pero en algún lugar de Vere seguramente habría una o dos personas que reconocerían su rostro tras haber visitado su ciudad. Kastor lo había enviado al único lugar donde lo tratarían peor como príncipe que como esclavo. Si uno de sus captores averiguase su identidad en cualquier otro sitio, podría convencerlo para que le ayudase, ya fuese porque se compadeciera de su situación o

porque le hubiesen prometido una recompensa de parte de los defensores de Damen en Akielos. En Vere no. En Vere no podía arriesgarse.

Recordó las palabras de su padre la víspera de la batalla de Marlas. Le había advertido que debía luchar, que no debía confiarse, porque un vereciano jamás cumplía su palabra. Su padre demostró estar en lo cierto aquel día en el campo de batalla.

No podía pensar en su padre.

Lo mejor sería descansar bien. Con eso en mente, bebió agua de la jarra mientras contemplaba los últimos rayos de sol que se desvanecían en la habitación. Cuando oscureció, recostó su cuerpo completamente dolorido en los almohadones y, al cabo de un rato, se durmió.

Y se despertó. Una mano lo agarró por la cadena del collar y lo arrastró hasta ponerlo en pie. Iba flanqueado por dos guardias sin rostro.

El criado encendió las antorchas y la habitación comenzó a iluminarse. No era muy grande y las antorchas, ya colocadas en los soportes de la pared, proyectaban formas y luces que no dejaban de moverse.

En el centro de esta actividad, mirándolo con sus ojos azules y fríos, se encontraba Laurent.

Las sobrias ropas azul oscuro de Laurent le conferían un aspecto represor; estaba totalmente cubierto, de pies a cabeza, las mangas le llegaban a las muñecas, y no había ni una abertura que no estuviese tapada con una hilera de cordones apretados e intrincados que debían de requerir una hora para desatarlos. La cálida luz de las antorchas no contribuía a suavizar el efecto.

Damen no vio nada que contradijera su primera impresión: putrefacto, como la fruta que ha pasado demasiado tiempo en la vid. Sus ojos ligeramente entrecerrados y la mueca que se dibujaba en su rostro denotaban que había estado bebiendo.

—He pensado qué debo hacer contigo —reflexionó Laurent—. Molerte a palos en el poste. O tal vez usarte como quería Kastor que lo hiciera. Creo que eso me complacería mucho.

Laurent se adelantó hasta que estuvo a solo cuatro pasos. Aquella era una distancia cuidadosamente seleccionada: Damen calculó que, si estiraba la cadena al máximo y la tensaba, estarían cerca, pero no lo bastante como para tocarse.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? No me digas que te has vuelto tímido ahora que estamos a solas…

El tono aterciopelado de Laurent no era reconfortante ni agradable.

—Pensaba que no queríais ensuciaros con un bárbaro —contestó Damen, con cuidado de mantener un tono neutro. Sentía los latidos de su corazón.

—Y no quiero —convino Laurent—. Pero si te entrego a uno de los guardias, podría rebajarme hasta el punto de mirar.

Damen notó que retrocedía. Su rostro habló por él sin poder evitarlo.

—¿No te gusta la idea? —preguntó Laurent—. A ver si se me ocurre algo mejor. Ven.

La desconfianza y la aversión hacia Laurent se revolvieron en su interior, pero, entonces, Damen recordó su situación. En Akielos, había luchado contra sus cadenas y, como resultado, se las apretaron todavía más. Aquí no era más que un esclavo, y la oportunidad de escapar se presentaría si no la echaba a perder por un arranque de orgullo exacerbado. Podría soportar el pueril y triste sadismo de Laurent. Damen debía volver a Akielos, y eso significaba que, por el momento, debía hacer cuanto le ordenasen.

Con cautela, dio un paso hacia delante.

—No —ronroneó Laurent con satisfacción—. A gatas.

«A gatas».

Cuando oyó esa orden, fue como si todo se detuviera. El orgullo acalló parte de la mente de Damen que le decía que debía fingir obediencia.

Pero la reacción de Damen de desprecio e incredulidad solo tuvo tiempo de registrarse en su rostro durante una fracción de segundo. A una señal muda de Laurent, los guardias lo obligaron a postrarse en el suelo. A continuación, una vez más respondiendo a una señal de Laurent, uno de los guardias le asestó un puñetazo en la mandíbula. Una vez, y luego otra. Y otra.

Le zumbaban los oídos. El suelo se manchó con la sangre que le goteaba de la boca. Lo miró fijamente mientras se obligaba, no sin esfuerzos, a no reaccionar. A aguantar. Su momento llegaría.

Movió la mandíbula. No la tenía rota.

—Esta tarde también has sido insolente. Es un hábito que puede corregirse. Con un látigo. —Laurent recorrió con la mirada el cuerpo de Damen. Sus prendas se habían aflojado bajo las ásperas manos de los guardias y habían dejado su torso al descubierto—. Tienes una cicatriz.

Tenía dos, pero la que se veía estaba justo debajo de su clavícula izquierda. Por primera vez, Damen sintió la excitación del peligro real, el aleteo de su pulso acelerado.

—Es que… serví en el ejército.

No era mentira.

—Vamos, que Kastor envía a un soldado raso a acostarse con un príncipe. ¿Es eso?

Damen escogió sus palabras con cuidado. Deseó tener la facilidad de su medio hermano para el engaño.

—Kastor deseaba humillarme. Diría que… le hice enfadar. Si tenía otro propósito al enviarme aquí, lo ignoro.

—El rey bastardo se deshace de su basura arrojándola a mis pies. ¿Debería satisfacerme? —interrogó Laurent.

—¿Acaso algo lo haría? —cuestionó una voz detrás de él.

Laurent se volvió.

—Últimamente le ves pegas a todo.

—Tío —dijo Laurent—. No os he oído entrar.

¿Tío? Damen experimentó su segundo impacto de la noche. Si Laurent se dirigía a él como «tío», ese hombre cuya forma imponente llenaba el umbral de la puerta era el regente.

No había parecido físico entre el regente y su sobrino. Aquel señor era un hombre majestuoso de unos cuarenta años, corpulento y de hombros anchos. Tenía la barba y el cabello de color marrón oscuro, sin un reflejo que sugiriese que el rubio claro de Laurent provenía de la misma rama del árbol genealógico.

El regente lanzó una rápida mirada de arriba abajo a Damen.

—Se ve que el esclavo se ha hecho daño a sí mismo.

—Es mío. Puedo hacer con él lo que me plazca.

—No si pretendes que lo maten a golpes. Ese no es un uso adecuado para el regalo del rey Kastor. Tenemos un acuerdo con Akielos, y no lo pondré en peligro por tus mezquinos prejuicios.

—Mezquinos prejuicios —refunfuñó Laurent.

—Espero que respetes el tratado y a nuestros aliados, como hacemos todos.

—¿Y el tratado dice que debo retozar con la escoria del ejército akielense?

—No seas infantil. Acuéstate con quien quieras. Pero valora el regalo del rey Kastor. Ya has eludido tu deber en la frontera. No evitarás también tus responsabilidades en la corte. Encuentra un uso apropiado para el esclavo. Esa es mi orden, y espero que la obedezcas.

Por un segundo, pareció que Laurent iba a rebelarse, pero reprimió su reacción y lo único que dijo fue:

—Sí, tío.

—Ahora ven. Vamos a zanjar este asunto. Por suerte, me informaron de tus actividades antes de que progresaran lo bastante como para causar serios inconvenientes.

—Sí. Qué suerte que estuvieseis enterado. No me gustaría causaros ningún inconveniente, tío.

Se lo dijo con delicadeza, pero había algo oculto en sus palabras.

El regente respondió en un tono similar.

—Menos mal que estamos de acuerdo en algo.

Su marcha debería haberlo aliviado, así como la mediación del regente con su sobrino. Pero Damen recordó la expresión en los ojos azules de Laurent y, aunque lo habían dejado solo, permitiéndole descansar tranquilo el resto de la noche, no estaba seguro de si la misericordia del regente había mejorado su situación o la había empeorado.

Capítulo dos

—¿EL REGENTE ESTUVO AQUÍ anoche? —El hombre de los anillos saludó a Damen sin preámbulos. Cuando este asintió, frunció el ceño y se le formaron dos arrugas en medio de la frente. Entonces, añadió—: ¿De qué humor estaba el príncipe?

—De un humor excelente —contestó Damen.

El hombre de los anillos le lanzó una mirada dura. La suavizó para dar una orden rápida al sirviente que se estaba llevando los restos de la comida de Damen. Acto seguido, se dirigió a él de nuevo.

—Yo soy Radel, el supervisor. Solo te voy a decir una cosa. Corre el rumor de que atacaste a tus guardias en Akielos. Como lo hagas aquí, te drogaré como si estuvieras en el barco y te quitaré unos cuantos privilegios. ¿Queda claro?

—Sí.

Otra mirada, como si desconfiara de su respuesta.

—Es un honor para ti haber entrado en la casa del príncipe. Muchos desearían estar en tu lugar. Sea cual sea la desgracia que hayas vivido en tu país, te ha conducido a una posición privilegiada aquí. Tendrías que arrodillarte en señal de agradecimiento al príncipe. Deberías dejar a un lado el orgullo y olvidar las nimiedades de tu antigua vida. Solo existes para complacer al príncipe heredero, el gobernante de este país que algún día accederá al trono y se convertirá en rey.

—Sí —dijo Damen, e hizo su mejor esfuerzo para parecer agradecido y conforme.

Al despertar, no había habido confusión sobre dónde estaba, a diferencia del día anterior. Recordaba lo sucedido con mucha nitidez. Su cuerpo no tardó en resentirse del maltrato al que lo había sometido Laurent, pero al hacer un breve repaso de su aspecto, Damen no consideró que sus heridas fuesen peores que las que recibía de vez en cuando en la arena de entrenamiento, y lo dejó estar.

Mientras Radel hablaba, Damen oyó el lejano sonido de un instrumento de cuerda desconocido que tocaba una melodía vereciana. El sonido viajaba por los cientos de agujeritos que llenaban puertas y ventanas.

La ironía era que, en cierto modo, la descripción de Radel de su situación como privilegiada era acertada. Aquella no era la celda maloliente que había ocupado en Akielos, ni el lugar donde lo habían confinado en el barco, que apenas recordaba por culpa de las drogas. Aquel cuarto no era un calabozo, sino una de las estancias para las mascotas reales. Le habían servido la comida en un plato dorado de intrincado diseño y adornos de hojas y, cuando se levantó la brisa vespertina, un delicado aroma a jazmín y franchipán se coló por la celosía de las ventanas.

No obstante, era una cárcel. Llevaba un collar con cadena alrededor del cuello y estaba solo, rodeado de enemigos, a muchos kilómetros de casa.

Su primer privilegio fue que le vendaran los ojos y, acompañado de una escolta, lo condujeran a los baños para lavarlo y arreglarlo; un ritual que había aprendido en Akielos. Lo que había más allá de sus aposentos todavía era un misterio. El sonido del instrumento de cuerda creció por un momento para luego perderse en un eco apenas perceptible. Oyó el rumor bajo y musical de unas voces una o dos veces. Y en una ocasión, una risa, suave como la de un amante.

Mientras lo llevaban por las estancias para mascotas, Damen recordó que no era el único akielense con el que habían obsequiado a Vere, y le invadió una gran preocupación por los demás. Lo más probable era que los sobreprotegidos esclavos del palacio de Akielos estuviesen desorientados e indefensos, pues no habían adquirido las habilidades necesarias para valerse por sí mismos. ¿Podrían al menos comunicarse con sus amos? Se los educaba en varios idiomas, pero el vereciano no solía ser uno de ellos. Las relaciones con Vere eran limitadas y, hasta la llegada del consejero Guion, en gran medida, hostiles. El único motivo por el que Damen lo dominaba era porque su padre había insistido en que, para un príncipe, tan importante era conocer las palabras de un enemigo como entender las de un amigo.

Le retiraron la venda.

Nunca se acostumbraría a la decoración. Desde el techo abovedado hasta la concavidad en la que borboteaba el agua, los baños estaban cubiertos de diminutos y relucientes azulejos de colores en tonos azules y verdes y en dorado. Los sonidos se redujeron a ecos vacíos y al vapor que se arremolinaba. Una sucesión de nichos curvos para escarceos amorosos (en ese momento, vacíos) recorría las paredes y, al lado de cada uno, braseros de

formas fantásticas. Las desgastadas puertas no eran de madera, sino de metal. El único elemento de contención era una extraña y pesada estructura de madera. No casaba nada bien con el resto del cuarto, y Damen intentó no pensar en que lo habían llevado hasta allí expresamente para él. Al apartar la vista, se encontró mirando la entalladura metálica de la puerta. Figuras entrelazadas, todas masculinas. Sus posturas no eran ambiguas. Volvió la vista a las bañeras de nuevo.

—Son aguas termales naturales —le explicó Radel, como si fuera un niño —. El agua proviene de un gran río subterráneo que está caliente.

Un gran río subterráneo que está caliente.

—En Akielos usamos un sistema de acueductos para conseguir el mismo efecto —dijo Damen.

Radel frunció el ceño.

—Os creéis muy listos, ¿eh? —Ya estaba señalando a uno de los criados con ademán ligeramente distraído.

Lo desnudaron y lo lavaron sin atarlo, y Damen se comportó con una docilidad admirable, decidido a demostrar que podían confiar en él si le concedían pequeñas libertades. Tal vez funcionó, o quizá Radel estuviese acostumbrado a tratar con esclavos dóciles —era supervisor, no carcelero—, porque dijo:

—Métete en la bañera. Cinco minutos.

Unos escalones curvos se hundían en el agua. Su escolta se retiró, no sin antes soltarle la cadena.

Damen se sumergió en el agua para disfrutar de la breve e inesperada sensación de libertad. El agua estaba tan caliente que rozaba el umbral de la tolerancia, pero era agradable. El calor penetró en él, derritió el dolor de las extremidades maltratadas y relajó los músculos, agarrotados por la tensión.

Al salir, Radel arrojó una sustancia a los braseros que los hizo llamear y humear. Casi de inmediato, la habitación se llenó de un aroma dulzón que se mezcló con el vapor y le envolvía los sentidos. Damen sintió que se relajaba todavía más.

Sus pensamientos, un poco a la deriva, desembocaron en Laurent.

«Tienes una cicatriz». Damen deslizó los dedos por su pecho mojado hasta alcanzar la clavícula. Luego recorrió la línea de su cicatriz, ya tenue y pálida. Sintió el eco de la zozobra que lo había turbado la noche anterior.

Había sido el hermano mayor de Laurent quien le había hecho aquella cicatriz, seis años antes, en la batalla de Marlas. Auguste, el heredero y el orgullo de Vere. Damen recordó su pelo dorado oscuro, el blasón en forma de

estrella del príncipe heredero en su escudo salpicado de sangre y barro, abollado y casi irreconocible, como su armadura de filigrana, en otro tiempo bella. Recordó su propia desesperación en aquellos momentos, el roce del metal contra el metal, los ásperos resuellos, que podrían haber sido suyos, y la sensación de luchar como nunca, dejándose la piel por su vida.

Desterró ese recuerdo, solo para que otro lo sustituyera. Uno más sombrío y más antiguo que el primero. En algún lugar de lo más profundo de su mente, una pelea dio paso a otra. Los dedos de Damen descendieron por debajo del nivel del agua. Su otra cicatriz estaba más abajo. No se la hizo Auguste. No la recibió en un campo de batalla.

Kastor lo había agredido con una espada en su decimotercer cumpleaños, durante el entrenamiento.

Recordaba ese día con mucha claridad. Le había marcado un tanto a Kastor por primera vez, y cuando se quitó el yelmo, extasiado por el triunfo, Kastor sonrió y sugirió que cambiaran las espadas de madera que usaban para practicar por espadas de verdad.

Damen se sintió ufano. «Tengo trece años y soy un hombre; Kastor pelea conmigo como un hombre», pensó. Kastor no se reprimió, y eso le hinchió de orgullo, incluso mientras la sangre le recorría las manos. Ahora que recordaba la mirada torva de Kastor, pensó que se había equivocado en muchas cosas.

—Se acabó el tiempo —anunció Radel.

Damen asintió. Puso las manos en el borde de la bañera. El collar y las esposas de oro, ambos ridículos, todavía adornaban su garganta y sus muñecas.

Los braseros ahora estaban tapados, pero el persistente olor a incienso aturdía un poco. Damen se deshizo de su debilidad momentánea y salió de la bañera caliente, lo que hizo que el agua se derramase.

Radel lo observaba con los ojos muy abiertos. Damen se pasó una mano por el pelo para escurrirse el agua. El supervisor abrió los ojos de par en par. Cuando Damen dio un paso al frente, Radel retrocedió sin querer.

—Prendedlo —ordenó Radel con la voz un poco ronca.

—No hace falta que… —empezó a decir Damen.

La estructura de madera se cerró sobre sus muñecas. Era pesada y sólida, tan imposible de mover como una roca o el tronco de un árbol grande. Apoyó la frente en ella y los mechones húmedos de su pelo oscurecieron las vetas allí donde se posaban.

—No pensaba pelear —se excusó Damen.

—Qué bien que digas eso —celebró Radel.

Lo secaron, lo embadurnaron con óleos aromáticos y le enjugaron el exceso de aceite con un paño. No era peor que lo que le había sucedido en Akielos. Los toques de los criados eran breves y mecánicos, incluso cuando se ocupaban de sus genitales. No había ni un ápice de sensualidad en los preparativos; no como cuando la esclava de cabello rubio lo tocó en los baños akielenses. No era lo peor que le habían obligado a soportar.

Uno de los sirvientes se colocó detrás de él para preparar la entrada a su cuerpo.

Damen se revolvió con tanta fuerza que la madera crujió y, a su espalda, oyó el estrépito de un frasco de aceite al estrellarse contra el suelo y el grito de un criado.

—Sujetadlo —exigió Radel, severo.

Una vez hubieron terminado, lo soltaron de la estructura. En esos momentos era menos consciente de lo que ocurría a su alrededor. Se sentía diferente, aunque él era el mismo de siempre. No. Era su situación la que había cambiado. Se dio cuenta de que ese aspecto de su cautiverio, ese peligro, pese a las amenazas de Laurent, no había sido real antes.

—Nada de pintura —ordenó Radel a uno de los sirvientes—. Al príncipe no le gusta. Ni joyas. El oro es aceptable. Vale, esa ropa. No, sin el bordado.

Le apretaron la venda en torno a los ojos. Un segundo más tarde, Damen sintió que unos dedos con anillos le alzaban la mandíbula, como si Radel deseara admirar la imagen que él mismo había creado, con los ojos vendados y los brazos atados a la espalda.

—Sí, creo que así está bien —aprobó Radel.

Esa vez, cuando le quitaron la venda, se encontró ante unas puertas dobles de un dorado intenso que se abrieron de un empujón.

La habitación estaba atestada de cortesanos y engalanada para celebrar un espectáculo en un recinto cerrado. Había estrados con almohadones a cada lado de la sala. El efecto era el de un anfiteatro claustrofóbico cubierto de seda. Se respiraba una gran expectación. Damas y jóvenes lores se inclinaban para susurrarse al oído o murmuraban con las bocas ocultas tras sus manos. Los criados servían a los cortesanos, y había vino, refrigerios y bandejas de plata repletas de dulces y fruta confitada. En el centro de la habitación, había una cavidad circular con una serie de argollas de hierro en el suelo. A Damen se le revolvió el estómago. Su mirada se dirigió de nuevo a los cortesanos de los estrados.

Pero no solo había palaciegos. Entre los lores y las damas, con vestiduras más sobrias, había criaturas exóticas ataviadas con sedas de brillantes colores que enseñaban sus carnes; sus hermosos rostros estaban pintados. Había una joven que llevaba casi más oro que Damen en sus dos largos brazaletes en forma de serpiente enroscada; un pelirrojo deslumbrante llevaba una corona de esmeraldas y una delicada cadena de plata y peridoto alrededor de la cintura. Era como si los cortesanos exhibieran su riqueza a través de sus mascotas; como el noble que colmaba de joyas a la concubina ya de por sí cara.

Damen vio a un hombre mayor en los estrados con un niño pequeño al que rodeaba en un ademán posesivo; parecía un padre que había llevado a su hijo a ver su deporte favorito. Percibió el dulce aroma que le pareció haber inhalado en los baños y vio a una dama dando una profunda calada a una pipa larga y fina que se curvaba en un extremo; tenía los ojos entrecerrados y la mascota enjoyada a su lado la acariciaba. En todos los estrados había manos que se movían lentamente sobre la carne en numerosos actos menores de libertinaje.

Aquello era Vere, hedonista y decadente, tierra de dulce veneno. Damen recordó su última noche en Marlas, antes del alba, con las tiendas verecianas en la otra orilla del río, los exquisitos banderines de seda que ondeaban al viento nocturno, las risas y los sonidos de superioridad, y el heraldo que escupió en el suelo frente a su padre.

Damen se dio cuenta de que se había detenido en el umbral cuando la cadena de su cuello lo empujó bruscamente hacia delante. Un paso. Otro. Mejor caminar que ser arrastrado por el cuello.

No sabía si sentirse aliviado o preocuparse cuando no lo llevaron directamente a la arena y lo arrojaron ante un asiento tapizado de seda azul con el familiar dibujo de la estrella dorada, distintivo del príncipe heredero. Le engancharon la cadena a un eslabón del suelo. Cuando alzó los ojos, vio una pierna elegante calzada con una bota.

Si Laurent había bebido en exceso la noche anterior, su actitud ese día no lo demostró. Se lo veía fresco, despreocupado y hermoso; sus cabellos de oro relucían en contraste con su ropa, de un azul tan oscuro que casi parecía negro. Sus ojos azules eran tan inocentes como el cielo; solo si se miraban con atención se veía algo genuino en ellos. Como aversión. Damen lo habría atribuido a un sentimiento de despecho. Imaginaba que Laurent querría hacerle pagar por haber escuchado la conversación que había mantenido la

noche anterior con su tío. Pero lo cierto era que Laurent lo había mirado así desde el primer momento en que posó sus ojos en él.

—Tienes un corte en el labio. Alguien te ha pegado. Ah, sí, ya me acuerdo. Te quedaste quieto y se lo permitiste. ¿Te duele?

Era peor cuando estaba sobrio. Damen relajó deliberadamente las manos, que, presas a su espalda, se habían convertido en puños.

—Te lo digo para darte conversación. Verás, primero me he interesado por saber cómo estabas y ahora voy a hacer memoria. Recuerdo con cariño nuestra noche juntos. ¿Has pensado en mí esta mañana?

No había una respuesta correcta para esa pregunta. De pronto, le vino a la mente un recuerdo de los baños, del calor del agua, del dulce aroma del incienso, de las nubes de vapor… «Tienes una cicatriz».

—Mi tío nos interrumpió justo cuando la cosa se estaba poniendo interesante. Me dejaste intrigado. —Laurent tenía una expresión cándida, pero el príncipe se pasaba todo el tiempo indagando en busca de flaquezas—. Hiciste algo para que Kastor te odiara. ¿Qué fue?

—¿Odiarme? —interrogó Damen, que alzó el rostro y oyó la reacción en su voz pese a haber decidido no involucrarse. Aquellas palabras tuvieron efecto en él.

—¿Pensabas que te entregó a mí por amor? ¿Qué le hiciste? ¿Batirlo en un torneo? ¿O acaso te cepillaste a su amante? ¿Cómo se llamaba…? Jokaste. A lo mejor —conjeturó Laurent, y sus ojos se agrandaron un poco— te alejaste después de que te la metiera.

Esa idea lo irritó tanto y lo pilló tan desprevenido que notó el sabor a bilis en la garganta.

—No.

Los ojos azules de Laurent refulgieron.

—Así que es eso. Kastor monta a sus soldados en el patio como si fuesen caballos. ¿Apretaste los dientes y lo consentiste porque era el rey o te gustó? En serio —prosiguió Laurent—, no te imaginas lo feliz que me hace esa idea. Es perfecta: un hombre que te agarra mientras te folla, con una polla como una botella y una barba como la de mi tío.

Damen notó que su cuerpo había retrocedido y la cadena se había tensado. Había algo obsceno en que alguien con ese rostro pronunciara esas palabras en un tono coloquial.

Laurent se abstuvo de hacer más comentarios desagradables al acercarse un selecto grupo de cortesanos, ante los cuales mostró un semblante angelical. Damen se puso rígido cuando reconoció al consejero Guion, que vestía

ropajes oscuros y pesados y llevaba el medallón de consejero colgado del cuello. Aunque el saludo de Laurent fue más bien escueto, dedujo que la mujer con aire dominante se llamaba Vannes y el hombre de nariz puntiaguda era Estienne.

—Qué extraño veros en estos entretenimientos, alteza —dijo Vannes.

—Me apetecía divertirme —adujo Laurent.

—Vuestra nueva mascota está causando un gran revuelo. —Vannes caminó alrededor de Damen mientras hablaba—. No se parece en nada a los esclavos que Kastor le regaló a vuestro tío. Me pregunto si su alteza ha tenido ocasión de verlos. Son mucho más…

—Los he visto.

—No parecéis complacido.

—Kastor ha enviado a dos docenas de esclavos entrenados para infiltrarse en las alcobas de los miembros más poderosos de la corte. No quepo en mí de gozo.

—Qué espionaje más grato —repuso Vannes mientras se arrellanaba en su asiento—. Pero he oído que el regente mantiene cerca a los esclavos y que jamás los presta. De todas formas, dudo mucho que los veamos en la arena. No tenían el… ímpetu necesario.

Estienne resopló y atrajo a su mascota hacia sí, una flor delicada que se marchitaría con solo rozar uno de sus pétalos.

—No todos tienen tu gusto por las mascotas que arrasan en las competiciones de la arena, Vannes. A mí, por ejemplo, me alivia saber que no todos los esclavos de Akielos son como este. Porque no lo son, ¿verdad? —preguntó, un poco nervioso.

—No —contestó el consejero Guion con autoridad—. Ninguno es así. Entre la nobleza akielense el dominio es señal de estatus. Todos los esclavos son sumisos. Creo que os están haciendo un cumplido al insinuar que podéis domar a un esclavo tan fuerte como este, alteza…

No. No se trataba de eso. Kastor se divertía a costa de todos. Un infierno en vida para su medio hermano y un insulto velado para Vere.

—En cuanto a su procedencia, allí disputan combates en la arena con regularidad. Utilizan espadas, dagas y lanzas. Yo diría que era luchador de exhibición. Aquello es una auténtica barbarie. No llevan casi nada durante las peleas de espadas, y luchan desnudos en los combates cuerpo a cuerpo.

—Como nuestras mascotas —comentó uno de los cortesanos entre risas.

La conversación se transformó en cotilleos. Damen no oyó nada de utilidad, en parte debido a que tenía dificultades para concentrarse. La arena,

que prometía humillación y violencia, atraía casi toda su atención. «Entonces el regente vigila atentamente a sus esclavos. Al menos ya es algo», pensó.

—Esta nueva alianza con Akielos no encaja mucho con vos, alteza —afirmó Estienne—. Todo el mundo sabe lo que pensáis de esa región. De sus prácticas bárbaras… y, por supuesto, de lo ocurrido en Marlas.

De repente, todo cuanto había a su alrededor quedó en silencio.

—Mi tío es el regente —le recordó Laurent.

—Y vos cumpliréis veintiuno en primavera.

—Entonces harías bien en ser prudente tanto en mi presencia como en la de mi tío.

—Sí, alteza —repuso Estienne, al tiempo que hacía una breve reverencia. Se apartó, pues entendía que le estaba ordenando que se retirara.

Algo ocurría en la arena.

Dos mascotas macho habían entrado y se observaban con cierta cautela, a la manera de los competidores. Uno era moreno, con los ojos almendrados y las pestañas largas. El otro, hacia el cual la atención de Damen gravitó de forma natural, era rubio, aunque su cabello no fuese del mismo tono amarillo que el de Laurent; era más oscuro, de color arena, y tenía los ojos marrones, no azules.

Damen notó un cambio en la tensión constante y suave que lo acompañaba desde su paso por los baños; desde que se había despertado en aquel lugar encima de cojines de seda.

En la arena, las mascotas fueron despojadas de su ropa.

—¿Un dulce? —le ofreció Laurent.

Lo sostuvo con delicadeza entre el pulgar y el índice, lo bastante lejos de su alcance para que Damen tuviera que ponerse de rodillas para comerlo de la punta de sus dedos. Damen apartó la cara hacia atrás.

—Serás terco —comentó Laurent suavemente, y acto seguido, se llevó la golosina a los labios y se la comió.

Un equipamiento variado se exhibía junto a la arena: largas varas de oro, diversas correas, una hilera de bolas doradas con las que podría jugar un niño, una pequeña pila de cascabeles de plata y fustas largas con los mangos decorados con cintas y flecos. Era obvio que los divertimentos de la arena eran múltiples e ingeniosos.

Sin embargo, el espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos era mucho más crudo: una violación.

Las mascotas se arrodillaron y se rodearon con los brazos la una a la otra. Un oficiante sostuvo un pañuelo rojo en alto y lo dejó caer al suelo.

La bonita imagen que formaban las mascotas se desvaneció rápidamente y dio paso a un violento forcejeo que el público aplaudió. Ambos hombres eran atractivos y ligeramente musculosos; ninguno poseía la complexión de un luchador, pero parecían un poco más fuertes que algunas de las delicadas y esbeltas figuras que se encontraban junto a sus amos en la grada. El moreno, que era más corpulento que el rubio, tomó la iniciativa.

Damen se dio cuenta de lo que estaba presenciando a medida que todos los rumores que había oído en Akielos sobre la depravación de la corte vereciana cobraban vida.

El moreno estaba arriba, forzando al rubio a abrir los muslos con la rodilla. Este intentaba tirarlo con desesperación, aunque en vano. El moreno le agarró los brazos hasta colocarlos detrás de su espalda y trató de montarlo. Aunque el rubio se resistió, el moreno lo penetró con la misma suavidad con la que penetraría a una mujer, pues lo habían preparado previamente.

El rubio soltó un grito ahogado e intentó derribarlo, pero el movimiento solo sirvió para que se hundiera más en él.

Damen apartó la vista, pero mirar al público era prácticamente peor. La mascota de *lady* Vannes estaba sentada con las mejillas sonrosadas mientras su ama tenía los dedos muy ocupados. A la izquierda de Damen, el chico pelirrojo desató la parte delantera de la ropa de su amo y comenzó a juguetear con la mano en su interior. En Akielos, los esclavos eran discretos, las actuaciones públicas eran eróticas sin ser explícitas y los encantos de un siervo se disfrutaban en privado. La corte no se reunía para ver a dos esclavos copulando. Allí, la atmósfera resultaba casi orgiástica y bloquear los sonidos era prácticamente imposible.

Solo Laurent parecía inmune. Debía de estar tan acostumbrado que aquella exhibición ni siquiera lo alteraba. Estaba tumbado elegantemente, con una muñeca sobre el reposabrazos del asiento del palco. De un momento a otro se miraría las uñas.

En la arena, el espectáculo llegaba a su fin. A esas alturas ya era una representación. Las mascotas estaban habituadas a actuar delante del público. Los jadeos que emitía el rubio habían cambiado de tesitura y eran rítmicos; iban al compás de las embestidas. El moreno iba a cabalgarlo hasta el orgasmo. El rubio se resistía audazmente, se mordía el labio en un intento por aguantar, pero con cada brutal acometida se acercaba más, hasta que todo su cuerpo se estremeció y se entregó.

El moreno finalmente salió de su interior y se corrió en su espalda, desatando un caos.

Damen sabía lo que se avecinaba, incluso cuando el chico rubio abrió los ojos, incluso cuando un criado de su amo lo ayudó a salir de la arena, lo mimó cariñosamente y lo obsequió con un largo pendiente de diamantes.

Laurent levantó sus refinados dedos en una señal previamente acordada con los guardias.

Unas manos agarraron a Damen por los hombros. Le desengancharon la cadena del collar y, cuando no entró a la arena rápidamente, le amenazaron a punta de espada.

—No dejabais de insistirme en que pusiera a una mascota en la arena —les contaba Laurent a Vannes y a los otros cortesanos que se habían unido a él—. Es hora de complaceros.

No se parecía en nada a entrar en la arena de Akielos, donde la lucha era una demostración de excelencia y el premio era el honor. Lo liberaron de la última de sus ataduras y lo despojaron de sus prendas, que no eran muchas. Aquello no podía estar sucediendo. Volvió a sentir un mareo extraño y náuseas… Sacudió un poco la cabeza para despejarse y levantó la vista.

Entonces vio a su oponente.

Laurent había ordenado que lo violaran. Y allí estaba el hombre que se encargaría de ello.

Era imposible que aquella bestia fuera una mascota. Sus huesos grandes, los músculos voluminosos y la gruesa capa de carne que cubría el músculo lo volvían más pesado que Damen. Había sido elegido por su tamaño, no por su apariencia. Su cabello era negro y lacio, y parecía que llevara un bonete. Un espeso manto de pelo le cubría el pecho y se extendía hasta su ingle expuesta. Su nariz era chata y estaba rota; claramente no era ajeno a las peleas, aunque costaba imaginar quién podría ser tan suicida como para golpear a un hombre así en la nariz. Lo más probable era que lo hubiesen sacado de una compañía de mercenarios y que le hubieran dicho: «Pelea con el akielense, fóllatelo y obtendrás una buena recompensa». Recorrió el cuerpo de Damen con una mirada gélida.

Claramente, se encontraba en desventaja. No habría estado alarmado en circunstancias normales. La lucha se enseñaba como disciplina en Akielos, y Damen disfrutaba con ella y destacaba. Pero el encierro había sido muy duro, y el día anterior le habían dado una paliza. Su cuerpo estaba sensible en algunas zonas, y su piel aceitunada no ocultaba todos los hematomas: por todas partes había señales que revelaban a su adversario dónde atacar.

Pensó en eso. Pensó en las semanas desde su captura en Akielos. Pensó en las palizas. Pensó en las ligaduras. Su orgullo se inflamó. No lo violarían en

una sala abarrotada de cortesanos. ¿Querían ver a un bárbaro en la arena? Pues el bárbaro sabía pelear.

El combate dio comienzo de forma un tanto repugnante, el de las mascotas: ambos de rodillas, rodeando al adversario con los brazos. La presencia de dos adultos musculosos en la arena provocó una sensación entre el público que las mascotas no habían conseguido. El recinto se llenó con el ruido de los insultos, las apuestas y los comentarios lascivos. Damen oía la respiración de su oponente mercenario y notaba su olor masculino y rancio por encima del empalagoso perfume de rosas que emanaba de su propia piel. El pañuelo rojo se alzó.

El primer embiste tuvo fuerza suficiente para romper un brazo. El hombre era una montaña, y cuando Damen se enfrentó cuerpo a cuerpo a él, descubrió, con cierta preocupación, que el mareo aún no había remitido. Algo raro le ocurría a sus extremidades. Parecían… aletargadas.

No había tiempo para pensar en eso. De repente, unos pulgares buscaron sus ojos y se retorció. Debía proteger las partes magulladas y sensibles, que, en un combate justo, su contrincante evitaría, pero su adversario estaba dispuesto a arañarle los ojos, a rasgárselos e incluso a sacárselos. Se sentía muy vulnerable y notaba que el hombre al que se enfrentaba era consciente de ello. Los terribles golpes pretendían alcanzar viejas heridas. Su oponente era cruel y formidable, y estaba instruido para hacerle daño.

Pese a todo, la primera ventaja fue para Damen. Superado y luchando contra el extraño mareo que sentía, poseía una habilidad que aún le valía para algo. Logró agarrar al hombre, pero cuando intentó recurrir a su fuerza para poner fin al encuentro, se sintió débil y vaciló. Un golpe directo al diafragma provocó que el aire se le escapase de los pulmones mientras el hombre se zafaba de su agarre.

Obtuvo una nueva ventaja. Aplastó con todo su peso el cuerpo del hombre y lo sintió estremecerse. Le exigió más esfuerzo de lo que debería. Los músculos del hombre se doblaron bajo él, y, en esa ocasión, cuando se liberó de su agarre, Damen sintió un estallido de dolor en el hombro. Oyó que su respiración se volvía irregular.

Algo andaba mal. La debilidad que sentía no era natural. Cuando las náuseas se apoderaron una vez más de él, recordó de pronto el olor demasiado dulce de los baños, el incienso del brasero… «Droga», se dijo cuando su respiración se tornó en jadeos. Había inhalado alguna droga. No solo la había inhalado, se había cocido en ella. Nada se había dejado al azar. Laurent había amañado el combate.

Recibió una nueva y repentina embestida, y se tambaleó. Le llevó algún tiempo recuperarse. Trató de agarrar al hombre, aunque sin éxito; durante unos instantes, ninguno de los dos fue capaz de atrapar al otro. El sudor del cuerpo de su oponente brillaba y hacía que sujetarlo fuese más difícil. El propio cuerpo de Damen había sido ligeramente aceitado; la preparación del esclavo perfumado le concedió una ventaja irónica e inesperada, y protegió inesperadamente su virtud. Le pareció que no era el momento para romper a reír. Sintió el cálido aliento de su contrincante en el cuello.

Al cabo de un segundo, estaba de espaldas, inmovilizado; la oscuridad amenazaba los bordes de su campo de visión mientras el hombre ejercía una presión aplastante en su tráquea, por encima del collar de oro. Sintió la fuerza con que su oponente lo empujaba. Un sonido brotó de la multitud. El hombre intentaba montarlo.

Mientras embestía a Damen, la respiración del luchador se convirtió en suaves jadeos. Damen luchó en vano, pues no era lo bastante fuerte como para liberarse. Le separó los muslos a la fuerza. No. Buscó desesperadamente alguna debilidad de su contrincante que pudiera aprovechar, pero no encontró ninguna.

Con su objetivo en su punto de mira, la atención del hombre se dividía entre agarrarlo y penetrarlo.

Damen empleó las fuerzas que le quedaban para zafarse de su agarre y notó cómo el hombre vacilaba, lo bastante como para moverse un poco; lo bastante como para obtener ventaja. Su oponente le soltó un brazo.

Agitó el puño, y la pesada esposa de oro que le rodeaba la muñeca se estrelló con fuerza en la sien del hombre y emitió el repugnante sonido de una barra de hierro al golpear la carne y los huesos. Un momento después, quizá de forma innecesaria, Damen le asestó un derechazo que arrojó a su atónito y tambaleante oponente al suelo.

El pesado cuerpo del hombre se desplomó parcialmente encima de Damen.

Sin saber cómo, Damen consiguió apartarse e, instintivamente, puso distancia entre él y el hombre tendido de bruces. Tosió; tenía la garganta dolorida. Cuando descubrió que tenía aire en los pulmones, comenzó el lento proceso de ponerse de rodillas primero y de pie después. De ningún modo permitiría que lo violasen. El breve espectáculo con la mascota rubia había sido una gran actuación. Ni siquiera los desalmados cortesanos allí presentes esperarían que forzase a un hombre inconsciente.

Sin embargo, el disgusto de la multitud era palpable. Nadie quería presenciar la victoria de un akielense sobre un vereciano. Y mucho menos Laurent. Las palabras del consejero Guion regresaron a él, casi sin pretenderlo. «Es de mal gusto».

No había terminado. No bastaba con luchar drogado y ganar. No había forma de vencer. Estaba claro que las órdenes del regente no se extendían a los entretenimientos de la arena. El público debía aprobar lo que le deparaba a Damen.

Era consciente de qué debía hacer. Se impuso a sus instintos rebeldes, se obligó a avanzar y se arrodilló ante Laurent.

—Lucho a vuestro servicio, alteza. —Buscó en su memoria las palabras de Radel, y las encontró—. Solo existo para complacer a mi príncipe. Que mi victoria se refleje en vuestra gloria.

Sabía que no debía levantar la mirada. Habló con la mayor claridad de que fue capaz. Sus palabras iban dirigidas tanto a los espectadores como a Laurent. Trató de parecer lo más respetuoso posible. Agotado y arrodillado, no le costó. Si alguien lo hubiese golpeado en ese momento, habría caído al suelo.

Laurent extendió ligeramente la pierna derecha y presentó la punta de su elegante bota a Damen.

—Bésala —ordenó Laurent.

Todo el cuerpo de Damen reaccionó contra esa idea. Se le revolvió el estómago; el corazón le latía con fuerza en su caja torácica. Una humillación pública sustituida por otra. Pero era más fácil besar un pie que ser violado frente a una multitud…, ¿no? Damen inclinó la cabeza y presionó el suave cuero con los labios. Se obligó a hacerlo con un respeto pausado, como un vasallo besaría el anillo de su señor. Solo le besó la curva de la punta del pie. En Akielos, un esclavo ávido tal vez habría continuado hacia arriba y le habría besado el arco del pie o, de ser atrevido, habría ascendido todavía más, hasta llegar a su firme pantorrilla.

—Habéis obrado un milagro. Este esclavo era un rebelde incontrolable en el barco —dijo el consejero Guion.

—A todos los perros se les puede meter en cintura —afirmó Laurent.

—¡Magnífico! —exclamó una voz suave y refinada, una que Damen no conocía.

—Consejero Audin —saludó Laurent.

Damen reconoció al hombre mayor que había avistado entre el público antes, el que estaba sentado con su hijo o su sobrino. Su vestimenta, aunque

era oscura como la de Laurent, era muy elegante. Por supuesto, no tanto como la del príncipe. Pero casi.

—¡Qué victoria! Vuestro esclavo merece una recompensa. Permitidme dársela.

—Una recompensa —repitió Laurent sin emoción en la voz.

—Ha sido un combate magnífico, pero sin clímax. Permitidme ofrecerle una mascota en lugar de la conquista planeada. Creo —prosiguió Audin— que no me equivoco si digo que todos nos morimos de ganas de verlo en acción de verdad.

Damen volvió la vista hacia la mascota.

No había acabado. «En acción», pensó, y se puso enfermo.

Aquel chiquillo que acompañaba al consejero no era su hijo. Era una mascota, apenas un adolescente, con miembros delgados. Todavía le quedaba mucho para acabar de desarrollarse. Era evidente que Damen lo aterrorizaba. Su pecho, con la apariencia de un pequeño barril, subía y bajaba rápidamente. A lo sumo tenía catorce años, pero parecía más bien tener doce.

Damen observó cómo sus posibilidades de regresar a Akielos se consumían y extinguían como la llama de una vela; todas las puertas que conducían a la libertad se cerraban. Obedece. Sigue las reglas. Besa el zapato del príncipe. Pasa por el aro. Por un momento, realmente había creído que sería capaz.

Hizo acopio de sus últimas fuerzas y dijo:

—Haced lo que queráis conmigo, pero no violaré a un niño.

La expresión de Laurent vaciló.

La objeción vino de un lugar inesperado.

—No soy un niño —repuso el chico de mala gana, pero cuando Damen lo miró sin dar crédito, palideció de inmediato y dio la impresión de estar atemorizado.

La mirada de Laurent saltaba de Damen al niño y del niño a Damen. Tenía el ceño fruncido, como si algo no tuviera sentido. Como si las cosas no estuvieran saliendo como él quería.

—¿Por qué no? —preguntó de repente.

—¿Que por qué no? —replicó Damen—. No comparto vuestro cobarde hábito de golpear solo a aquellos que no pueden devolver el golpe, y no me gusta lastimar a aquellos que son más débiles que yo.

Enajenado, Damen pronunció aquellas palabras en su idioma.

Laurent, que lo hablaba, le devolvió la mirada. Damen lo miró a los ojos y no se arrepintió de sus palabras; solo sentía odio.

—¿Alteza? —interrogó Audin, confuso.

Finalmente, Laurent se volvió hacia él.

—El esclavo dice que si quiere que la mascota quede inconsciente, que lo corten por la mitad o que muera de miedo, tendrá que pensar en otra cosa. Declina sus servicios.

Se levantó de su asiento en el palco y prácticamente empujó a Damen hacia atrás cuando pasó a grandes zancadas a su lado e ignoró a su esclavo. Damen oyó que le decía a un sirviente:

—Que lleven mi caballo al patio norte. Voy a dar un paseo.

Por fin, y de algún modo, el espectáculo llegó a su fin. Audin frunció el ceño y se marchó. Su mascota echó a correr tras él después de lanzar una mirada indescifrable a Damen.

Por lo que respectaba a este, no tenía ni idea de lo que acababa de ocurrir. A falta de otras órdenes, su escolta lo vistió y lo preparó para regresar al harén. Cuando miró a su alrededor, vio que la arena estaba vacía, aunque no se percató de si se habían llevado al mercenario o si se había levantado y marchado por su propio pie. Un fino reguero de sangre recorría la arena. Un criado lo limpiaba de rodillas. Entonces, condujeron a Damen a través de un borrón de caras. Una era la de *lady* Vannes, que, contra todo pronóstico, se dirigió a él.

—Pareces sorprendido… ¿Acaso esperabas disfrutar de ese chico? Será mejor que te acostumbres. El príncipe tiene fama de dejar a las mascotas insatisfechas.

Su risa, un *glissando* bajo, se unió al sonido de las voces y la diversión mientras, a lo largo y ancho del anfiteatro, los cortesanos centraban de nuevo la atención en su pasatiempo vespertino sin prácticamente ninguna señal de que se hubiera producido una interrupción.

Capítulo tres

ANTES DE QUE LE anudaran la venda para cubrirle los ojos, Damen vio que los hombres que lo devolvían a su estancia eran los mismos que le habían dado la paliza el día anterior. No sabía el nombre del más alto, pero había oído que el más bajo se llamaba Jord. Dos hombres. Era la escolta más pequeña que lo había acompañado desde su cautiverio, pero con los ojos vendados y bien atado, por no mencionar que estaba exhausto, no tenía forma de sacar provecho de la situación. No lo liberaron de aquellas ataduras hasta que regresaron a su cámara, donde lo encadenaron por el cuello.

Los hombres no se marcharon. Jord permaneció inmóvil mientras el hombre más alto cerraba la puerta con él y Jord dentro. El primer pensamiento de Damen fue que se les había dicho que repitieran su actuación en el anfiteatro, pero luego vio que estaban allí por voluntad propia, no porque cumpliesen órdenes. Eso podría ser peor. Esperó.

—Conque te gusta pelear, ¿eh? —dijo el hombre más alto. Al oír su tono, Damen se preparó para la posibilidad de enzarzarse en otro combate—. ¿Cuántos hombres hicieron falta para ponerte ese collar en Akielos?

—Más de dos —aseveró Damen.

Aquellas palabras no sentaron bien. Al menos, no al hombre alto. Jord lo agarró del brazo y lo detuvo.

—Déjalo —le instó Jord—. Ni siquiera deberíamos estar aquí.

Pese a ser más bajo, Jord era más ancho de hombros. El hombre alto opuso resistencia durante unos breves instantes antes de salir de la habitación. Jord se quedó allí y fijó su atención en Damen. Parecía estar elucubrando.

—Gracias —dijo Damen en un tono de voz neutro.

Jord le devolvió la mirada. Era evidente que estaba sopesando si debía hablar con él o no.

—No soy amigo de Govart —dijo a la postre. Damen pensó al principio que Govart era el otro guardia, pero entendió que no cuando Jord añadió—: Sin duda, debes desear morir para noquear al matón favorito del regente.

—¿El qué del regente? —preguntó Damen, y sintió un vuelco en el estómago.

—Govart. Lo expulsaron de la guardia real por ser un hijo de la gran puta. El regente no le quita el ojo de encima. No sé cómo el príncipe consiguió meterlo en la arena, pero ese haría cualquier cosa con tal de enfadar a su tío. —Entonces, al ver la expresión de Damen, dijo—: No me digas que no sabías quién era.

No. No lo sabía. Reconsideró la opinión que le merecía Laurent para despreciarlo con mayor precisión. Al parecer, en caso de que ocurriera un milagro y su esclavo drogado ganase el combate del círculo, Laurent obtendría un premio de consolación. Sin querer, Damen se había granjeado un nuevo enemigo: Govart. Y no solo eso, sino que el regente podría considerar que derrotar a Govart en la arena constituía un ataque directo a su persona. Laurent, que había seleccionado al adversario de Damen con meticulosa malicia, lo sabía, estaba claro.

«Aquello era Vere», se recordó Damen a sí mismo. Laurent podría hablar como si se hubiese criado en un burdel, pero tenía la mente de un cortesano vereciano, acostumbrada al engaño y a la perfidia. Y sus pequeñas intrigas eran peligrosas para alguien como Damen, entre sus garras.

Al día siguiente, a media mañana, Radel entró para supervisar una vez más el transporte de Damen a los baños.

—Saliste airoso de la arena e incluso presentaste tus respetos al príncipe y le mostraste obediencia. Excelente. Y veo que no has pegado a nadie en toda la mañana. Así me gusta —dijo Radel.

Damen digirió el cumplido.

—¿Qué droga me echaste antes de la pelea?

—Ninguna —dijo Radel, un poco consternado.

—Había algo —insistió Damen—. Echaste algo en los braseros.

—Eso era chalis, un divertimento refinado. No tiene nada de siniestro. El príncipe sugirió que te vendría bien para relajarte en los baños.

—¿Y el príncipe sugirió también la cantidad? —dijo Damen.

—Sí —confesó Radel—. Por tu envergadura, pensó que te convendría recibir una dosis mayor de la habitual. A mí no se me habría ocurrido, pero al príncipe no se le escapa una.

—Ya, empiezo a darme cuenta —refunfuñó Damen.

Pensó que se repetiría lo acontecido el día anterior: que lo llevaban a los baños a prepararlo para algo nuevo y grotesco. Pero lo único que sucedió fue que los tratantes lo lavaron, lo llevaron de vuelta a su cuarto y le sirvieron un

plato con el almuerzo. El baño fue más agradable que el día previo. Sin chalis, sin tocamientos que invadieran su intimidad y con un lujoso masaje corporal. Le examinaron el hombro en busca de cualquier señal de tensión o lesión y trataron sus viejos hematomas con mucha delicadeza.

A medida que el día se desvanecía y no ocurría nada en absoluto, Damen experimentó una sensación de anticlímax, casi de decepción, lo cual era absurdo. Era mejor pasar el día aburrido entre almohadones de seda que en la arena. Tal vez solo quería otra oportunidad para luchar contra algo. Preferiblemente un insufrible principito de pelo rubio.

El segundo día no ocurrió nada, ni el tercero, ni el cuarto, ni el quinto.

El paso del tiempo en aquella exquisita prisión se convirtió en un suplicio; lo único que interrumpía sus días era la rutina de comidas y el baño matutino.

Empleó el tiempo en aprender cuanto pudiese. El cambio de guardia frente a su puerta tenía lugar de forma intencionadamente irregular. Los guardias ya no se comportaban con él como si fuera un mueble y aprendió algunos de sus nombres; la pelea en la arena había operado un cambio. Ninguno volvió a desobedecer la orden de entrar en su cuarto sin permiso, aunque, en una o dos ocasiones, uno de los hombres que cuidaban de él le decía algo, pero las conversaciones eran breves. Algunas palabras aquí y allá. Damen trabajó en ello.

Los criados que lo atendían le servían comidas, vaciaban el orinal de cobre, encendían y apagaban antorchas, ahuecaban y cambiaban de sitio los cojines, fregaban el suelo y ventilaban el cuarto, pero, hasta ese momento, le había resultado imposible establecer una relación con alguno. Respetaban más la orden de no hablarle que los guardias. O lo temían más. Un día solo consiguió una mirada asustada y un sonrojo. Eso sucedió cuando Damen, sentado con una rodilla flexionada y la cabeza apoyada en la pared, se apiadó del joven criado que intentaba hacer su trabajo mientras se aferraba a la puerta y le dijo: «No temas. La cadena es muy resistente».

Los intentos fallidos que hizo para obtener información de Radel encontraron resistencia y Damen recibió una retahíla de sermones condescendientes por su parte.

Según Radel, Govart no era un matón nombrado por la realeza. ¿De dónde había sacado Damen esa idea? El regente mantenía a Govart a su servicio por alguna obligación, posiblemente para con la familia de Govart. ¿Por qué Damen preguntaba por Govart? ¿No recordaba que estaba allí solo para hacer lo que le ordenasen? No había necesidad de hacer preguntas. No debía preocuparse por las idas y venidas de la gente de palacio. Debía olvidarse de

todo, salvo del hecho de que debía complacer al príncipe, que, en diez meses, se convertiría en rey.

A esas alturas, Damen tenía el discurso bien aprendido.

Cuando llegó el sexto día, el viaje a los baños se había convertido en una costumbre y no esperaba que eso fuera a cambiar. Sin embargo, ese día la rutina varió. Le quitaron la venda de los ojos frente a los baños, no en el interior. La mirada crítica de Radel estaba fija en él, como si examinase una mercancía: ¿estaba en buenas condiciones? Sí.

Damen notó que le soltaban las ataduras. Allí, fuera.

—Hoy vas a servir en los baños —anunció Radel sin demora.

—¿Servir? —preguntó Damen.

Esa palabra evocaba los nichos curvos y su propósito, así como las figuras en relieve entrelazadas.

No hubo tiempo para hacerse a la idea o formular preguntas. Del mismo modo que lo habían llevado a la arena, lo empujaron al interior de los baños. Los guardias cerraron las puertas y aguardaron en el exterior; se convirtieron en sombras oscuras tras la celosía de metal.

No estaba seguro de qué esperaba. Tal vez una escena libertina como la que lo había recibido en el anfiteatro. Tal vez mascotas desparramadas por todas las superficies, desnudas y empapadas de vapor. Tal vez cuerpos en acción y movimiento, sonidos tenues o salpicaduras en el agua.

En realidad, los baños estaban vacíos; solo había una persona.

El vapor todavía no lo había alcanzado e iba vestido de pies a cabeza. Se encontraba de pie en el lugar donde lavaban a los esclavos antes de meterse en la bañera. Cuando Damen vio quién era, instintivamente se llevó una mano al collar de oro, incapaz de creer que estaba libre y a solas con él, juntos.

Laurent se reclinó en la pared de azulejos y apoyó los hombros. A través de sus pestañas doradas, le lanzó una mirada de antipatía que a Damen ya le resultaba familiar.

—Hay que ver lo tímido que se vuelve mi esclavo en la arena. ¿Acaso no fornicas con chicos en Akielos?

—Soy muy educado. Antes de violar a alguien, primero compruebo que le haya cambiado la voz —replicó Damen.

Laurent sonrió.

—¿Luchaste en la batalla de Marlas?

Damen no reaccionó ante su sonrisa, que no era auténtica. La conversación ahora pendía de un hilo.

—Sí —respondió.

—¿A cuántos hombres mataste?

—No lo sé.

—¿Has perdido la cuenta? —preguntó Laurent con amabilidad, como quien se interesa por el tiempo—. El bárbaro no folla con jovencitos. Prefiere esperar unos años y usar una espada en vez del rabo.

Damen se sonrojó.

—Fue una batalla. Hubo muertes en los dos bandos.

—Cierto. Nosotros también acabamos con algunos de los tuyos. Me gustaría haber matado a más, pero mi tío es extremadamente clemente con la chusma. Ya lo conoces.

Laurent parecía una de las figuras grabadas en la entalladura, aunque él estaba hecho de blanco y oro, no de plata. Damen lo miró y pensó: «Aquí fue donde me drogaste».

—¿Habéis esperado seis días para hablarme de vuestro tío? —cuestionó Damen.

Laurent cambió de postura y adoptó una posición que parecía todavía más cómoda y perezosa que la anterior.

—Mi tío ha cabalgado hasta Chastillon para cazar jabalíes. Le gusta la persecución. También le gusta matar. Está solo a un día de viaje. Después, él y su tropa se quedarán cinco noches en la antigua fortaleza. Sus súbditos saben que no deben molestarlo con misivas de palacio. He esperado seis días para estar a solas contigo.

Sus ojos azules lo miraron con dulzura. Pero sin el tono azucarado de sus palabras, aquello no era sino una amenaza.

—A solas, con vuestros hombres haciendo guardia en la puerta —apostilló Damen.

—¿Vas a quejarte de nuevo de que no se te permite defenderte? —preguntó Laurent. Su voz se endulzó todavía más—. No te preocupes, no te pegaré a menos que tenga una buena razón.

—¿Tengo pinta de estar preocupado? —rebatió Damen.

—En la arena parecías un tanto alterado —aclaró Laurent—. Mi parte favorita fue cuando te pusiste a cuatro patas. Menudo canalla. ¿Crees que voy a tolerar tu insolencia? Venga, pon a prueba mi paciencia.

Damen guardó silencio; notaba que el vapor y el calor se adherían a su piel. También advertía el peligro. Se oía. Ningún soldado hablaría así a un príncipe. Un esclavo se habría postrado nada más ver a Laurent en la estancia.

—¿Quieres que te diga con qué disfrutaste tú? —preguntó Laurent.

—Con nada.

—Mientes. Te gustó derribar a aquel hombre, y te gustó ver que no se levantaba. Te gustaría hacerme daño, ¿verdad? ¿Te cuesta mucho controlarte? Tu discursito sobre el juego limpio me engañó tanto como tu demostración de obediencia. Te has dado cuenta, con la inteligencia nativa que poseas, de que parecer civilizado y obediente favorece a tus intereses. Pero si hay algo que te vuelve loco es luchar.

—¿Estáis aquí para incitarme a pelear? —preguntó Damen, con una voz renovada que parecía salir de sus entrañas.

Laurent se apartó de la pared.

—Yo no me meto en la pocilga con los cerdos —respondió tranquilamente—. Estoy aquí para bañarme. ¿Qué? ¿Sorprendido? Ven.

Tardó un momento en descubrir que podría obedecer. Nada más entrar en el cuarto había sopesado la opción de dominar físicamente a Laurent, pero la había descartado. No lograría salir vivo de palacio si lastimaba o mataba al príncipe heredero de Vere. Se arrepintió ligeramente de haber tomado esa decisión.

Se detuvo a dos pasos de distancia. Quedó sorprendido al descubrir que, además de aversión, la expresión de Laurent revelaba que lo estaba evaluando, así como algo de presuntuosidad. Había esperado fanfarronería. Sin duda, había guardias apostados en la puerta, que, a un grito de su príncipe, probablemente irrumpirían con las espadas en ristre; pero no había garantía alguna de que Damen no perdería los estribos y mataría a Laurent antes. Quizá otro hombre lo haría. Alguien que pensase que la inevitable retribución —una ejecución pública que terminaría con su cabeza en una lanza— valía la pena solo por el placer de retorcerle el cuello a Laurent.

—Quítate la ropa —ordenó.

La desnudez nunca lo había incomodado. A esas alturas, ya sabía que estaba prohibida entre la nobleza vereciana. Pero aunque le hubiesen preocupado las costumbres verecianas, todo cuanto podía verse de él había quedado expuesto, y ante un público numeroso. Se desabrochó sus ropas y las dejó caer. No estaba seguro de cuál era la intención de aquello. A menos que fuera provocarle aquella sensación.

—Desnúdame —exigió Laurent.

La impresión se intensificó. Hizo caso omiso y se acercó a él.

Las vestimentas extranjeras lo hicieron dudar. Laurent extendió una mano fría con urgencia, con la palma hacia arriba, para indicarle por dónde empezar. Los apretados lacitos de la cara interior de la muñeca de Laurent

continuaban hasta la mitad del brazo y eran del mismo azul oscuro que sus ropajes. Tardó unos cuantos minutos en desatarlos; los cordones eran pequeños y estaban atados de forma compleja y ceñidos. Debía pasarlos de uno en uno por su agujero, lo cual hacía que las tiras rozaran el material del ojal.

Laurent arrastró los cordones al bajar el brazo y extendió el otro.

En Akielos, la ropa era sencilla y mínima, y se centraba en la estética del cuerpo. Por el contrario, la ropa vereciana ocultaba la figura y parecía diseñada para frustrar, como un impedimento; su complejidad no tenía otro propósito evidente que no fuera el de obstaculizar el acto de desnudarse. El metódico ritual de desatar los cordones hizo que Damen se preguntara, con desdén, si los amantes verecianos suspendían su pasión durante media hora para desnudarse. A lo mejor, en aquel país todo se hacía de forma deliberada y con indiferencia, incluido el amor. Pero no; recordó la carnalidad de la arena. Las mascotas se vestían de forma diferente para ofrecer un fácil acceso, y el pelirrojo solo había desatado las prendas necesarias de su amo para alcanzar su objetivo.

Cuando le hubo desatado todos los cordones, le quitó el traje, que resultó ser un sobretodo. Debajo llevaba una camisa blanca sencilla, también con cordones, que hasta ese momento no había sido visible. Camisa, pantalones y botas. Damen vaciló.

Laurent arqueó sus cejas doradas.

—¿Estoy aquí para esperar a que un esclavo se deshaga de su pudor?

Entonces, Damen se arrodilló. Tenía que quitarle las botas; los pantalones irían luego. Damen dio un paso atrás cuando terminó. La camisa, ahora desanudada, se había deslizado ligeramente y había dejado al descubierto un hombro. Laurent se llevó la mano atrás y se la quitó. No llevaba nada más.

La férrea aversión que sentía por Laurent evitó su reacción habitual ante un cuerpo bien formado. De no ser por eso, tal vez lo habría puesto en un aprieto.

Porque todo en Laurent era igual: su cuerpo tenía la misma gracia inconcebible que su rostro. Su constitución era más ligera que la de Damen, pero no tenía un cuerpo infantil. Al contrario, poseía la musculatura perfecta y proporcionada de un joven a punto de entrar en la edad adulta, hecho para el atletismo o la estatuaria. Y era bello, muy bello; tenía la piel tan bonita como la de una niña, lisa y sin marcas, con un brillo dorado que bajaba desde su ombligo.

En aquella sociedad excesivamente vestida, Damen esperaba que Laurent mostrara algo de timidez, pero el príncipe parecía tan tranquilo e impúdico con su desnudez como con todo lo demás. Se parecía mucho a un joven dios al que un sacerdote se disponía a hacer una ofrenda.

—Lávame.

Damen no había realizado una tarea servil en su vida, pero no creyó que fuera a acabar con su orgullo o su conciencia. A esas alturas, ya conocía las costumbres de los baños. Pero captó una pequeña satisfacción en Laurent, y una oposición interna en respuesta. Era una asistencia incómoda e íntima; no estaba atado, y se encontraban a solas; eran un hombre que servía a otro.

Todos los accesorios habían sido cuidadosamente dispuestos: una jarra oronda de plata, toallas suaves y frascos de aceite y jabón líquido espumoso hechos de vidrio afiligranado transparente, con tapones forrados de plata. El que Damen agarró representaba una vid cargada de uvas. Sintió sus contornos bajo sus dedos mientras destapaba la botellita, que se resistía a abrirse. Llenó la jarra de plata. Laurent le ofreció la espalda.

Cuando Damen derramó agua sobre la suavísima piel de Laurent, parecía hecha de perla blanca. Su cuerpo, cubierto por aquel jabón aceitoso, no era ni suave ni blando, sino tenso como un arco elegantemente flexionado. Damen imaginó que Laurent practicaba uno de esos deportes refinados con los que los cortesanos disfrutaban y que los otros participantes le permitían ganar por ser su príncipe.

Prosiguió desde los hombros hasta la parte baja de la espalda. Las salpicaduras de agua le mojaron el pecho y los muslos, donde corría formando riachuelos, y dejaban a su paso gotitas suspendidas que relucían y amenazaban con escurrirse en cualquier momento. El agua, que salpicaba al caer del cántaro de plata al suelo, estaba caliente. El aire era cálido.

Era consciente de eso; consciente de la subida y la bajada de su pecho, de su respiración, de mucho más. Recordó que en una ocasión, en Akielos, lo había lavado una esclava de cabello rubio. Su color era tan parecido al de Laurent que podrían haber sido mellizos. La mujer había sido mucho menos desagradable. Había cubierto la escasa distancia que los separaba y había apretado su cuerpo contra el suyo. Recordó sus dedos cerrados en torno a él, sus pezones blandos como fruta magullada presionando su pecho. Sintió una pulsación en el cuello.

Era un mal momento para perder el control de sus pensamientos. Había progresado lo bastante en su tarea como para encontrar curvas. Estas eran firmes y el jabón lo dejaba todo resbaladizo. Miró hacia abajo y ralentizó el

ritmo con el que movía el paño. La atmósfera de invernadero de los baños no hacía más que aumentar la sensación de sensualidad, y por más que quisiese evitarlo, Damen sintió algo duro entre las piernas.

Hubo un cambio en la calidad del aire; su deseo de repente era tangible entre la densa humedad de los baños.

—No seas presuntuoso —dijo Laurent con frialdad.

—Tarde, cariño —replicó Damen.

Laurent se volvió y, con tranquila precisión, sacudió la mano para darle un bofetón con el dorso. Iba con tanta fuerza como para hacerle sangre en la boca, pero Damen ya se había hartado de que lo golpearan, y atrapó la muñeca de Laurent antes de que lo abofeteara.

Se quedaron inmóviles por un momento. Damen bajó los ojos para contemplar el rostro de Laurent —la piel clara, ligeramente sonrosada por el calor; el pelo rubio, con las puntas mojadas; y, bajo las pestañas doradas, unos ojos de un azul ártico— y, cuando este hizo un leve movimiento espasmódico para liberarse, Damen notó que intensificaba su agarre.

Dejó que su mirada vagara de su pecho húmedo a su firme abdomen y más abajo. Realmente, tenía un cuerpo muy muy bonito, pero su indignación era genuina. Laurent no se mostraba ni un poco cariñoso; esa parte de él, tan dulce como el resto, estaba inerte.

Sintió que la tensión alcanzaba el cuerpo de Laurent, aunque el tono arrastrado de su voz no hubiese variado mucho.

—Me ha cambiado la voz. ¿No era ese tu único requisito?

Damen relajó su agarre, como si le quemase. Un segundo después, el golpe que había frustrado le dio en toda la boca, más fuerte de lo que habría imaginado.

—Lleváoslo —ordenó Laurent, no más alto que su tono de voz normal, pero las puertas se abrieron.

Estaban lo bastante cerca como para oírlo todo. Damen sintió unas manos sobre él mientras lo empujaban bruscamente hacia atrás.

—Ponedlo en la cruz. Esperad a que llegue.

—Su alteza, el regente dio órdenes…

—Puedes hacer lo que te digo o puedes ocupar su lugar. Elige. Venga.

No era una elección en absoluto con el regente en Chastillon. «He esperado seis días para estar a solas contigo».

No hubo más evasivas.

—Sí, alteza.

En un momento de descuido, se olvidaron de la venda.

El palacio era un laberinto en que los pasillos se entrecruzaban y los arcos encuadraban un lienzo distinto: salas de diferentes formas, escaleras con patrones en el mármol, patios pavimentados con losetas o llenos de plantas cultivadas. Algunos arcos, cerrados con puertas enrejadas, no ofrecían vistas, solo indicios y sugerencias. Llevaron a Damen de corredor en corredor, atravesando múltiples salas. En una ocasión, cruzaron un patio con dos fuentes y oyó el trino de los pájaros.

Recordó el camino con detalle. Los guardias que lo acompañaron fueron las únicas personas a las que vio.

Supuso que habría seguridad en el perímetro del harén, pero cuando se detuvieron en una de las estancias más grandes, advirtió que habían salido del cerco y que ni siquiera sabía situarlo.

Con el pulso acelerado, contempló que el arco al final de aquella sala daba a otro patio, y que este no estaba tan bien cuidado como los demás, pues contenía desechos y objetos irregulares, incluidas algunas losas sin trabajar y una carretilla. En un rincón, una columna rota descansaba sobre el muro y creaba una especie de escalera que conducía al tejado; un tejado laberíntico, con curvas oscuras, voladizos, hornacinas y esculturas. Era un camino a la libertad claro como el día.

Para no mirarlo fijamente como un completo lunático, Damen volvió de nuevo su atención al lugar donde se encontraba. Había serrín en el suelo. Era algún tipo de área de entrenamiento. La ornamentación seguía siendo extravagante. Si se obviaba el hecho de que los adornos eran más antiguos y de una calidad algo más tosca, aún parecía parte del harén. Probablemente todo en Vere parecía parte de un harén.

«La cruz», había dicho Laurent. Esta se ubicaba en el otro extremo del patio. El madero vertical estaba hecho con el tronco recto de un árbol muy grande. El travesaño era menos grueso pero igual de robusto. Alrededor del madero, había un fajo de relleno acolchado atado. Un criado apretaba las cuerdas que sujetaban el acolchado a la viga; el correaje le recordó la ropa de Laurent.

El sirviente se dispuso a comprobar la fuerza de la cruz al arrojar su peso contra ella. No se movió.

«La cruz», la había llamado Laurent. Era un poste de azotes.

Damen había liderado su primer comando a los diecisiete años, y la flagelación era parte de la disciplina del ejército. Como comandante y príncipe, los latigazos no eran algo que hubiera experimentado

personalmente, pero tampoco era algo que le infundiese un miedo atroz. Le resultaba familiar, como un duro castigo que los hombres soportaban a duras penas.

Al mismo tiempo, sabía que los hombres fuertes no resistían el látigo. Los hombres morían bajo el látigo. Sin embargo, incluso a los diecisiete años, no habría permitido que nadie muriese así bajo su mando. Si un hombre no respondía positivamente a un buen liderazgo y a los rigores de la disciplina tradicional —y la culpa no era de sus superiores—, lo echaban. Para empezar, ni siquiera debería haber entrado.

Seguramente no moriría; experimentaría un terrible sufrimiento, nada más. Casi toda la ira que esta idea le provocaba estaba dirigida a sí mismo. Había resistido la incitación a la violencia precisamente porque sabía que sufriría las consecuencias. Y allí estaba, sin mayor motivo que el hecho de que Laurent, un hombre con una grata figura, se había callado lo justo para que el cuerpo de Damen olvidase su disposición.

Lo ataron al poste de madera con el rostro girado y los brazos extendidos y encadenados al travesaño horizontal. Tenía las piernas sueltas. En esa postura, disponía de espacio suficiente para retorcerse, pero no lo haría. Los guardias tiraron de sus brazos y de sus sujeciones para probarlos, y le acomodaron el cuerpo, llegando a patearle las piernas para separarlas. Tuvo que luchar para no forcejear. No fue fácil.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando Laurent entró finalmente en el patio. Tiempo de sobra para secarse, vestirse y anudarse los dichosos cordones.

Cuando entró, uno de los hombres comenzó a probar el látigo tranquilamente con sus manos, como habían hecho con el resto del equipo. El rostro de Laurent tenía la expresión dura y firme de un hombre que ha tomado una decisión. Se apoyó en la pared de cara a Damen. Desde aquel punto, no vería el impacto del látigo, pero sí la cara de su esclavo. Damen sintió un vuelco en el estómago.

Entonces, notó que las muñecas se le embotaban y advirtió que, inconscientemente, estaba tirando de sus ligaduras. Se obligó a parar.

A su lado había un hombre con algo entrelazado en los dedos. Lo colocó delante de la cara de Damen.

—Abre la boca.

Damen aceptó el objeto extraño entre los labios un segundo antes de reparar en lo que era: un trozo de madera cubierto de suave cuero marrón. No era como las mordazas o los objetos empleados durante su cautiverio; se

parecía más a los que se dan a los hombres para que lo muerdan y los ayuden a soportar el dolor. El hombre lo ató detrás de la cabeza de Damen.

Cuando el hombre con el látigo se situó detrás de él, trató de prepararse.

—¿Cuántos? —preguntó el hombre.

—Aún no lo sé —contestó Laurent—. Ya te diré. Puedes empezar.

El sonido llegó primero: el suave silbido del aire; luego, un chasquido y la sensación del látigo contra la carne, una fracción de segundo antes de que el dolor lacerante lo atravesase. Damen tiró de sus ataduras cuando el látigo le golpeó los hombros, lo que impidió que fuera consciente de cualquier otra cosa. El brillante estallido de dolor apenas tuvo tiempo de desvanecerse antes de que el segundo latigazo lo alcanzara con una brutalidad feroz.

El ritmo era de una eficiencia implacable. El látigo cayó repetidas veces sobre la espalda de Damen; tan solo variaba el lugar donde aterrizaba. Aun así, esa sutil diferencia adquirió una importancia crítica. Su mente se aferraba a cualquier esperanza de un grado menor de dolor, al tiempo que sus músculos se contraían y su respiración se alteraba.

Damen reaccionó no solo al dolor, sino a su ritmo, a la anticipación enfermiza del golpe; intentaba prepararse para ese momento, pero a medida que el látigo golpeaba una y otra vez los mismos verdugones y las mismas marcas, se tornó en una tarea imposible.

Luego, presionó la frente en la madera del poste y, sencillamente…, lo aceptó. Su cuerpo se estremeció en la cruz. Con los nervios y los tendones destrozados, el dolor se extendía desde su espalda y consumía todo su cuerpo, para después invadir su mente, que se quedó sin barreras o compartimentos que pudiesen contenerlo. Olvidó dónde estaba y quién lo observaba. Era incapaz de pensar o sentir algo que no fuera dolor.

Finalmente, los golpes se detuvieron.

Damen tardó un poco en percatarse. Alguien estaba desatando la mordaza y liberándole la boca. A continuación, Damen tomó consciencia de sí mismo poco a poco: su pecho se agitaba y tenía el pelo empapado. Relajó los músculos y probó a mover la espalda. La oleada de dolor que lo invadió lo convenció de que era mucho mejor permanecer quieto.

Pensó que, si le soltaban las muñecas, se desplomaría sin más y quedaría a cuatro patas delante de Laurent. Luchó contra la flaqueza que le hizo pensar eso. Laurent. Volvió a ser consciente de su presencia en cuanto se percató de que se había acercado. Estaba a solo un paso de distancia y lo observaba con el rostro desprovisto de cualquier expresión.

Damen se acordó de la presión que ejercieron los fríos dedos de Jokaste en su rostro magullado.

—Debería haberte hecho esto el día que llegaste —espetó Laurent—. Es exactamente lo que mereces.

—¿Por qué no lo hicisteis? —preguntó Damen. Las palabras se le escaparon con cierta aspereza. Ya no había nada que las refrenase. Se sentía en carne viva, como si le hubieran arrancado una capa exterior que lo protegiera; el problema era que lo que había quedado expuesto no era debilidad, sino una estructura de metal—. Sois un ser despiadado y carecéis de honor. ¿Qué detuvo a alguien como vos?

Pronunciar aquellas palabras fue un error.

—No estoy seguro —respondió Laurent, con voz distante—. Tenía curiosidad por ver de qué pasta estabas hecho. Al parecer nos hemos detenido demasiado pronto. Otra vez.

Damen trató de prepararse para otro golpe, y algo en su mente se astilló cuando no lo recibió de inmediato.

—Alteza, no sé si sobrevivirá a otra tanda.

—Yo creo que sí. ¿Qué tal si hacemos una apuesta? —contestó Laurent con una voz fría y plana—. Apuesto una moneda de oro a que vivirá. Si quieres ganarme, tendrás que esforzarte.

Perdido en el dolor, Damen no sabía decir durante cuánto tiempo se esforzó el hombre, solo que se esmeró. Cuando hubo terminado, estaba por encima de cualquier otra impertinencia. La oscuridad amenazaba su campo de visión y necesitó toda su fuerza para mantenerla a raya. Tardó un rato en advertir que Laurent le había hablado y, aun así, durante mucho tiempo, su voz indolente no conectó con nada.

—Estaba en el campo de batalla de Marlas —dijo Laurent.

Cuando asimiló sus palabras, Damen sintió que el mundo cambiaba de forma.

—No me dejaron acercarme al frente. Nunca tuve ocasión de encararme con él. Antes me preguntaba a menudo qué le diría. Qué haría. ¿Cómo gente como tú osa pronunciar la palabra «honor»? Conozco a los de tu calaña. Un vereciano que trate a un akielense con honor será destripado con su propia espada. Fue tu compatriota quien me lo enseñó. Agradécele la lección a él.

—¿A quién?

Damen empujó las palabras a pesar del dolor, pero lo sabía. Lo sabía.

—A Damianos, el difunto príncipe de Akielos —escupió Laurent—. El hombre que mató a mi hermano.

Capítulo cuatro

—¡AY! —MASCULLÓ DAMEN MIENTRAS apretaba los dientes.

—Estate quieto —ordenó el médico.

—No eres más que un patán torpe y grosero —replicó Damen en su idioma.

—Y cierra el pico. Esto es un ungüento medicinal —explicó el hombre.

A Damen no le gustaban los galenos de palacio. Durante las últimas semanas de la dolencia de su padre, el cuarto del enfermo se llenó de ellos. Cantaron, murmuraron declaraciones, lanzaron huesos de adivinación al aire y le administraron varios remedios, pero su padre no hizo más que empeorar. No opinaba lo mismo de los pragmáticos cirujanos militares que habían trabajado incansablemente con el ejército durante la campaña. El cirujano que lo atendió en Marlas le cosió el hombro sin la más mínima queja y frunció el ceño por toda objeción cuando Damen se subió a un caballo a los cinco minutos.

Los médicos verecianos no eran así. Le advertían que no debía moverse, le daban infinitas instrucciones y le cambiaban los vendajes continuamente. El que lo atendía vestía una bata que le llegaba hasta el suelo y un sombrero en forma de hogaza de pan. Damen no notaba que la pomada surtiese algún efecto en su espalda, si bien desprendía un agradable olor a canela.

Hacía tres días de los azotes. Damen no recordaba con claridad meridiana que lo hubiesen desatado del poste de flagelación y llevado de vuelta a su cuarto. Los recuerdos borrosos que tenía del trayecto le confirmaban que había hecho el viaje a pie… Al menos la mayor parte de él.

Recordaba haberse apoyado en dos guardias, allí, en aquella habitación, mientras Radel contemplaba horrorizado su espalda.

—¿De verdad el príncipe… ha hecho esto?

—¿Quién sino? —preguntó Damen.

Radel se acercó y le propinó un bofetón; fue un bofetón fuerte, y el hombre llevaba tres anillos en cada dedo.

—¿Qué le has hecho? —exigió saber Radel.

Esa pregunta pareció hacerle gracia a Damen. Debió de reflejarse en su rostro, porque un segundo bofetón mucho más fuerte siguió al primero. El escozor despejó por un momento las tinieblas que se cernían sobre su visión; Damen aprovechó que dominaba más su consciencia para aferrarse a ella. Desmayarse no era algo desconocido para él, pero era un día de novedades, y no correría riesgos.

«No lo dejes morir todavía». Aquellas fueron las últimas palabras de Laurent.

La palabra del príncipe era ley. Así pues, por el pequeño precio de la piel de su espalda, recibió una serie de concesiones durante su encarcelamiento, incluido el dudoso privilegio de que aquel galeno lo toquetease con regularidad.

Una cama sustituyó los cojines del suelo para que se acostara cómodamente boca abajo (para protegerle la espalda). Asimismo, le proporcionaron mantas y varias gasas de colores, aunque solo debía usarlas para tapar la mitad inferior del cuerpo (para protegerle la espalda). La cadena se mantuvo, pero en lugar de estar enganchada al collar, estaba sujeta a una de las esposas de oro (para protegerle la espalda). La preocupación por su espalda también le pareció divertida.

Lo bañaban a menudo: le lavaban la piel con delicadeza con una esponja y una tinaja de agua. Después, los sirvientes se deshacían del líquido, que el primer día se tiñó de rojo.

Para sorpresa de Damen, el mayor cambio no tuvo que ver ni con el mobiliario ni con las rutinas, sino con la actitud de los criados y los hombres que lo custodiaban. Damen esperaba que reaccionaran como Radel, con animosidad y furia. En cambio, los criados lo trataban con simpatía y los guardias mostraban cierta camaradería, lo que era todavía más inesperado. Si el combate en la arena había demostrado que Damen peleaba tan bien como ellos, al parecer, el hecho de que lo machacasen bajo el látigo del príncipe lo había convertido en su colega. Daba la sensación de que hasta Orlant, el guardia alto que lo había amenazado después del combate, le empezaba a tomar cariño. Al examinarle la espalda, Orlant nombró al príncipe —no sin orgullo— puta de hierro forjado y le dio una alegre palmada en el hombro a Damen, lo que lo dejó momentáneamente lívido.

Por su parte, Damen tuvo cuidado de no hacer preguntas que le valiesen desconfianzas. En su lugar, se embarcó en un intercambio cultural concreto.

¿Era cierto que en Akielos cegaban a los que miraban el harén del rey? No. ¿Era verdad que las mujeres akielenses enseñaban los pechos en verano?

Sí. ¿Y que luchaban desnudos? Sí. ¿Y los esclavos también se desnudaban? Sí. Akielos podría tener un rey bastardo y una reina puta, pero a Orlant se le antojaba el paraíso. Risas.

Un rey bastardo y una reina puta; «la burda máxima de Laurent forma parte del uso común», descubrió Damen.

Damen destensó la mandíbula y lo dejó estar. Poco a poco su escolta se relajaba, y ahora sabía cómo salir de palacio. Trató de ver aquello con objetividad, como un cambio justo por los latigazos («dos rondas», le recordó su espalda con ternura).

Ignoró el dolor. Se centró en cualquier otra cosa o persona.

Los hombres que lo custodiaban pertenecían a la Guardia del Príncipe y no tenían ningún vínculo con el regente. Damen se sorprendió de la lealtad que mostraban al príncipe, y de lo diligentes que eran en su servicio; no expresaban los resentimientos o quejas que habría esperado, teniendo en cuenta la personalidad nociva de Laurent. Se metían de lleno en el conflicto de Laurent con su tío; por lo visto, había grandes discrepancias entre la Guardia del Príncipe y la Guardia del Regente, y mantenían una fuerte rivalidad.

Debía de ser el aspecto de Laurent lo que inspiraba esa lealtad en sus hombres, y no el propio Laurent. Lo más cerca que sus hombres estaban de faltarle el respeto eran unos cuantos comentarios obscenos sobre su apariencia. Por lo visto, su lealtad no impedía que la fantasía de tirarse al príncipe alcanzase proporciones épicas.

—¿Es verdad —preguntó Jord— que en Akielos la nobleza masculina tiene esclavas y que las damas follan con hombres?

—¿En Vere no? —Damen recordó que solo había visto a parejas del mismo sexo dentro y fuera de la arena. Su conocimiento de la cultura vereciana no se extendía a las prácticas íntimas—. ¿Y eso?

—Nadie de alta cuna se expone a la abominación de los hijos bastardos —explicó Jord, con total naturalidad. Las damas tenían mascotas hembra y los lores, mascotas macho.

—Entonces ¿los hombres y las mujeres no…?

—Nunca. No entre la nobleza. Bueno, a veces, si eran pervertidos. Era tabú. «Los bastardos son una plaga», le dijo Jord. Incluso entre los guardias, que si se tiraban a una mujer se lo callaban. Si la dejaban embarazada y no se casaban con ella, podían despedirse de su carrera. Era mejor evitar el problema, seguir el ejemplo de la aristocracia y fornicar con hombres. Jord

los prefería. ¿Acaso Damen no? Sabías lo que había con los hombres. Y podías eyacular sin miedo.

Damen fue prudente y guardó silencio. Él se inclinaba más por las mujeres, pero no parecía aconsejable admitirlo. En las raras ocasiones en que Damen encontraba placer en los hombres, era porque se sentía atraído por ellos como hombres, no porque tuviera alguna razón para evitar a las mujeres o sustituirlas. «Los verecianos se complican la vida sin motivo», pensó Damen.

Aquí y allá emanaba información útil. No se vigilaba a las mascotas, lo que explicaba la falta de hombres en el perímetro del harén. No se las veía como a esclavos y circulaban a su antojo. Damen era la excepción. Lo que significaba que, una vez dejara atrás a aquellos guardias, era poco probable que se topara con otros.

El tema de Laurent surgía por doquier.

—¿Vosotros ya…? —preguntó Jord, esbozando una sonrisa perezosa.

—¿Entre la lucha en la arena y los azotes? —replicó Damen con acritud —. No.

—Dicen que es frígido.

Damen lo miró fijamente.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—Bueno —dijo Jord—, pues porque no…

—Me refiero a que por qué es así —interrumpió Damen, que atajó con firmeza la prosaica explicación de Jord.

—¿Por qué es frío como el hielo? —Jord se encogió de hombros.

Damen frunció el ceño y cambió de tema. No estaba interesado en los gustos de Laurent. Desde lo de la cruz, sus sentimientos por el príncipe se habían solidificado y habían pasado de una aversión irritante a algo duro e implacable.

Fue Orlant quien, finalmente, hizo la pregunta obvia.

—¿Y cómo acabaste aquí?

—No tuve cuidado —respondió Damen— y me convertí en enemigo del rey.

—¿De Kastor? Alguien debería joder a ese hijo de puta. Solo un país de escoria bárbara pondría a un bastardo en el trono —repuso Orlant—. Sin ofender.

—Tranquilo —dijo Damen.

El séptimo día, el regente volvió de Chastillon.

Lo primero que advirtió Damen fue la entrada en su cuarto de guardias que no reconoció. No llevaban los colores distintivos del príncipe. Tenían capas rojas, arrugas de disciplina y rostros desconocidos. Su llegada provocó una acalorada discusión entre el médico del príncipe y un hombre nuevo, uno a quien Damen no había visto nunca.

—No creo que deba moverse —arguyó el médico del príncipe. Bajo la hogaza de pan que portaba en la cabeza, fruncía el ceño—. Se le abrirán las heridas.

—A mí me parece que están cerradas —replicó el otro—. Puede ponerse en pie.

—Sí, así es —convino Damen.

Demostró su increíble habilidad. Creyó saber lo que ocurría. Solo un hombre, aparte de Laurent, tenía autoridad para dispensar a la Guardia del Príncipe.

El regente entró en la estancia con gran determinación, flanqueado por sus guardias de capas rojas y acompañado por sirvientes con librea y dos hombres de alto rango. Despachó a ambos médicos, que desaparecieron tras hacer sendas reverencias. A continuación, despidió a los sirvientes y a todos los demás, excepto a los dos hombres que habían entrado con él. La falta de séquito no restó valor a su poder. Aunque lo cierto era que solo ocupaba el trono de forma transitoria y se dirigieran a él con el mismo título honorífico que a Laurent, el de alteza real, aquel era un hombre con la estatura y la presencia de un rey.

Damen se postró. No repetiría el error que había cometido ante Laurent con el regente. Recordó que no hacía mucho lo había insultado al derrotar a Govart en la arena; todo obra de Laurent. Los sentimientos que despertaba en él emergieron por un instante; la cadena de su muñeca se amontonaba a su lado en el suelo. Si seis meses antes alguien le hubiera dicho que se arrodillaría de buen grado ante la nobleza vereciana, se habría reído en su cara.

Damen reconoció a los dos hombres que acompañaban al regente; eran el consejero Guion y el consejero Audin. Los dos llevaban sendos medallones pesados en una cadena gruesa: la cadena de su cargo.

—Comprobadlo con vuestros propios ojos —instó el regente.

—Este es el regalo que le ha hecho Kastor al príncipe. El esclavo akielense —corroboró Audin, sorprendido. A continuación, sacó un cuadrado de seda y se lo llevó a la nariz, como si hubiesen herido su sensibilidad—. ¿Qué le ha ocurrido en la espalda? Es de bárbaros…

Damen pensó que era la primera vez que oía que se usaba la palabra «bárbaro» para describir cualquier cosa que no fuese él o su país.

—Esto es lo que piensa Laurent de nuestras mesuradas negociaciones con Akielos —dijo el regente—. Le ordené que tratara el presente de Kastor con respeto, y él, en cambio, mandó que azotaran al esclavo casi hasta la muerte.

—Sabía que el príncipe era obstinado, pero nunca pensé que fuese tan destructivo y salvaje —dijo Audin con la voz entrecortada, amortiguada por la seda.

—Esto no tiene nada de salvaje. Es una provocación en toda regla, dirigida a mí y a Akielos. Nada le gustaría más a Laurent que ver naufragar nuestro tratado con Kastor. En público, habla de hechos que saltan a la vista, y en privado… hace esto.

—Para que veas, Audin —secundó Guion—. Ya nos lo advirtió el regente.

—Es un defecto intrínseco al carácter de Laurent. Pensé que desaparecería con el tiempo, pero está cada vez peor. Hay que hacer algo para disciplinarlo.

—No podemos tolerar este comportamiento —concordó Audin—. Pero ¿qué queréis que hagamos? No se puede reescribir la naturaleza de un hombre en diez meses.

—Laurent desobedeció mi orden. Nadie lo sabe mejor que el esclavo. ¿Y si le preguntamos qué habría que hacer con mi sobrino?

Damen no creyó que hablase en serio, pero el regente se adelantó y se detuvo frente a él.

—Esclavo, mira hacia arriba —ordenó el regente.

Damen alzó los ojos. Volvió a ver su cabello oscuro y su aspecto imponente, así como el leve ceño fruncido de disgusto que, al parecer, siempre respondía a Laurent. Damen recordó haber pensado que no había un parecido familiar entre el regente y Laurent, pero ahora veía que eso no era del todo cierto. Aunque tenía el cabello oscuro y plateado en las sienes, los ojos del regente eran azules.

—He oído que fuiste soldado —prosiguió el regente—. Si un hombre desobedeciese una orden en el ejército akielense, ¿cómo se lo castigaría?

—Lo azotarían públicamente y lo echarían —contestó Damen.

—Una flagelación pública —consideró el regente, y se volvió a los dos hombres que lo acompañaban—. No podemos hacer eso. Pero Laurent ha actuado con tal rebeldía en los últimos años que me pregunto qué podría ayudarlo. Qué pena que los soldados y los príncipes no se midan por el mismo rasero.

—Diez meses antes de su ascenso… ¿De verdad creéis que es buen momento para castigar a vuestro sobrino? —preguntó Audin, oculto tras la seda.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? ¿Dejo que se desmande y que vaya por ahí arruinando tratados y destruyendo vidas? ¿Provocando guerras? Es culpa mía. He sido demasiado indulgente.

—Contad conmigo —sentenció Guion.

Audin asintió despacio.

—El Consejo os respaldará cuando se enteren de lo ocurrido. Pero quizá deberíamos discutir este asunto en otro sitio.

Damen vio que los hombres se retiraban. Era evidente que el regente estaba trabajando a brazo partido para sellar una paz duradera con Akielos. La parte de Damen que no deseaba arrasar la cruz, la arena y el palacio que los albergaba reconoció a regañadientes que era un objetivo encomiable.

El médico regresó alterado y unos criados vinieron a calmarlo y, más tarde, se marcharon. Dejaron a Damen solo en su habitación para pensar en el pasado.

Seis años atrás, la batalla de Marlas se saldó con dos triunfos igual de sangrientos para Akielos. Una flecha akielense, una flecha venturosa perdida en el viento, se clavó en la garganta del rey vereciano. Y Damen mató a Auguste, el príncipe heredero, en un combate cuerpo a cuerpo en el frente norte.

La batalla cambió de rumbo con la muerte de Auguste. Las fuerzas verecianas no tardaron en sumirse en el caos; la pérdida de su príncipe había supuesto un golpe fulminante y desalentador. Auguste era un líder amado, un luchador indomable y un símbolo del orgullo vereciano: había reunido a sus hombres tras la muerte del rey; había liderado el ataque que diezmó el flanco norte akielense; había sido el punto en que rompían ola tras ola de luchadores akielenses.

«Padre, puedo vencerlo», declaró Damen en aquel momento. Y, tras recibir la bendición de su padre, salió a caballo de detrás de las líneas y se dirigió al duelo de su vida.

Damen no sabía que el hermano menor había estado en el campo de batalla. Hace seis años, Damen tenía diecinueve. Laurent tendría unos… ¿trece? ¿Catorce? Era joven para luchar en una batalla como la de Marlas.

Era demasiado joven para subir al trono. Y con el rey vereciano y el príncipe heredero muertos, el hermano del rey asumió el cargo de regente, y lo primero que hizo fue parlamentar con el enemigo, aceptar los términos de

rendición y ceder a Akielos el disputado territorio de Delpha, al que los verecianos llamaban Delfeur.

Aquel fue el acto sensato de un hombre sensato; en persona, el regente parecía igual de equilibrado y razonable, aunque atribulado por un sobrino insoportable.

Damen no sabía por qué su mente regresaba al hecho de que Laurent estuviera presente en el campo de batalla aquel día. No era miedo al descubrimiento. Habían pasado seis años de aquello y, por aquel entonces, Laurent era un niño que, tal y como él mismo admitió, ni siquiera se había acercado al frente. Y aunque no hubiera sido así, Marlas fue un caos. De haber visto a Damen, lo habría hecho al inicio de la batalla, cuando vestía toda la armadura, incluido el yelmo; si por algún milagro Laurent lo hubiese visto más tarde, ya desprovisto de escudo y yelmo, a esas alturas habría encontrado a Damen cubierto de sangre y barro y luchando por su vida, como todos los presentes.

Pero ¿qué pasaría si lo reconocieran? Todo hombre y mujer de Vere conocía el nombre de Damianos, el matapríncipes. Damen sabía lo peligroso que sería para él que su identidad saliera a la luz; no era consciente de lo cerca que había estado de ser descubierto, y a manos de la persona que más motivos tenía para quererlo muerto. Razón de más para escapar de aquel lugar.

«Tienes una cicatriz», había dicho Laurent.

—¿Qué le dijiste al regente? —exigió saber Radel. La última vez que Radel lo había mirado así, había levantado la mano y golpeado a Damen con fuerza —. Ya me has oído. ¿Qué le dijiste de los latigazos?

—¿Qué debería haberle dicho? —Damen lo miró con calma.

—Lo que deberías haber hecho —prosiguió Radel— es mostrar lealtad hacia tu príncipe. En diez meses…

—Será el rey —concluyó Damen—. Hasta entonces, ¿no estamos sujetos a las órdenes de su tío?

Hubo una gélida y larga pausa.

—Veo que no has tardado mucho en aprender a moverte por aquí —concedió Radel.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Damen.

—Te han llamado a declarar —contestó Radel—. Espero que puedas caminar.

Con eso, un desfile de sirvientes entró en el cuarto. Los preparativos a los que se dio inicio eclipsaban todos los que Damen había presenciado hasta la fecha, incluidos los que se habían llevado a cabo antes del espectáculo del anfiteatro.

Lo lavaron, mimaron, acicalaron y perfumaron. Fueron con cuidado para no tocarle las heridas de la espalda, pero le untaron el resto con aceite; el óleo que empleaban contenía un pigmento dorado, de modo que sus miembros brillaban a la luz de las antorchas como los de una estatua de oro.

Un sirviente se aproximó con tres cuencos pequeños y un delicado pincel y acercó su cara a la de Damen, contemplando sus rasgos con una expresión de concentración y el pincel preparado. Los cuencos contenían pintura facial. No había tenido que sufrir la humillación de que lo pintaran desde Akielos. El sirviente le tocó la piel con la punta del pincel mojada y le delineó los ojos con pintura dorada. Damen sintió un frío espeso en pestañas, mejillas y labios.

En esa ocasión, Radel no prohibió las joyas, y cuatro baúles de plata esmaltados se llevaron a la habitación, donde los sirvientes los abrieron. Radel seleccionó varias piezas de entre su reluciente contenido. La primera fue una serie de hilos finos, casi invisibles, de los que colgaban pequeños rubíes a intervalos; estaban entretejidos en el cabello de Damen. Luego, eligió oro para la frente y la cintura. Después, una correa que se enganchaba al collar. Esta también era de oro; una fina cadena que terminaba en una vara dorada para la persona a su cargo, con un gato tallado en un extremo que sostenía un granate en la boca. Si lo enjoyaban más, haría ruido al caminar.

Pero eso no era todo. Una última pieza; otra fina cadena de oro engarzada con dos dispositivos idénticos. Damen no reconoció lo que era hasta que un sirviente se adelantó y le puso las abrazaderas de pezones en su sitio.

Se apartó bruscamente, pero tardó demasiado, además de que solo hizo falta un golpe en la espalda para que cayera de rodillas. La cadenita se balanceaba al ritmo de su pecho, que subía y bajaba.

—Se le ha corrido la pintura —informó Radel a uno de los sirvientes tras evaluar el cuerpo y el rostro de Damen—. Ahí. Y ahí. Píntalo otra vez.

—Pensaba que al príncipe no le gustaba la pintura —comentó Damen.

—Y no le gusta —confirmó Radel.

Era una costumbre de la nobleza vereciana vestirse con un esplendor discreto, muy distinto del brillo estridente de las mascotas a las que prodigaban sus mayores muestras de riqueza. Lo que significaba que Damen, cubierto de oro,

escoltado y atado a una correa mientras atravesaban las puertas dobles, no podía confundirse con ninguna otra cosa. Destacaba en la sala abarrotada.

Laurent también. Su brillante cabello se reconocía al instante. La mirada de Damen se posó en él. A izquierda y derecha, los cortesanos guardaban silencio y reculaban para abrir camino al trono.

Una alfombra roja se extendía desde las puertas dobles al estrado, tejida con escenas de caza, manzanos y acantos en los bordes. Las paredes estaban cubiertas por tapices, en los que predominaba el mismo rojo intenso. El trono estaba rodeado del mismo color.

Rojo, rojo, rojo. Laurent destacaba.

Damen notó que sus pensamientos se dispersaban. La concentración lo mantenía en pie. Sentía un dolor punzante en la espalda.

Se obligó a desviar la mirada de Laurent y la dirigió al director del espectáculo público que estaba a punto de desarrollarse. Al final de la larga alfombra, el regente estaba sentado en el trono. En su mano izquierda, descansando sobre su rodilla, sostenía el cetro dorado del monarca. Y detrás de él, con la toga del Estado, estaba el Consejo Vereciano.

El Consejo era la sede del poder vereciano. En los días del rey Aleron, el papel del Consejo era asesorar sobre asuntos de Estado. Ahora, el regente y el Consejo administraban la nación provisionalmente hasta el ascenso al trono de Laurent. Compuesto por cinco hombres y ninguna mujer, los miembros del Consejo estaban de pie delante de un fondo formidable, en el estrado. Damen reconoció a Audin y a Guion. El tercer hombre, al que identificó por su avanzada edad, era el consejero Herode. Por lo tanto, los otros dos debían de ser Jeurre y Chelaut, aunque no sabía quién era quién. Los cinco llevaban medallones alrededor del cuello, distintivos de su cargo.

También en el estrado, ligeramente apartado del trono, Damen vio a la mascota del consejero Audin, el niño, vestido con más extravagancia que Damen. La única razón por la que Damen lo superaba en cantidad de oro era que, dado que su tamaño era mayor que el del chico, tenía bastante más piel disponible para actuar como lienzo.

Un heraldo anunció el nombre de Laurent y todos sus títulos.

El príncipe dio algunos pasos al frente y se unió a Damen y a la persona que lo llevaba conforme se aproximaban. Damen empezaba a ver la alfombra como una prueba de resistencia. No era solo por la presencia de Laurent. La precisa sucesión de postraciones ante el trono parecía específicamente diseñada para arruinar los resultados de una semana de cura. Por fin terminó.

Damen se arrodilló, y Laurent dobló su rodilla lo justo.

Damen oyó que los cortesanos que flanqueaban la sala cuchicheaban sobre su espalda. Supuso que, en comparación con la pintura dorada, tenía un aspecto horrible. De pronto, cayó en la cuenta de que esa era la intención.

El regente quería disciplinar a su sobrino y, con el Consejo detrás de él, había elegido hacerlo en público.

«Una flagelación pública», había dicho el regente.

—Tío —saludó Laurent.

Al enderezarse, la postura de Laurent se relajó y su expresión permaneció inmóvil, pero había algo sutil en la posición de sus hombros que Damen reconoció. Era la actitud de un hombre que se dispone a pelear.

—Sobrino —saludó el regente—. Creo que puedes adivinar por qué estamos aquí.

—Un esclavo me puso la mano encima y mandé que lo azotaran —contestó tranquilamente.

—Dos veces —replicó el regente—. Contra mis órdenes. La segunda vez, en contra del aviso de que podría conducir a su muerte. Y por qué poco.

—Está vivo. El aviso era incorrecto —dijo, de nuevo, con calma.

—También se te advirtió de mi orden: que en mi ausencia no se podía tocar al esclavo —prosiguió el regente—. Haz memoria. Recordarás que la advertencia fue clara. Aun así, la ignoraste.

—No pensé que os importaría. Sé que no os debéis tanto a Akielos como para querer que las acciones del esclavo queden impunes por el simple hecho de que sea un presente de Kastor.

Sus ojos azules reflejaban una serenidad imperturbable. Damen pensó con cierto desprecio que Laurent hablaba bien. Se preguntó si el regente lamentaba haber hecho aquello en público, pero no parecía perturbado, ni siquiera sorprendido. Bueno, debía de estar acostumbrado a tratar con Laurent.

—Se me ocurren varias razones por las que no deberías apalear un presente real hasta casi la muerte justo después de firmar un tratado. No solo porque yo te lo ordené. Alegas haber aplicado un castigo justo, pero la verdad es otra.

El regente hizo un gesto y un hombre dio un paso adelante.

—El príncipe me ofreció una moneda de oro si azotaba al esclavo hasta la muerte.

En ese momento, la compasión del público se alejó visiblemente de Laurent. Al percatarse de ello, el príncipe abrió la boca para hablar, pero el regente lo interrumpió.

—No. Ya has tenido la oportunidad de disculparte o de presentar excusas razonables. En cambio, has elegido mostrar una arrogancia impenitente. Todavía no tienes derecho a escupir a un rey a la cara. A tu edad, tu hermano lideraba ejércitos y traía la gloria a su país. ¿Qué has logrado tú en el mismo tiempo? Cuando eludiste tus responsabilidades en la corte, lo ignoré. Cuando te negaste a cumplir con tu deber en la frontera en Delfeur, me resigné. Pero esta vez, tu desobediencia ha amenazado un acuerdo entre naciones. El Consejo y yo nos hemos reunido y hemos decidido que debemos tomar medidas.

El regente habló con un tono de poder incuestionable que resonó en todos los rincones de la sala.

—Tus tierras de Varenne y Marche quedan confiscadas, junto con todas las tropas y rentas que las acompañan. Solo conservarás Acquitart. Durante los próximos diez meses, tus ingresos disminuirán y tu séquito menguará. Tendrás que dirigirte a mí directamente para realizar cualquier gasto. Agradece que conservas Acquitart y que no hemos llevado este decreto más lejos.

El impacto de las sanciones atravesó la asamblea. Algunos rostros reflejaban indignación. Pero en muchos otros había una satisfacción tácita y la impresión era menor. En ese momento, resultó obvio qué cortesanos componían la facción del regente y cuáles la de Laurent. Y que la de Laurent era más reducida.

—«Agradece que conservas Acquitart» —repitió Laurent—, que, por ley, no podéis confiscar y que, además, no va acompañada de tropas y tiene poca importancia estratégica.

—¿Crees que me complace disciplinar a mi propio sobrino? Ningún tío actuaría con un corazón más apesadumbrado que el mío. Asume tus responsabilidades, ve a Delfeur, muéstrame que tienes al menos una gota de la sangre de tu hermano y estaré encantado de devolvértelo todo.

—Creo que hay un viejo conserje en Acquitart. ¿Debo cabalgar hasta la frontera con él? Podríamos compartir la armadura.

—No seas frívolo. Si aceptas cumplir con tu deber, no te faltarán hombres.

—¿Por qué iba a perder el tiempo en la frontera cuando vos obedecéis a los caprichos de Kastor?

Por primera vez, el regente parecía enfadado.

—Dices que es cuestión de orgullo nacional, pero no estás dispuesto a mover un dedo para servir a tu propio país. La verdad es que actuaste por pura

maldad y ahora te duele la disciplina. Depende de ti. Abraza al esclavo en disculpa y daremos todo por terminado.

«¿Abraza al esclavo?».

La anticipación de los cortesanos allí reunidos se hizo más evidente.

El hombre que llevaba a Damen lo obligó a ponerse de pie. Este, que esperaba que Laurent se opusiera a la orden de su tío, se sobresaltó cuando, tras una larga mirada al regente, Laurent se acercó con una gracia delicada y obediente. Enganchó un dedo en la cadena que se extendía sobre el pecho de Damen y lo atrajo hacia él. Damen sintió el tirón en las pinzas gemelas y se acercó a él. Con gélida indiferencia, los dedos de Laurent recogieron los rubíes e inclinaron la cabeza de Damen lo bastante para darle un beso en la mejilla. El beso fue imperceptible: ni una sola mota de pintura dorada se transfirió a los labios de Laurent.

—Pareces una puta.

Las suaves palabras de Laurent apenas movieron el aire junto al oído de Damen y fueron inaudibles para todos salvo él.

—Una fulana inmunda y maquillada. ¿Te has abierto de piernas con mi tío igual que con Kastor? —susurró Laurent.

Damen retrocedió violentamente y se le corrió la pintura dorada. Observó a Laurent a dos pasos de distancia, asqueado.

Laurent se llevó el dorso de la mano a la mejilla, ahora manchada de oro, y luego se volvió hacia el regente con los ojos abiertos como platos y una expresión de inocencia herida.

—Comprobad por vos mismo el comportamiento del esclavo. Tío, os equivocáis conmigo, estáis siendo cruel. El castigo del esclavo en la cruz fue merecido. Habéis visto por vos mismo lo arrogante y rebelde que es. ¿Por qué castigáis a vuestra propia sangre cuando la culpa recae en Akielos?

Acción, reacción. Era peligroso hacer algo así en público. Y, de hecho, la balanza de la compasión de la asamblea se inclinó un poco hacia el otro bando.

—Tú sostienes que el esclavo era culpable y merecía el castigo. Muy bien. Ya lo ha recibido. Ahora tú recibirás el tuyo. Tú también estás sujeto a las decisiones del regente y el Consejo. Acéptalas con elegancia.

Laurent bajó sus ojos azules, martirizándose.

—Sí, tío.

Era un joven diabólico. Tal vez esa fuese la respuesta a cómo se había granjeado la lealtad de la Guardia del Príncipe; sencillamente los manipulaba.

En el estrado, el consejero anciano, Herode, frunció ligeramente el ceño y miró a Laurent por primera vez con compasión e inquietud.

El regente dio por finalizado el acto, se levantó y se marchó, tal vez a alguna diversión que lo aguardase. Los consejeros se fueron tras él. La simetría de la cámara se descompuso cuando los cortesanos abandonaron sus posiciones a ambos lados de la alfombra y comenzaron a circular con mayor libertad.

—Ya puedes entregarme la correa —dijo una voz agradable, muy cerca.

Damen se cruzó con unos límpidos ojos azules. A su lado, el hombre que sujetaba la cadena vaciló.

—¿Por qué tardas tanto? —Laurent le tendió la mano y sonrió—. El esclavo y yo nos hemos abrazado y reconciliado con alborozo.

El hombre le pasó la correa. Laurent tensó la cadena al instante.

—Ven conmigo —dijo el príncipe.

Capítulo cinco

FUE BASTANTE AMBICIOSO POR parte de Laurent pensar que podría librarse con facilidad y discreción de una reunión en la corte de la que su propia censura había sido el tema central.

Damen, llevado por el extremo de una cadena, fue testigo de cómo el avance de Laurent se frustraba una y otra vez por aquellos que deseaban consolarlo. Sintió la presión de la seda, la batista y las atenciones. Para Damen no suponía un alivio, solo era un retraso. Sintió en todo momento la mano de Laurent agarrando la cadena, como una promesa. Damen percibía una tensión que no era miedo. En otras circunstancias, sin guardias ni testigos, quizá se habría deleitado con la oportunidad de estar a solas en una habitación con Laurent.

Sin duda, Laurent era un buen orador. Aceptaba la compasión con gracia. Exponía su postura con cabeza. Dejaba de hablar cuando la conversación se volvía peligrosamente crítica con su tío. No decía nada que pudiera considerarse un insulto flagrante a la regencia. Sin embargo, nadie que hablase con él podía albergar alguna duda de que su tío se estaba comportando erróneamente en el mejor de los casos, y como un traidor en el peor.

Pero incluso para Damen, que no tenía un gran conocimiento de la política de aquella corte, era significativo que los cinco consejeros se hubieran marchado con el regente. Era una señal del poder que tenía en comparación con el de su sobrino: contaba con todo el apoyo del Consejo. Aquello no gustó a la facción de Laurent, que permaneció en la sala de audiencias quejándose. Y con razón. No podían hacer nada al respecto.

Así pues, ese era el momento en que Laurent debía hacer todo lo posible para recabar apoyos, no desaparecer en algún lugar para mantener un vis a vis privado con su esclavo.

No obstante, abandonaron la sala de audiencias y siguieron por una serie de patios interiores lo bastante grandes como para contener árboles, vegetación geométrica, fuentes y sinuosos senderos. Al otro lado del patio se

veían destellos de la juerga en curso; los árboles danzaban y las luces del entretenimiento que se desarrollaba al otro lado del camino centelleaban con intensidad.

No estaban solos. A una distancia prudencial, dos guardias los seguían para proteger a Laurent. Como de costumbre. Y el patio en sí no estaba vacío. Más de una vez pasaron junto a parejas que paseaban por los senderos y, en una ocasión, Damen vio a una mascota y un cortesano abrazados en un banco, besándose sensualmente.

Laurent los condujo hasta una pérgola cubierta de viñas. A su lado, había una fuente y un lago enorme lleno de lirios. Laurent ató la cadena de Damen a la estructura de metal de la glorieta, como si amarrara un caballo a un poste. Tuvo que acercarse mucho a Damen para hacer eso, pero no dio señales de estar incómodo por la proximidad. Anudarlo no era más que un insulto. Damen no era un animal estúpido, por lo que era perfectamente capaz de desatar la cadena. Lo que lo mantenía en su lugar no era la fina cadena dorada enrollada despreocupadamente alrededor del metal, sino la guardia uniformada, y la presencia de media corte y muchos otros hombres, que se interponían entre él y la libertad.

Laurent dio algunos pasos para apartarse. Damen lo vio llevarse una mano a la nuca, como si quisiese aliviar la tensión. Durante unos instantes, el príncipe no hizo nada, salvo permanecer de pie en silencio y respirar el aire fresco perfumado por las flores nocturnas. A Damen se le ocurrió por primera vez que Laurent quizá tenía sus propias razones para querer huir de la atención de la corte.

La tensión aumentó y afloró cuando Laurent se volvió de nuevo hacia él.

—No tienes un gran instinto de supervivencia, ¿eh, cachorrito? Ir a lloriquearle a mi tío fue un error —dijo Laurent.

—¿Porque os llevasteis una reprimenda? —conjeturó Damen.

—Porque vas a enfadar a todos los guardias a los que tanto te ha costado ganarte —replicó Laurent—. Tienden a odiar a los esclavos que ponen su propio interés por encima de la lealtad.

Esperaba un ataque directo, no estaba preparado para lo que llegó indirectamente, por los lados. Apretó los dientes y examinó la figura de Laurent de arriba abajo.

—No podéis tocar a vuestro tío, así que atacáis donde podéis. No os tengo miedo. Si vais a hacer algo, hacedlo ya.

—Pobre animal, estás equivocado —se compadeció Laurent—. ¿Qué te ha hecho pensar que estoy aquí por ti?

Damen parpadeó.

—Aunque, pensándolo mejor —caviló Laurent—, quizá te necesito para algo.

Se enrolló la delgada cadena una vez alrededor de la muñeca y, luego, con un tirón rápido, la partió. Los dos extremos se deslizaron de su muñeca y quedaron colgando. Laurent dio un paso atrás. Damen observó confuso la cadena rota.

—Alteza —dijo una voz.

—Consejero Herode —saludó Laurent.

—Gracias por aceptar reuniros conmigo —continuó Herode. Entonces vio a Damen y dudó—. Perdonadme. Supuse que vendríais solo.

—¿Que lo perdone? —preguntó Laurent.

Un silencio se abrió en torno a las palabras de Laurent. En él, su significado cambió.

—Es que… —empezó a decir Herode. Luego miró a Damen con una expresión de alarma—. ¿Esto es seguro? Ha roto la cadena. ¡Guardias!

Se oyó el sonido penetrante de una espada al desenvainarla. Dos espadas. Los guardias se abrieron paso hacia el cenador y se interpusieron entre Damen y Herode. Cómo no.

—Su alteza tenía razón —dijo Herode, y lanzó una mirada desconfiada a Damen—. No había visto el lado rebelde del esclavo. Su alteza parecía tenerlo bajo control en la arena. Y los esclavos con los que se ha obsequiado a vuestro tío son muy obedientes. Si asistís al espectáculo de después lo veréis con vuestros propios ojos.

—Ya los he visto —respondió Laurent.

Se hizo un breve silencio.

—Sabéis lo unido que estaba a vuestro padre —dijo Herode—. Desde su muerte, le he ofrecido toda mi lealtad a vuestro tío. Me preocupa que en este caso eso pueda haberme llevado a hacer un juicio equivocado…

—Si lo que le preocupa es que recuerde las injusticias cometidas contra mi persona durante más de diez meses —contestó Laurent—, no debe inquietarse. Seguro que puede convencerme de que estaba profundamente equivocado.

—¿Y si damos una vuelta por el jardín? —propuso Herode—. El esclavo puede aprovechar el banco para restablecerse de sus heridas.

—Muy considerado por su parte, consejero —dijo Laurent. Se volvió hacia Damen y añadió con voz melosa—: Debe de dolerte mucho la espalda.

—Estoy bien —dijo Damen.

—Entonces, arrodíllate —dijo Laurent.

Un fuerte apretón en su hombro lo empujó hacia abajo; en cuanto las rodillas de Damen tocaron el suelo, una espada se alzó hasta su garganta para disuadirlo de levantarse. Herode y Laurent desaparecieron juntos como una pareja más y vagaron por los perfumados senderos del jardín.

La fiesta que tenía lugar al otro lado empezó a extenderse al jardín. El gentío no dejaba de aumentar, se colgaron farolillos y los sirvientes circulaban con bebidas. El lugar donde Damen permanecía arrodillado estaba apartado del camino a conciencia, pero de vez en cuando algunos cortesanos pasaban junto a él y lo observaban: «Mira, es el esclavo bárbaro del príncipe».

La frustración serpenteó en su interior como un látigo. Lo habían atado de nuevo. El guardia no mostraba tanta indiferencia como Laurent a la hora de restringir sus movimientos. Estaba encadenado al cenador de metal por el collar, y esa vez era una cadena de verdad, no algo que pudiese partir.

«Cachorrito», pensó Damen, enfadado. De la tensa conversación entre Herode y Laurent captó la única información importante.

En algún lugar allí dentro, no lejos, había otros esclavos akielenses.

La mente de Damen volvió a ellos. Su preocupación por su bienestar persistía, pero su proximidad planteaba preguntas perturbadoras. ¿Cuál era la procedencia de esos esclavos? ¿Eran esclavos de palacio, entrenados por Adrastus y traídos, como Damen, directamente de la capital? A Damen lo habían mantenido en confinamiento solitario a bordo del barco, y aún no había visto a los otros esclavos, ni ellos lo habían visto a él. Pero si eran esclavos de palacio, elegidos a dedo entre los mejores que servían a la realeza en Akielos, existía la posibilidad de que lo reconocieran.

En el silencio que se extendió por el patio, oyó el tintineo suave de unas campanillas.

Encadenado en una parte oscura del jardín, lejos de los divertimentos de la corte, uno de esos esclavos fue llevado hasta él por puro azar.

En el extremo de una cadena, iba conducido por una mascota vereciana. El esclavo akielense llevaba una cadena y unas esposas de oro más pequeñas que las de Damen. La mascota era la fuente de las campanas. Llevaba cascabeles en el cuello, como si fuese un gato. Y muchísima pintura. Le resultaba familiar.

Era la mascota del consejero Audin, el niño.

Damen supuso que, para aquellos a los que les gustaban los críos, probablemente tenía encantos en abundancia. Debajo de la pintura, tenía la

piel fina y clara de un niño. Si esas facciones perteneciesen a una niña de la misma edad, al cabo de seis años sería una joven extraordinariamente hermosa. Tenía una gracia cultivada, que, en gran parte, ocultaba las limitaciones de sus pequeños miembros infantiles. Al igual que Damen, llevaba gemas preciosas entrelazadas en el cabello, aunque en su caso eran perlas minúsculas que brillaban como estrellas en una maraña de rizos castaños. Su mejor rasgo eran sus increíbles ojos azules, incomparables a otros que Damen hubiese visto, salvo los que había contemplado hacía nada.

El chico frunció sus bonitos labios arqueados y escupió a Damen en toda la cara.

—Me llamo Nicaise —anunció—. No eres lo bastante importante como para despreciarme. A tu amo le han requisado sus tierras y su dinero. Y, de no haber sido así, serías un simple esclavo. El regente me ha enviado a buscar al príncipe. ¿Dónde está?

—Ha vuelto a la sala de audiencias —contestó Damen. Decir que Nicaise lo había dejado de piedra era quedarse corto. La mentira salió de sus labios por sí sola.

Nicaise lo miró fijamente. Luego tiró brutalmente de la correa del esclavo, que fue arrastrado hacia delante y casi perdió el equilibrio, como un potro con las patas demasiado largas.

—No me voy a pasar la noche arrastrándote de un lado a otro. Espérame aquí.

Nicaise arrojó la cadena del esclavo al suelo y dio media vuelta, lo que hizo sonar los cascabeles.

Damen se llevó la mano al rostro, húmedo. Al instante, el esclavo se arrodilló a su lado y posó una mano delicada en su muñeca para tirar de ella hacia atrás.

—Por favor, déjame a mí. Se te correrá la pintura.

El esclavo lo miraba directamente. Damen observó su rostro; al parecer, no lo había reconocido. El esclavo se limitó a levantar el borde de su túnica y lo empleó para secarle la mejilla con delicadeza.

Damen se relajó. Pensó, algo triste, que probablemente era arrogante por su parte pensar que el esclavo lo reconocería. Imaginó que su aspecto distaba mucho del de un príncipe, con esposas de oro y pintura dorada, encadenado a una pérgola en medio de un jardín vereciano.

También estaba seguro de que el esclavo no era del palacio de Akielos; no le habría pasado inadvertido. Su apariencia llamaba la atención. Tenía la piel

clara, y sus rizos castaño claro estaban bruñidos en oro. Era justo el tipo de chico con el que Damen se deleitaría un par de horas entre las sábanas.

Los cuidadosos dedos del esclavo le tocaron la cara. Damen sintió un oscuro sentimiento de culpa por haber enviado a Nicaise a una búsqueda infructífera. Pero también estaba contento por aquel momento inesperado a solas con un esclavo de su tierra natal.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Damen con delicadeza.

—Erasmus.

—Erasmus, qué alegría hablar con otro akielense.

Lo decía en serio. El contraste entre ese esclavo reservado y adorable y el rencoroso Nicaise le hizo añorar la sencillez y la franqueza de su hogar. Asimismo, Damen sintió una punzada de preocupación por los esclavos akielenses. Su obediencia y su naturaleza dulce apenas les garantizaban la supervivencia en aquella corte. Damen estimó que Erasmus tendría unos dieciocho o diecinueve años, y aun así, Nicaise, de unos trece, se lo comería vivo. Por no hablar de Laurent.

—Había un esclavo al que mantuvieron drogado y atado a bordo del barco —dijo Erasmus, dubitativo. Desde el principio le había hablado en akielense—. Dijeron que se lo habían entregado al príncipe.

Damen asintió lentamente, respondiendo a la pregunta no formulada. Además de una maraña de rizos de un color castaño claro, Erasmus tenía los ojos pardos más inocentes que Damen había visto en su vida.

—Qué imagen más bella —dijo una voz de mujer.

Erasmus se apartó bruscamente de Damen y se postró, presionando su frente contra el suelo. Damen se quedó donde estaba. Estar arrodillado y esposado ya era demasiada sumisión.

La mujer que habló era Vannes. Estaba paseando por los senderos del jardín con dos nobles. Uno de los hombres llevaba una mascota consigo, un joven pelirrojo a quien Damen también reconoció vagamente de la arena.

—No paréis por nosotros —dijo el pelirrojo con sarcasmo.

Damen miró de soslayo a Erasmus, que no se había movido. Era improbable que Erasmus hablase vereciano.

Su amo se rio.

—Un minuto o dos más y tal vez los habríamos pillado besándose.

—Me pregunto si se podría persuadir al príncipe para que dejase a su esclavo entretenerse con los demás —dijo Vannes—. No todos los días se ve actuar a un macho tan fuerte. Qué pena que lo sacasen de la arena antes de que montase a alguien.

—No estoy seguro de que me interesara asistir después de lo que hemos visto esta tarde —apuntó el amo del pelirrojo.

—Pues yo creo que es más emocionante ahora que sabemos que es peligroso de verdad —replicó la mascota pelirroja.

—Lástima que tenga la espalda destrozada, pero la parte de delante es muy bonita —prosiguió Vannes—. Claro que vimos más en la arena. En cuanto al peligro… El consejero Guion sugirió que no estaba entrenado para desempeñar las funciones de un esclavo de placer. Pero el entrenamiento no lo es todo. A lo mejor tiene un talento natural.

Damen guardó silencio. Responder a aquellos cortesanos sería un disparate; la única respuesta posible era permanecer callado y esperar que se durmieran del aburrimiento; y eso era lo que Damen estaba haciendo con ahínco, cuando sucedió algo que siempre conseguía que cualquier situación empeorase con creces.

—¿Talento natural? —repitió Laurent.

El príncipe se unió al grupo. Todos los cortesanos se inclinaron respetuosamente y Vannes le contó de qué estaban discutiendo. Laurent se volvió hacia Damen.

—Bueno, ¿qué? —dijo Laurent—. ¿Sabes copular como es debido o solo te cargas cosas?

Damen pensó que, si tuviese que elegir entre el látigo y una conversación con Laurent, quizá escogería el látigo.

—No es muy hablador —observó Vannes.

—Va a ratos —puntualizó Laurent.

—Me encantaría actuar con él —dijo la mascota pelirroja. Claramente hablaba con su amo, pero todos lo oyeron.

—Ancel, no. Podría hacerte daño.

—¿Os gustaría? —preguntó la mascota mientras pasaba los brazos alrededor del cuello de su amo, aunque no sin antes mirar de reojo a Laurent.

—No, no me gustaría —contestó su amo con el ceño fruncido.

Pero era evidente que la provocadora pregunta de Ancel no iba dirigida a su amo, sino a Laurent. El chico buscaba la atención de la realeza. A Damen le repugnaba la idea de que el muchacho de algún noble se ofreciese para ser herido suponiendo que eso satisfaría a Laurent. Luego pensó en todo lo que sabía de Laurent y se puso todavía más enfermo porque, como no podía ser de otro modo, las suposiciones del chico seguramente estarían en lo cierto.

—¿Qué pensáis, alteza? —preguntó Ancel.

—Creo que tu amo preferiría mantenerte intacto —respondió Laurent con brusquedad.

—Su alteza podría atar al esclavo —sugirió Ancel.

Fue una muestra de la habilidad cultivada de Ancel que resultó burlona y seductora en lugar de lo que era, un último intento de un arribista de atrapar y mantener la atención del príncipe.

Casi no funcionó. Laurent pareció no dar importancia al coqueteo de Ancel; daba la sensación de que incluso lo hastiaba. Había arrojado a Damen a la arena, pero en la atmósfera impregnada de sexo de las gradas, el pulso del príncipe ni siquiera parecía alterarse. Había sido el único inmune a la carnalidad de aquello que los verecianos llamaban «actuación»; era el único cortesano sin una mascota que lo adulase.

«Dicen que es frígido», había dicho Jord.

—¿Y qué tal algo cortito mientras esperamos la atracción principal? —propuso Vannes—. Ya es hora de que el esclavo aprenda cuál es su sitio.

Damen contempló cómo Laurent asimilaba esas palabras. Cómo se detenía y centraba toda su atención en esa idea. Cómo consideraba esa decisión en su mente.

Y también vio cómo la tomaba. Sus labios se curvaron y su expresión se endureció.

—¿Por qué no? —concedió Laurent.

—No —gruñó Damen, que notó una sensación vertiginosa que se apoderaba de su pecho y cierta frustración cuando unas manos se abalanzaron sobre él.

Pelear en serio contra guardias armados, con testigos y en medio de una corte abarrotada era un acto de autodestrucción. Pero su mente y su cuerpo se rebelaron y tiraron instintivamente de los grilletes.

Un banco de enamorados ubicado dentro de la glorieta creaba dos semicírculos. Los cortesanos se pusieron cómodos en uno de los lados. Vannes pidió vino y se envió a un criado con una bandeja. Uno o dos palaciegos más se acercaron y Vannes entabló conversación con uno de ellos sobre la delegación de Patras, que llegaría en unos días.

Damen estaba atado al asiento del otro lado, enfrente.

Lo que sucedía en ese momento no parecía real. El amo de Ancel estaba describiendo cómo sería el encuentro. El esclavo permanecería atado y Ancel usaría la boca. Vannes comentó que, como era muy raro que el príncipe consintiera una actuación, debían darlo todo. El amo de Ancel no flaquearía.

Iba a ocurrir de verdad. Damen se aferró al metal de la glorieta. Tenía las muñecas esposadas por encima de la cabeza. Iban a darle placer ante un público vereciano. Probablemente solo era un divertimento discreto de tantos otros que debían de tener lugar en aquel mismo jardín.

Los ojos de Damen estaban fijos en Ancel. Casi se dijo a sí mismo que aquello no era culpa de la mascota, pero en gran parte lo era.

Ancel cayó de rodillas y se abrió camino al interior de las ropas del esclavo. Damen lo miró y no pudo sentirse menos excitado. Incluso en el mejor de los casos, el pelirrojo de ojos verdes no era su tipo. Parecía tener unos diecinueve años y, aunque no tuviese la juventud obscena de Nicaise, su cuerpo era delicadamente juvenil. De hecho, tenía una belleza refinada, artificial.

«Mascota», pensó Damen. La palabra encajaba. Ancel se apartó la melena a un lado y no se anduvo con formalidades. Tenía práctica, y manipuló a Damen habilidosamente con la boca y las manos. Damen se preguntó si debía sentir compasión o alegría por el hecho de que Ancel no fuera a tener su momento de gloria: los tocamientos de la mascota prácticamente no habían conseguido una erección, así que Damen dudaba que fuese a correrse para el deleite de una audiencia. Si había algo explícito a la vista, sería la ausencia de todo deseo de estar allí.

Hubo un leve crujido y, calmado, como el agua bajo el lirio, Laurent se acercó y se sentó a su lado.

—A ver si podemos hacerlo mejor —dijo Laurent—. Detente.

Ancel dejó de esforzarse y miró arriba, con los labios húmedos.

—Es más fácil ganar si no juegas todas tus cartas de una vez —dijo Laurent—. Empieza más despacio.

Damen respondió a las palabras de Laurent con una tensión inevitable. Ancel estaba tan cerca que Damen notaba su aliento, una nube de calor cálida y directa que giraba en el sitio, un susurro para su sensible piel.

—¿Así? —preguntó Ancel.

Tenía la boca a dos centímetros de su destino y sus manos subieron delicadamente por los muslos de Damen. Entreabrió los húmedos labios. Damen reaccionó contra su voluntad.

—Así —afirmó Laurent.

—¿Ya? —interrogó la mascota, inclinándose hacia delante.

—No uses la boca todavía —le advirtió Laurent—. Solo la lengua.

Ancel obedeció. Pasó la lengua por el glande, un toque evasivo, una mera sugerencia. Sin presionar lo suficiente. Laurent observaba el rostro de Damen

con la misma atención intelectual que dedicaría a un problema estratégico. La lengua de Ancel presionó la ranura.

—Le gusta. Más fuerte —urgió Laurent.

Damen maldijo; pronunció una única palabra en akielense. Incapaz de resistir la delicada seducción a la que se veía sometida su carne, su cuerpo estaba despertando y ansiaba ritmo. La lengua de Ancel se movía perezosamente alrededor de la cabeza.

—Ahora lámela. Entera.

Las palabras calmas precedieron a una lamida larga, cálida y húmeda, de la base a la punta. Damen notaba que se le contraían los muslos, para después abrirse suavemente; su respiración se aceleraba en su pecho. Quería liberarse de sus grilletes. Hubo un sonido metálico cuando tiró de las esposas con las manos en puños. Se volvió en dirección a Laurent.

Mirarlo fue un error. Incluso con las sombras del ocaso, Damen veía la postura relajada del cuerpo de Laurent, la perfección marmórea de sus facciones y la despreocupación distante con que lo observaba, sin molestarse ni siquiera en mirar cómo Ancel movía la cabeza.

Según la Guardia del Príncipe, Laurent era una ciudadela inexpugnable y no tenía amantes. En aquel momento, daba la impresión de que tenía la mente algo ocupada y un cuerpo totalmente distante, no tocado por el ardor. La grosera imaginación de la Guardia del Príncipe tenía una simiente de plausibilidad.

Por otro lado, el distante e intocable Laurent estaba profiriendo en ese momento un tratado preciso sobre la felación.

Y Ancel obedecía sus instrucciones. Su boca hacía lo que le decía. Las órdenes de Laurent eran perezosas, lentas, y había depurado la práctica de suspender el acto cuando empezaba a ponerse interesante. Damen estaba acostumbrado a obtener placer donde lo deseaba, tocando donde quería, provocando respuestas de sus parejas cuando se le antojaba. La decepción aumentaba a medida que la gratificación era cruelmente contenida. Una sensación frustrante lo apresaba; el aire frío sobre su piel caliente y la cabeza que tenía en su regazo eran solo una parte de un todo que incluía la consciencia de dónde estaba y quién estaba sentado a su lado.

—Ahora métetela toda —apremió Laurent.

Damen sintió que el aire se le escapaba del pecho de un modo devastador la primera vez que notó su polla en las profundidades de aquella húmeda boca. Ancel no conseguía metérsela toda sin que le entrasen arcadas, pese a que tenía la garganta exquisitamente entrenada. La siguiente orden de Laurent

fue como una palmada en el hombro. Ancel reculó obedientemente para limitarse a chupar el glande.

Ahora Damen oía el sonido de su propia respiración por encima incluso del clamor de su carne. Pese a que Ancel no seguía un ritmo, un placer difuso empezaba a congregarse y a crear algo más urgente; notaba el cambio, la orientación de su cuerpo en dirección al clímax.

Laurent descruzó las piernas y se levantó.

—Haz que se corra —ordenó Laurent con aire despreocupado, y sin mirar atrás, se dirigió a los otros cortesanos para hacer observaciones sobre el tema en cuestión, como si no tuviera ninguna necesidad especial de ver el final, pues era inevitable.

La imagen de Ancel absorbiendo su erección se juntó en sus pensamientos fragmentados con el repentino y duro deseo de poner sus manos en el cuerpo de Laurent y obtener venganza, tanto por sus acciones como por su petulante ausencia. El orgasmo llegó como unas llamas sobre una superficie caliente y vació su semilla, que fue profesionalmente engullida.

—Un poco lento al principio, pero con un clímax bastante satisfactorio —aprobó Vannes.

Damen fue liberado del asiento de los enamorados y empujado al suelo de rodillas. Laurent estaba sentado frente a él con las piernas cruzadas. Damen fijó los ojos en él y no miró a ningún otro lado; su respiración todavía era perceptible y tenía el pulso acelerado, pero la rabia producía los mismos efectos.

El sonido musical de cascabeles invadió la reunión. Nicaise interrumpió sin ninguna señal de deferencia a las personas de mayor rango.

—He venido a hablar con el príncipe —anunció Nicaise.

Laurent levantó los dedos delicadamente y Vannes, Ancel y los demás vieron eso como una señal para hacer una breve reverencia y partir.

Nicaise se detuvo delante del banco y encaró a Laurent con una expresión de hostilidad. El príncipe, por su parte, estaba relajado, con un brazo extendido sobre el respaldo del banco.

—Vuestro tío quiere veros.

—¿Ah, sí? Pues que espere.

Unos ojos azules desagradables enfilaron otros. Nicaise se sentó.

—A mí me da igual. Cuanto más tardéis, más problemas tendréis.

—Bueno, mientras te dé igual a ti… —apostilló Laurent. Parecía divertido.

Nicaise levantó la barbilla.

—Le diré que habéis tardado a propósito.

—Como quieras. Yo ya supuse que lo adivinaría, pero así le ahorrarás el esfuerzo. Ya que vamos a tardar, ¿quieres que pida un refrigerio? —Le hizo un gesto al último criado que se retiraba con una bandeja y el hombre se aproximó—. ¿Bebes vino o aún no tienes edad?

—Tengo trece años. Bebo cuando quiero. —Nicaise despreció la bandeja y la empujó con tanta fuerza que casi la volcó—. No beberé con vos. No tenemos por qué fingir ser educados el uno con el otro.

—¿Ah, no? Vale. Ya tienes catorce, ¿no?

Nicaise se puso rojo debajo de la pintura.

—Lo que yo pensaba —dijo Laurent—. ¿Has pensado en lo que harás después? Conociendo los gustos de tu amo, tienes un año más como mucho. A tu edad, el cuerpo empieza a traicionarte. —Y luego, en respuesta a algo en la cara del niño, añadió—: ¿O te ha delatado ya?

El rojo se tornó chillón.

—Eso no es de tu incumbencia.

—Tienes razón, no lo es —reconoció Laurent.

Nicaise abrió la boca, pero el príncipe prosiguió antes de que pudiese hablar.

—Si quieres, llegado el momento, haré una oferta por ti. No te querría en mi cama, pero tendrías los mismos privilegios. A lo mejor prefieres eso. Yo estaría dispuesto.

Nicaise pestañeó y, luego, lo miró con desagrado.

—¿Qué ofrecerías?

Laurent exhaló con diversión.

—Vale, sí, si me queda alguna tierra lo más seguro es que tenga que venderla para comprar pan, ya no digamos mascotas. Los dos tendremos que ir con pies de plomo estos diez meses.

—No te necesito. Él me lo prometió. No renunciará a mí. —Nicaise empleó un tono presuntuoso y autosuficiente.

—Renuncia a todos —dijo Laurent—. Aunque tengas más iniciativa que los demás.

—Le gusto más que los otros. —El chico soltó una risa desdeñosa—. Estás celoso. —Y entonces fue el turno de Nicaise de reaccionar ante algo que vio en el rostro de Laurent, y dijo con un horror que Damen no entendió —: Vas a decirle que me deseas.

—¿Qué? —dijo Laurent—. No, Nicaise… No. Eso te hundiría. Yo no haría eso. —Entonces su voz pareció casi cansada—. Tal vez es mejor que

creas eso. Serás un buen estratega si piensas así. A lo mejor te dura más que a los otros. —Por un momento dio la sensación de que Laurent iba a decir algo más, pero finalmente, se levantó del banco y le tendió la mano al chico—. Venga, vámonos. Verás cómo mi tío me regaña.

Capítulo seis

—TU AMO PARECE UNA buena persona —señaló Erasmus.

—¿Buena persona? —cuestionó Damen.

Fue difícil pronunciar aquellas palabras, que le arañaron la garganta a medida que forzaba su salida. Miró con incredulidad a Erasmus. Nicaise se había alejado de la mano de Laurent y había dejado a Erasmus atrás, con su correa olvidada en el suelo junto al lugar donde permanecía arrodillado. Una suave brisa agitó sus rizos rubios y, sobre ellos, el follaje se movió como un toldo de seda negra.

—Se preocupa por tu placer —explicó Erasmus.

Le llevó algunos instantes procesar el verdadero significado de esas palabras y, cuando lo hizo, respondió únicamente con una risotada imponente. Las instrucciones precisas de Laurent y su inevitable resultado no tenían una buena intención, más bien todo lo contrario. No había forma de explicar la fría y compleja mente de Laurent al esclavo, y Damen no lo intentó.

—¿Qué pasa? —preguntó Erasmus.

—Nada. Cuéntame tú. Me moría por tener noticias tuyas y de los demás. ¿Qué tal os va tan lejos de casa? ¿Os tratan bien vuestros amos? Me pica la curiosidad… ¿Entendéis su idioma?

Erasmus negó con la cabeza a la última pregunta.

—Pues… me defiendo con el patrense y los dialectos del norte. Hay palabras que se parecen.

Entonces, el joven pronunció algunas de ellas con vacilación.

Erasmus hablaba vereciano bastante bien; eso no fue lo que hizo que Damen frunciese el ceño. Las palabras que Erasmus había conseguido descifrar de lo que se le había dicho eran: «Silencio». «Arrodíllate». «No te muevas».

—¿He dicho algo mal? —preguntó Erasmus, malinterpretando su expresión.

—No, lo has dicho bien —contestó Damen, aunque su consternación persistía.

No le gustó la elección de palabras. No le gustó la idea de que Erasmus y los demás se vieran doblemente impotentes por la incapacidad de hablar o entender lo que se decía a su alrededor.

—Tú… no tienes los modales de un esclavo de palacio —dijo Erasmus, titubeante.

Eso era quedarse corto. Nadie en Akielos confundiría a Damen con un esclavo de placer; no tenía ni los modales ni el físico. Damen miró a Erasmus, pensativo, y se preguntó cuánto debía decir.

—No era esclavo en Akielos. Kastor me envió aquí como castigo —confesó al cabo de un rato. No tenía sentido mentir al respecto.

—Castigo —repitió Erasmus.

El esclavo bajó la mirada y su actitud cambió por completo.

—Pero ¿te entrenaron en palacio? ¿Cuánto tiempo estuviste allí? —interrogó Damen. No se explicaba por qué nunca había visto a aquel esclavo.

Erasmus intentó sonreír, ya más animado tras reponerse de lo que lo había desalentado.

—Sí, pero… nunca vi el palacio principal. Todavía estaba entrenando para mejorar mis habilidades cuando el guardián me seleccionó para venir aquí. Y mi entrenamiento en Akielos fue muy estricto. Se les ocurrió que…

—¿Qué? —lo espoleó Damen.

Erasmus se ruborizó y dijo con una voz muy delicada:

—Me estaban entrenando para el príncipe, por si le gustaba.

—¿En serio? —preguntó Damen con cierto interés.

—Por mi color de pelo. No se puede ver con esta luz, pero a la luz del sol, es prácticamente rubio.

—Ya lo veo con esta luz —le aseguró Damen.

Notaba que la aprobación saturaba su propia voz. Sintió que la dinámica entre ellos cambiaba. Fue como si le hubiese dicho «buen chico».

Erasmus reaccionó ante aquellas palabras como una flor que se inclina en dirección a la luz del sol. Daba lo mismo que él y Damen estuviesen técnicamente en el mismo rango, Erasmus estaba entrenado para responder a la fuerza, anhelarla y someterse a ella. De pronto, sus miembros adoptaron otra postura, un rubor se extendió por sus mejillas y bajó la mirada al suelo. Su cuerpo se transformó en una súplica. La brisa jugueteaba irresistiblemente con un rizo que le caía sobre la frente.

—Este esclavo está a tu servicio —le dijo con la vocecita más suave del mundo.

En Akielos, la sumisión era un arte y el esclavo, un artista. Ahora que podía apreciar su figura, resultaba evidente que Erasmus era, sin ninguna duda, la joya de los esclavos enviados como regalo al regente. Era ridículo ver que lo arrastraban por el cuello de un lado a otro como a un animal reticente. Era como poseer un instrumento delicadamente afinado y emplearlo para romper conchas. Un despilfarro.

Debía estar en Akielos, donde su entrenamiento sería celebrado y valorado. Pero a Damen se le ocurrió que Erasmus quizá había tenido suerte de que lo seleccionaran para el regente; suerte de no haber llamado nunca la atención del príncipe Damianos. Damen había sido testigo de lo que les había sucedido a sus esclavos personales más allegados. Les habían dado muerte.

Intentó expulsar a la fuerza el recuerdo de su mente y volver la atención al esclavo que tenía frente a él.

—¿Y tu amo es buena persona? —preguntó Damen.

—Un esclavo vive para servir —contestó Erasmus.

Era una frase hecha que seguía una fórmula y no significaba nada. El comportamiento de los esclavos estaba restringido. Por eso, lo que no se decía era a menudo más importante que lo que se decía. Damen comenzó a fruncir el ceño levemente cuando miró hacia abajo por casualidad.

La túnica que vestía Erasmus se había arrugado un poco cuando la usó para limpiar la mejilla a Damen y no había tenido ocasión de arreglársela. El dobladillo se había levantado lo justo para revelar la parte superior de su muslo. Al ver la dirección de la mirada de Damen, Erasmus se apresuró a tirar de la tela hacia abajo para cubrirse, estirándola al máximo.

—¿Qué te pasó en la pierna? —inquirió Damen.

Erasmus palideció como el marfil. No quería responder, pero se obligó a hacerlo, pues le habían hecho una pregunta directa.

—¿Qué ocurre?

La voz de Erasmus era apenas audible. El esclavo agarró el dobladillo de la túnica con las manos.

—Me da vergüenza.

—A ver —insistió Damen.

Los dedos de Erasmus aflojaron la tela, trémulos, y la levantaron paulatinamente. Damen contempló lo que le habían hecho. Lo que le habían hecho tres veces.

—¿Ha sido el regente? Habla sin miedo.

—No. El día que llegamos, hubo una prueba de obediencia. Fallé.

—¿Este fue tu castigo por fallar?

—Esta fue la prueba. Me ordenaron que no emitiese ningún sonido.

Damen había visto la arrogancia y la crueldad verecianas. Había sufrido sus insultos y había soportado el dolor del látigo y la violencia de la arena. Pero no había conocido la rabia hasta ahora.

—No fallaste —recalcó Damen—. El hecho de haberte esforzado demuestra tu coraje. Lo que se te pidió era algo imposible. No te avergüences de lo que pasó.

Eran los artífices quienes debían avergonzarse. La desgracia y la vergüenza recaía en ellos, y Damen los obligaría a pagar por lo que habían hecho.

—Cuéntame todo lo que te ha pasado desde que te fuiste de Akielos —pidió Damen.

Erasmus habló sin rodeos. La historia era perturbadora. Los esclavos habían sido transportados a bordo del barco encerrados en jaulas en la cubierta inferior. Tanto los tratantes como los marineros se tomaron libertades. Al temer la falta de acceso a los medios habituales para prevenir el embarazo, una de las mujeres intentó comunicar su problema a los tratantes verecianos, ajena al hecho de que, para ellos, los hijos ilegítimos eran un horror. La idea de que pudiesen estar enviando al regente una esclava con el bastardo de un marinero creciendo en su vientre hizo que les entrase el pánico. El médico del barco le dio una especie de brebaje que producía sudores y náuseas. Preocupado porque no fuese suficiente, le golpearon la barriga con piedras. Eso fue antes de atracar en Vere.

Al llegar a su destino, el problema fue de negligencia. El regente no se había llevado a ninguno de los esclavos a la cama. Era una figura ausente casi todo el tiempo, ocupada con asuntos de Estado y atendida por mascotas de su propia escolta. Se abandonó a los esclavos a sus tratantes y a los caprichos de una corte aburrida. Al leer entre líneas, Damen se percató de que se los trataba como a animales, de que su obediencia era un juego de salón y de que las «pruebas» que ideaba la sofisticada corte y que los esclavos se esforzaban por realizar eran en algunos casos verdaderamente sádicas, como la que obligaron a realizar a Erasmus. A Damen se le revolvió el estómago.

—Debes de ansiar la libertad más que yo —comprendió Damen. La valentía del esclavo hizo que se avergonzase.

—¿Libertad? —preguntó Erasmus. Por primera vez, parecía asustado—. ¿Por qué iba a querer eso? No puedo… Estoy hecho para un amo.

—Estás hecho para amos mejores. Mereces a alguien que aprecie tu valía.

Erasmus se sonrojó y no dijo nada.

—Te prometo —dijo Damen— que descubriré el modo de ayudarte.

—Me gustaría… —empezó Erasmus.

—¿Qué?

—Me gustaría creerte —admitió Erasmus—. Hablas como un amo, pero eres un esclavo, como yo.

Antes de que Damen pudiese contestar, se oyó un ruido proveniente de los senderos y, al igual que un rato antes, Erasmus se postró al prever la llegada de otro palaciego.

—¿Dónde está el esclavo del regente? —preguntaron unas voces procedentes del camino.

—Aquí. —Y luego, al doblar la esquina añadieron—: Ahí estás. —Y después—: Y mira a quién más han dejado salir.

No era un palaciego. No era el pequeño, malicioso y delicado Nicaise. Era Govart, de facciones toscas y nariz rota.

Hablaba con Damen, que había sido el último en enfrentarse a él en la arena en un desesperado combate de fuerza y poder.

Govart agarró como si nada la parte trasera del collar dorado de Erasmus y comenzó a arrastrarlo como haría un dueño insensible con su perro. Erasmus, un chico —no un perro—, se ahogó violentamente cuando el collar se le clavó en la suave piel del cuello, cerca del lugar donde se unían la garganta y la mandíbula, justo encima de la nuez.

—Calla la boca.

Govart, irritado por la tos, le dio un bofetón en toda la cara, con fuerza.

Damen fue empujado hacia atrás cuando su cuerpo tensó las cadenas al máximo. Oyó el tintineo metálico antes de darse cuenta siquiera de que había reaccionado.

—Suéltalo.

—¿Eso quieres? —Sacudió a Erasmus por el collar para dar énfasis. Erasmus, que había entendido el «calla la boca», tenía los ojos húmedos por la breve sensación de ahogo, aunque permanecía en silencio—. Pues va a ser que no. Tengo que llevarlo de vuelta; pero nadie dijo que no pudiese divertirme un poco por el camino.

—Si lo que quieres es otra ronda, basta con que des un paso al frente —le desafío Damen. Le encantaría machacar a Govart.

—Prefiero follarme a tu amorcito —replicó Govart—. Tal y como yo lo veo, me debe un polvo.

Mientras hablaba, Govart levantó la túnica al esclavo y reveló las curvas que se ocultaban debajo. Erasmus no opuso resistencia cuando Govart le

separó los tobillos a patadas y le levantó los brazos. No opuso resistencia y se inclinó hacia delante de forma extraña.

La certeza de que Govart se follaría a Erasmus delante de sus narices le sobrevino con la misma sensación de irrealidad que había sentido al enfrentarse a Ancel. No era posible que algo así fuese a ocurrir: que una corte fuese tan depravada como para consentir que un mercenario violase a un esclavo real a escasa distancia de los cortesanos allí reunidos. No había nadie en los alrededores que pudiese oírlos, salvo un guardia desinteresado. El rostro de Erasmus, rojo por la humillación, se apartó con determinación de Damen.

—Tal y como yo lo veo —dijo Govart, empleando la misma expresión—, fue tu amo quien nos jodió a los dos. Es él quien se merece esto, pero en la oscuridad, un rubio es tan bueno como cualquier otro. Y mejor así —celebró —. Si le metiese la polla a esa perra frígida, se me congelaría y se me caería. A este le gusta.

Hizo algo con la mano por debajo de la túnica enrollada hacia arriba. Erasmus profirió un sonido. Damen dio un tirón y esa vez, el áspero ruido metálico sugirió, sin lugar a dudas, que las viejas cadenas estaban a punto de ceder.

El ruido hizo que el guardia abandonara su puesto.

—¿Qué ocurre aquí?

—No le gusta que me cepille a su amiguito el esclavo —repuso Govart. Erasmus, expuesto de manera mortificante, parecía desmoronarse en silencio.

—Pues fóllatelo en otro sitio —replicó el guardia.

Govart sonrió. Luego, le dio un fuerte empujón a Erasmus en la parte baja de la espalda.

—Vale —convino el hombre, que lanzó a Erasmus por delante de él y desapareció por los senderos. No había absolutamente nada que Damen pudiese hacer para detenerlo.

La noche dio paso al día. Las diversiones del jardín terminaron. Damen fue llevado de vuelta a su cuarto: limpio, cuidado, encadenado e impotente.

La predicción de Laurent acerca de la reacción de los guardias —y los sirvientes y todos los miembros de su séquito— se reveló dolorosamente precisa. Los miembros de la casa de Laurent reaccionaron al complot con el

regente con rabia y hostilidad. Los frágiles lazos que Damen había conseguido crear se habían roto.

Era el peor momento para un cambio de actitud. Justo cuando esos vínculos podrían traerle noticias o influir, aunque fuese un poquito, en el trato que recibían los esclavos akielenses…

Damen no pensaba en su propia libertad. Solo sentía una constante preocupación y responsabilidad. Escapar únicamente sería un acto de egoísmo y traición. No podía marcharse, no si eso significaba abandonar a los demás a su suerte. Sin embargo, carecía de poder para provocar algún cambio en sus circunstancias.

Erasmus tenía razón. Su promesa de ayudar era vana.

Fuera de su habitación, estaban sucediendo varias cosas. Primero, en respuesta a las órdenes del regente, se estaba reduciendo el número de miembros de la casa del príncipe. Sin acceso a la renta de sus múltiples propiedades, la comitiva de Laurent disminuyó sustancialmente y sus gastos se limitaron. En el torbellino de cambios, el cuarto de Damen se trasladó de las residencias de las mascotas reales a algún lugar en el ala de palacio de Laurent.

Eso no lo ayudó. Su nueva habitación tenía el mismo número de guardias, la misma plataforma de madera con las mismas sedas y cojines y la misma argolla de hierro en el suelo, aunque aquella parecía recién instalada. Incluso con pocos fondos, Laurent no parecía dispuesto a escatimar en la seguridad de su prisionero akielense. Por desgracia.

A través de retazos de conversaciones que había oído, Damen supo que, en algún otro lugar, la delegación de Patras había llegado para entablar negociaciones comerciales con Vere. Patras y Akielos eran reinos fronterizos y tenían culturas semejantes; no solía aliarse con Vere. La noticia de las negociaciones le preocupó. ¿La delegación solo estaba allí para discutir sobre comercio o formaba parte de un cambio mayor en el panorama político?

Había tenido tanta suerte en descubrir los motivos de la delegación patrense como en ayudar a los esclavos, lo que quería decir ninguna.

Tenía que haber algo que pudiese hacer.

No había nada que pudiese hacer.

Lidiar con su propia impotencia era horrible. Desde su captura, en ningún momento había pensado de verdad en sí mismo como esclavo. A lo sumo, había interpretado el papel. Veía los castigos como meros obstáculos, porque esa situación, en su mente, era temporal. Creía que la fuga estaba por llegar. Aún lo creía.

Quería ser libre. Quería encontrar el camino de vuelta a casa. Quería estar en la capital, en lo alto de sus pilares de mármol, y contemplar los verdes y azules de las montañas y el mar. Quería enfrentarse a Kastor, su hermano, y preguntarle, de hombre a hombre, por qué había hecho eso. Pero la vida en Akielos seguía sin Damianos. Aquellos esclavos no tenían a nadie más para ayudarlos.

¿Y qué significaba ser un príncipe si no luchaba por proteger a aquellos más débiles que él?

Por las ventanas enrejadas de su habitación se colaba la luz de un sol que ya se hundía en el horizonte.

Cuando Radel entró, Damen le suplicó una audiencia con el príncipe.

Radel se negó con placer manifiesto. Le dijo que el príncipe no perdería el tiempo con un esclavo chaquetero. Tenía asuntos más importantes que atender. Esa noche había un banquete en honor del embajador patrense. Dieciocho platos, y las mascotas con más talento entretendrían al público con bailes, juegos y actuaciones. Conociendo la cultura de Patras, Damen pensó en la reacción de los delegados a los divertimentos más creativos de la corte vereciana, pero guardó silencio mientras Radel describía el esplendor de la mesa y los platos al detalle, además de los vinos: vino de mora, de fruta y de flores. Damen no era digno de esa compañía. A Damen no le estaba permitido comer ni siquiera las sobras. Tras dejar eso bien claro, Radel se fue.

Damen esperó. Sabía que Radel estaría obligado a transmitir su solicitud.

No se hacía ilusiones sobre su importancia relativa en la casa de Laurent, pero, al menos, su papel involuntario en la lucha de poder de Laurent contra su tío significaba que su solicitud de una audiencia no sería ignorada. Probablemente. Se relajó, a sabiendas de que Laurent lo haría esperar. «Seguramente no más de un día o dos», pensó.

Eso fue lo que pensó. Por eso, al caer la noche, se durmió.

Se despertó entre almohadas estrujadas y sábanas de seda revueltas para encontrar la fría mirada azul de Laurent sobre él.

Las antorchas estaban encendidas y los sirvientes que las habían prendido se disponían a retirarse. Damen se movió; la seda, caliente al contacto con la piel, se deslizó y se amontonó en medio de los cojines cuando se levantó. Laurent no le prestó atención. Damen recordó que una visita de Laurent lo había despertado en una ocasión previa.

El amanecer estaba más cerca que la puesta de sol. Laurent iba vestido con ropa cortesana; supuestamente, venía del decimoctavo plato y de los

entretenimientos nocturnos que lo siguieron. Esa vez no estaba borracho.

Damen había imaginado que la espera sería larga e insoportable. Las cadenas, que se arrastraban por entre los cojines siguiendo sus pasos, opusieron una ligera resistencia. Pensó en lo que debía hacer y en por qué debía hacerlo.

Muy deliberadamente, se arrodilló, inclinó la cabeza y dirigió la mirada al suelo. Por un momento, el silencio en la habitación era tal que se oía cómo las llamas se agitaban en el aire.

—Esto es nuevo —observó Laurent.

—Quiero una cosa —reconoció Damen.

—Quieres una cosa.

Las mismas palabras, pronunciadas del mismo modo.

Sabía que no sería fácil. Incluso aunque fuese otra persona y no aquel príncipe frío y desagradable, no resultaría fácil.

—Su alteza recibiría algo a cambio —insistió Damen.

Este apretó la mandíbula mientras Laurent caminaba a su alrededor, como si sencillamente le apeteciese verlo desde todos los ángulos. Laurent pisó con elegancia la cadena que yacía floja en el suelo al completar su vuelta.

—¿De verdad eres tan insensato como para intentar negociar conmigo? ¿Qué podrías ofrecerme que yo quisiera?

—Obediencia —respondió Damen.

Vio que Laurent consideraba la idea. Había captado su interés; era algo sutil pero inconfundible. Damen trató de no pensar mucho en lo que estaba ofreciendo, en lo que significaría mantener su promesa. Encararía el futuro llegado el momento.

—Queréis que me someta. Lo haré. ¿Queréis que la gente vea cómo me gano a pulso el castigo que vuestro tío no os permite aplicar? Realizaré cualquier actuación que me pidáis. Me abalanzaré sobre una espada. A cambio de una cosa.

—A ver si lo adivino. Quieres que te quite las cadenas. O que te reduzca la escolta. O que te ponga en un cuarto donde las puertas y las ventanas no tengan rejas. Ahórrate la saliva.

Damen se esforzó por contener la rabia. Era más importante ser claro.

—No creo que se esté tratando bien a los esclavos a cargo de vuestro tío. Haced algo al respecto y habrá trato.

—¿Los esclavos? —preguntó Laurent después de una pausa breve. Y luego, con un desprecio lento y renovado, añadió—: ¿Debo creer que te preocupas por su bienestar? ¿Cómo se les trataría mejor en Akielos para ser

exactos? Fue tu sociedad bárbara la que los forzó a la esclavitud, no la mía. No creí que fuera posible entrenar a un hombre para que perdiese la fuerza de voluntad, pero contigo ha funcionado. Enhorabuena. Tu muestra de compasión parece falsa.

—Uno de los tratantes utilizó un hierro candente para comprobar si un esclavo obedecería la orden de permanecer en silencio mientras lo quemaba. No sé si esa es una práctica habitual aquí, pero los hombres buenos no torturan a los esclavos en Akielos. Están entrenados para obedecer en todo, pero su sumisión es un pacto: renuncian a su libre albedrío a cambio de un trato impecable. Abusar de alguien que no puede defenderse… ¿Acaso no es un acto monstruoso?

»Por favor. Ellos no son como yo. No son soldados. No han matado a nadie. Son inocentes. Os servirán de buen grado. Y yo también, si hacéis algo para ayudarlos.

Hubo un largo silencio. La expresión de Laurent cambió.

—Sobrestimas la influencia que tengo sobre mi tío —replicó al fin.

—No, yo… —comenzó a decir Damen, pero Laurent lo interrumpió.

El príncipe vereciano frunció ligeramente el ceño, como si algo lo turbase.

—¿De verdad sacrificarías tu orgullo por el destino de un puñado de esclavos? —Había adoptado la misma expresión en la arena; miraba a Damen como si buscase una respuesta a un problema inesperado—. ¿Por qué?

La rabia y la frustración se liberaron de sus grilletes.

—Porque estoy atrapado en esta jaula y no tengo otra manera de ayudarlos.

Damen oyó la fuerza de la ira en su voz y trató de aplacarla, sin mucho éxito. Su respiración era irregular. Laurent lo miraba con fijeza. Su pequeño ceño dorado se acentuó.

Al cabo de un rato, Laurent hizo un gesto al guardia de la puerta para que llamase a Radel. No se hizo esperar.

—¿Ha entrado o salido alguien de esta habitación? —preguntó Laurent sin quitar ojo a Damen.

—Nadie aparte de vuestros criados, alteza. Como ordenasteis.

—¿Qué criados?

Radel recitó una lista de nombres.

—Quiero hablar con los guardias que estaban a cargo del esclavo en los jardines —exigió Laurent.

—Ordenaré hacerlos llamar personalmente —declaró Radel, que se marchó a cumplir su tarea.

—Creéis que es un truco —se lamentó Damen.

A juzgar por la expresión inquisidora del rostro de Laurent, no se equivocaba. Emitió una risa amarga sin pretenderlo.

—¿Te hace gracia algo? —preguntó Laurent.

—¿Qué ganaría yo con…? —Damen se interrumpió—. No sé cómo convenceros. No hacéis nada sin un millón de motivos. Mentís hasta a vuestro propio tío. Este es un país de ardides y farsas.

—Mientras que Akielos, con su pureza, está exento de traiciones. Su heredero muere la misma noche que el rey ¿y es mera coincidencia que Kastor salga reforzado? —contestó Laurent con voz aterciopelada—. Deberías besar el suelo cuando pidas mi favor.

Era de esperar que Laurent se acogiese a Kastor. Los dos estaban cortados por el mismo patrón. Damen se obligó a recordar por qué estaba allí.

—Pido disculpas. He hablado fuera de tiempo —se atrevió a decir.

—Como sea una artimaña y me entere de que trabajas con los emisarios de mi tío… —amenazó Laurent.

—En absoluto —declaró Damen.

El guardia tardó más en levantarse que Radel, quien supuestamente no dormía nunca, pero llegaron bastante rápido. No se presentó bostezando ni arrastrando su ropa de cama, como habría sido normal, sino que vestía el uniforme y parecía alerta.

—Quiero saber quién habló con el esclavo la noche que lo vigilaste en los jardines —exigió Laurent—. Ya estoy al tanto de que habló con Nicaise y Vannes.

—Solo ellos —dijo en respuesta—. No hubo nadie más.

Damen experimentó una sensación de malestar en el estómago.

—No, un momento —añadió el hombre.

—¿Qué?

—Cuando os marchasteis —prosiguió el guardia—, Govart fue a verlo.

Laurent se volvió hacia Damen con una gélida mirada azul.

—No —suplicó Damen, pues sabía que Laurent ahora creía que se trataba de un plan de su tío—. No es lo que pensáis.

Pero era demasiado tarde.

—Cállale la boca —ordenó Laurent—. Procura no dejarle nuevas marcas. Ya me ha causado bastantes problemas.

Capítulo siete

AL VER QUE NO había ninguna razón para cooperar con esa orden, Damen se levantó.

Su reacción tuvo un efecto interesante en el guardia, que permaneció en su posición y dirigió su mirada de nuevo a Laurent, en busca de nueva orientación. Radel también estaba en la habitación y en la puerta había dos guardias haciendo su turno de vigilancia.

Laurent entrecerró los ojos ante el problema, pero no ofreció ninguna solución inmediata.

—Podríais traer a más hombres —sugirió Damen.

Detrás de él, estaban los cojines desparramados y las sábanas de seda arrugadas. Y, arrastrándose por el suelo, había una cadena unida a la esposa de su muñeca, que no restringía sus movimientos.

—Esta noche estás coqueteando con el peligro —le advirtió Laurent.

—¿Ah, sí? Pensé que estaba apelando a la mejor parte de vuestra naturaleza. Imponéis el castigo que deseáis a la distancia del alcance de la cadena. Vos y Govart sois igual de cobardes.

Entonces, fue el guardia quien reaccionó, no Laurent. El acero relució al salir de la vaina.

—Cuidado con lo que dices.

Vestía librea, no armadura. La amenaza que representaba era ínfima. Damen miró con desprecio la espada desenvainada.

—Tú no eres mejor. Viste lo que Govart estaba haciendo y no hiciste nada para detenerlo.

Laurent levantó una mano, lo que impidió que el guardia diese un paso más, con rabia.

—¿Qué estaba haciendo? —preguntó Laurent.

El guardia reculó y se encogió de hombros.

—Violar a un esclavo.

Hubo una pausa, pero si Laurent reaccionó a esas palabras, su rostro no lo traslució. La mirada de Laurent viajó de nuevo hasta Damen y preguntó en un

tono agradable:

—¿Eso es lo que te molesta? Te recuerdo que hace nada tú mismo eras libre de hacer lo que quisieras con las manos.

—Eso era… —Damen se ruborizó. Quería negar haber hecho algo por el estilo, pero recordó claramente que no era así—. Os garantizo que Govart hizo mucho más que solo disfrutar de las vistas.

—Con un esclavo —recalcó Laurent—. La Guardia del Príncipe no interfiere en los asuntos de la regencia. Govart puede meter la polla en cualquier cosa de mi tío si le apetece.

Damen emitió un sonido en señal de desagrado.

—¿Con vuestro consentimiento?

—¿Por qué no? —preguntó Laurent con voz melosa—. Sin duda, tuvo mi permiso para follarte, pero prefirió llevarse un golpe en la cabeza. Sí, es decepcionante, pero no puedo criticar su gusto. Si al final te hubieses abierto de piernas en la arena, tal vez Govart no habría estado tan excitado para follarse a tu amigo.

—Esto no es una conspiración de vuestro tío —aclaró Damen—. No recibo órdenes de hombres como Govart. Estáis equivocado.

—Equivocado —repitió Laurent—. Qué suerte tengo de contar con esclavos que señalan mis defectos. ¿Qué te hace pensar que voy a tolerar semejante comportamiento, incluso si creyera que lo que dices es verdad?

—Porque podéis acabar con esta conversación cuando queráis.

Había mucho en juego y Damen estaba harto de cierto tipo de conversación; la clase de charla que prefería Laurent porque le hacía disfrutar y se le daba bien. El juego de palabras por sí solo; palabras que construían ardides. Lo que decía no significaba nada.

—Tienes razón. Puedo. Largo —ordenó Laurent sin apartar la mirada de Damen, pero fueron Radel y los guardias los que hicieron una reverencia y salieron.

—Muy bien, vamos a resolver esto. ¿Estás preocupado por el bienestar de los otros esclavos? ¿Por qué me das ese tipo de ventaja?

—¿Ventaja? —se extrañó Damen.

—Cuando a alguien no le caes muy bien, no es buena idea que sepa que te importa algo —repuso Laurent.

Damen se sintió palidecer cuando comprendió la amenaza.

—¿Duele más que hiera a alguien a quien amas que un latigazo? —inquirió Laurent.

Damen guardó silencio. «¿Por qué nos odias tanto?», estuvo a punto de decir, pero conocía la respuesta a esa pregunta.

—No creo que precise traer a más hombres —declaró Laurent—. Creo que basta con que te diga que te arrodilles para que lo hagas. Sin que mueva un dedo para ayudar a nadie.

—Tenéis razón —se resignó Damen.

—Conque puedo acabar con esto cuando quiera, ¿eh? —se mofó Laurent —. Todavía no he empezado.

«Órdenes del príncipe», le dijeron a Damen al día siguiente cuando lo desnudaron y volvieron a vestirlo. Y cuando preguntó para qué eran aquellos preparativos, le dijeron que aquella noche serviría al príncipe en la mesa alta.

Radel, claramente en contra del hecho de que Damen fuese a gozar de una compañía refinada, le soltó un sermón peripatético, paseándose de un lado a otro por la habitación de Damen. Pocas mascotas eran invitadas a servir a sus amos en la mesa alta. Al ofrecerle esta oportunidad, el príncipe debía de ver algo en Damen que escapaba a la comprensión de Radel. Era inútil instruir a alguien como Damen en las nociones elementales del protocolo social, pero debía intentar guardar silencio, obedecer al príncipe y no atacar ni molestar a nadie.

Por experiencia, Damen sabía que el hecho de que lo sacaran de sus aposentos a petición de Laurent no acabaría bien. Había salido en tres ocasiones: para ir a la arena, a los jardines y a los baños, y las tres veces había acabado en el poste de los azotes.

Su espalda ya estaba prácticamente curada, pero eso carecía de importancia; la próxima vez que Laurent atacase, no sería directamente a él.

Damen tenía muy poco poder, pero en aquella corte había una fisura que la dividía en dos. Si no era posible persuadir a Laurent, Damen debía dirigir su atención a la facción del regente.

Por costumbre, observó el cuerpo de guardias que se congregaba a las puertas de su habitación. Estaban en el segundo piso de palacio y el pasillo por el que caminaban tenía varias ventanas enrejadas que daban a una pendiente escarpada nada halagüeña. También rebasaron a varios hombres armados, todos con la librea de la Guardia del Príncipe. Allí estaban los guardias ausentes en las residencias de las mascotas. Un número sorprendente de hombres: no podían estar todos allí por él. ¿Acaso Laurent se rodeaba de esta cantidad de guardias todo el tiempo?

Pasaron por unas puertas de bronce ornamentales y Damen se dio cuenta de que lo habían llevado a los mismísimos aposentos de Laurent.

Los ojos de Damen examinaron el interior con sorna. Aquellos aposentos eran todo lo que habría esperado de un principito mimado y derrochador con una extravagancia irracional. Había decoración por todas partes. Las baldosas tenían dibujos y en las paredes había intrincados grabados. Las vistas eran espectaculares: la habitación del segundo piso disponía de una galería exterior con arcos de medio punto que se cernían sobre los jardines. Por uno de los arcos se veía el dormitorio. La cama estaba envuelta en cortinas suntuosas, una panoplia de ornamentos de lujo y madera tallada. Solo faltaba un rastro perfumado de ropa arrugada y esparcida por el suelo y una mascota descansando en una de las superficies cubiertas de seda.

No había señales de que estuviese ocupada. De hecho, solo había unos pocos efectos personales entre tanta opulencia. Cerca de Damen, había un diván y un libro abierto, cuyas páginas iluminadas y arabescos relucían con pan de oro. La correa que Damen había usado en los jardines también estaba allí; parecía que la habían tirado al sofá sin pensar.

Laurent salió del dormitorio. Aún no se había abrochado la delicada cinta del cuello de la camisa y llevaba los cordones blancos colgando, lo que dejaba a la vista la base de su garganta. Cuando vio que Damen había llegado, el príncipe se detuvo bajo el arco.

—Dejadnos —ordenó Laurent.

Habló con los hombres que habían llevado a Damen hasta allí. Estos lo liberaron de sus grilletes y partieron.

—Levántate —mandó Laurent.

Damen obedeció. Era más alto y más fuerte que Laurent, y no estaba atado. Y estaban juntos, a solas; como la noche anterior, como en los baños. Pero algo había cambiado. Se dio cuenta de que en algún momento había empezado a considerar que estar a solas en una habitación con Laurent era peligroso.

El príncipe vereciano se apartó de la puerta. Cuando se acercó a Damen, su expresión se agrió y sus ojos azules reflejaron aversión.

—No hay trato. Un príncipe no forja acuerdos con esclavos o insectos. Tus promesas no valen una mierda. ¿Queda claro? —espetó Laurent.

—Como el agua —respondió Damen.

Laurent lo miraba con frialdad.

—Se puede convencer a Torveld de Patras para que solicite que los esclavos se marchen con él a Bazal como parte del acuerdo comercial que está

negociando con mi tío.

Damen sintió que estaba frunciendo el ceño. Esa información no le cuadraba.

—Si Torveld insiste con vehemencia, creo que mi tío aceptaría un… préstamo o, para ser más exactos, un acuerdo permanente disfrazado de préstamo, para que nuestros aliados de Akielos no se sientan insultados. Tengo entendido que los sentimientos patrenses con respecto al trato de los esclavos son similares a los tuyos.

—Cierto.

—Me he pasado la tarde metiéndole esa idea en la cabeza a Torveld. El trato se cerrará esta noche. Me acompañarás a los entretenimientos. Es costumbre de mi tío hacer negocios en ambientes distendidos —explicó Laurent.

—Pero… —dijo Damen.

—¿Pero? —repitió Laurent en un tono glacial.

Damen reconsideró ese acercamiento en concreto.

Reflexionó sobre la información que acababa de recibir. La reexaminó. Le dio vueltas.

—¿Qué os ha hecho cambiar de idea? —preguntó con cautela.

Laurent no respondió; se limitó a mirarlo con hostilidad.

—No hables a menos que te hagan una pregunta. No contradigas nada de lo que diga. Esas son las reglas. Si las rompes, dejaré encantado que tus compatriotas se pudran. —Y, luego, añadió—: Tráeme la correa.

La vara a la cual se fijaba la correa pesaba como oro macizo. La frágil cadena estaba intacta; o la habían arreglado o la habían reemplazado. Damen la agarró, aunque no con muchas prisas.

—No sé si debo creer algo de lo que acabáis de decirme —confesó Damen.

—¿Acaso tienes elección?

—No.

Laurent se había atado los cordones de la camisa y la imagen que presentaba ahora era inmaculada.

—¿A qué esperas? Póntela —ordenó Laurent con un toque de impaciencia. Hablaba de la correa.

Torveld de Patras se encontraba en palacio para negociar un acuerdo comercial. Eso era cierto. Damen se había enterado de la noticia por diversas fuentes. Recordó a Vannes hablando de la delegación patrense varias noches atrás, en el jardín. Patras tenía una cultura similar a la de Akielos; eso también

era cierto. Quizá lo demás también lo fuera. Si un grupo de esclavos estuviese en oferta, era concebible que Torveld, al conocer su valor, negociase por él. Podía ser cierto.

Quizá. A lo mejor. Tal vez.

Laurent no estaba fingiendo ningún cambio de opinión ni un sentimiento más caluroso. Su muro de desprecio permanecía firme en su sitio; de hecho, era incluso más evidente de lo habitual, como si aquel acto de benevolencia empujara su antipatía a la superficie. Damen vio que la necesidad de convencer a Laurent de su causa estaba abriendo camino a la preocupante certeza de que había puesto el destino de los demás en manos de un hombre volátil y malicioso en quien no confiaba y que no podía prever ni entender.

No sintió ninguna nueva oleada de sentimientos cálidos por Laurent. No estaba dispuesto a creer que la crueldad que se entrega con una mano se redime con una caricia de la otra, si es que eso era una caricia. Tampoco era tan ingenuo como para pensar que Laurent actuaba por un impulso altruista. Laurent estaba haciendo eso por alguna razón perversa.

Si es que lo hacía.

Una vez puesta la correa, Laurent agarró el bastón del tratante y dijo:

—Eres mi mascota. Eres superior a las otras. No tienes que someterte a las órdenes de nadie, salvo a las mías y a las de mi tío. Si le cuentas los planes de esta noche, se enfadará muchísimo conmigo, lo que tal vez te guste; no puedo decir lo mismo de mi reacción. Claro que es decisión tuya.

—Claro.

Laurent se detuvo en la puerta.

—Una cosa más.

Estaban de pie bajo un arco alto que proyectaba sombras en el rostro de Laurent y lo volvía inescrutable. Pasó un momento hasta que continuó.

—Ten cuidado con Nicaise, la mascota con la que viste al consejero Audin. Lo rechazaste en la arena y ese no es un insulto que vaya a olvidar fácilmente.

—¿La mascota del consejero Audin? ¿El crío? —preguntó Damen, incrédulo.

—No lo subestimes por su edad. Ha experimentado cosas que muchos adultos no han vivido siquiera, y su mente ya no es la de un niño. Aunque hasta un chico puede aprender a manipular a un adulto. Y te equivocas: el consejero Audin no es su amo. Nicaise es peligroso.

—Tiene trece años —se mofó Damen, y se encontró dominado por la mirada de Laurent, de párpados largos—. ¿Hay alguien en esta corte que no

sea mi enemigo?

—No si puedo evitarlo —repuso Laurent.

—Entonces está domesticado —se convenció Estienne. Extendió la mano de forma vacilante, como si se dispusiera a acariciar a un animal salvaje.

La cuestión era qué parte del animal quería acariciar. Damen le apartó la mano de un guantazo. Estienne dio un grito y se la llevó al pecho.

—No tanto —se regocijó Laurent.

No reprendió a Damen. El comportamiento bárbaro no parecía desagradarle, siempre y cuando él no fuese el objetivo. Como un hombre que disfruta viendo a un animal destrozar a otros con sus garras pero comer pacíficamente de su mano, daba mucha libertad a su mascota.

Como resultado, los palaciegos no quitaron ojo a Damen y se mantuvieron a cierta distancia de él. Laurent aprovechó eso en beneficio propio y empleó la propensión de los cortesanos a apartarse de Damen como una forma de librarse tranquilamente de su conversación.

La tercera vez que sucedió eso, Damen preguntó:

—¿Debo hacer muecas a los que no os caen bien o basta con parecer un bárbaro?

—Cierra el pico —dijo Laurent, con calma.

Se decía que la emperatriz de Vask tenía dos leopardos atados junto a su trono. Damen trató de no sentirse como uno de ellos.

Antes de las negociaciones, habría divertimentos; antes de los entretenimientos, un banquete; antes del ágape, esa recepción. No había tantas mascotas como en la arena, pero Damen vio una o dos caras familiares. Al otro lado del salón, avistó un destello de cabellos pelirrojos y se topó con unos ojos de color esmeralda. Ancel se liberó de los brazos de su amo, se llevó los dedos a los labios y lanzó un beso a Damen.

Por el corte de sus ropas, era evidente que la delegación patrense había llegado. Laurent saludó a Torveld como a un igual, que es lo que era. Casi.

A la hora de entablar negociaciones serias, era común enviar a un hombre de alta cuna para actuar como embajador. Torveld era el príncipe Torveld, hermano menor del rey Torgeir de Patras, aunque en su caso eso de «menor» fuese relativo. Torveld era un hombre apuesto de unos cuarenta años; casi doblaba la edad de Damen. Tenía una barba marrón recortada con esmero al estilo patrense y su pelo castaño solo había encanecido ligeramente.

Las relaciones entre Akielos y Patras eran amistosas y se extendían en el tiempo, pero el príncipe Torveld y el príncipe Damianos nunca se habían

conocido. Torveld había pasado la mayor parte de los últimos dieciocho años en la frontera norte de Patras negociando con el Imperio vaskiano. Damen lo conocía por su reputación. Todo el mundo lo conocía. Despuntó en las campañas del norte cuando Damen todavía iba en pañales. Era quinto en la línea de sucesión, después de la prole del rey: tres hijos y una hija.

Los ojos castaños de Torveld se volvieron nítidamente cálidos y afectuosos cuando miró a Laurent.

—Torveld —saludó Laurent—. Me temo que mi tío se retrasa. Mientras esperamos, se me ha ocurrido que podrías acompañarnos a mi mascota y a mí mientras tomamos el aire en el balcón.

Damen pensó que el tío de Laurent probablemente no se retrasaba. Se preparó para una noche en la que oiría a Laurent mentir mucho acerca de todo.

—Me encantaría —repuso Torveld con verdadero placer, e hizo un gesto para que uno de sus criados se uniera a ellos. Caminaron juntos formando un pequeño grupo: Laurent y Torveld iban a la cabeza, y Damen y el sirviente a la zaga.

El balcón tenía un banco para que los cortesanos se reclinaran y una alcoba en la sombra para que los sirvientes se recostaran discretamente. Damen, con sus proporciones adecuadas para la batalla, no tenía un cuerpo para ser discreto, pero si Laurent insistía en arrastrarlo por el cuello, el príncipe tendría que aguantar su intromisión o encontrar un balcón más grande. Era una noche cálida y la belleza de los jardines perfumaba el aire. La conversación fluyó fácilmente a pesar de que eran dos hombres que seguramente no tenían nada en común. Pero, por supuesto, Laurent era un buen orador.

—¿Qué novedades traes de Akielos? —preguntó Laurent a Torveld en cierto momento—. Estuviste allí hace poco.

Damen lo miró, asustado. Conociendo a Laurent, no había sido casualidad. Si esa pregunta procediese de cualquier otra persona, podría haber sido una simple gentileza. No pudo evitar que el pulso se le acelerara al oír las primeras palabras de su hogar.

—¿Ya has visitado la capital, Ios? —preguntó Torveld. Laurent negó con la cabeza—. Es muy bonita. Un palacio blanco, construido en lo alto de los acantilados que dominan el océano. En un día claro se ve Isthima al otro lado del mar. Pero era un lugar sombrío cuando llegué, la ciudad todavía estaba de luto por la muerte del antiguo rey y su hijo. Un suceso terrible. Y había una

disputa entre facciones de los kyroi. Los inicios de un conflicto, de disidencias.

—Theomedes los unió —dijo Laurent—. ¿No crees que Kastor puede hacer lo mismo?

—Tal vez. Su legitimidad es un problema. Uno o dos de los kyroi tienen sangre real. No tanta como Kastor, pero la obtuvieron en un lecho nupcial. Esa situación provoca descontento.

—¿Qué impresión te causó Kastor? —interrogó Laurent.

—Es un hombre complicado —caviló Torveld—. Nacido a la sombra de un trono, pero con muchas de las cualidades necesarias en un rey: fuerza, inteligencia, ambición.

—¿La ambición es necesaria en un rey? —cuestionó Laurent—. ¿O es solo necesaria para convertirse en rey?

Hubo una pausa.

—Yo también oí rumores que decían que la muerte de Damianos no fue un accidente; pero no me los creo. Vi la tristeza de Kastor. Era genuina. No debe de haber sido fácil para él. Ha perdido y ganado mucho en muy poco tiempo.

—Ese es el sino de los príncipes destinados al trono —concluyó Laurent.

Torveld dedicó a Laurent otra de esas miradas largas y llenas de admiración que empezaban a surgir con una frecuencia irritante. Damen frunció el ceño. El príncipe vereciano era un nido de escorpiones en el cuerpo de una persona. En cambio, Torveld lo miraba y veía una flor.

Oír que Akielos estaba débil fue tan doloroso como Laurent debía de haber querido que fuese. La mente de Damen daba vueltas con los pensamientos de las disputas entre facciones y disidencias. Los disturbios se producirían primero en las provincias del norte. En Sicyon, tal vez. Y en Delpha.

La llegada de un sirviente que intentaba disimular su cansancio interrumpió lo que estaba a punto de decir Torveld.

—Su alteza, perdonad la interrupción. El regente dice que os espera dentro.

—Te he retenido demasiado tiempo —dijo Laurent.

—Ojalá pudiéramos pasar más tiempo juntos —repuso Torveld, que no hizo amago de levantarse.

Cuando vio a los dos príncipes entrar juntos en el salón, el rostro del regente se cubrió de arrugas, si bien su saludo a Torveld fue cordial y se intercambiaron las debidas formalidades. El sirviente del príncipe patrense

hizo una reverencia y se retiró. Era lo que exigía el protocolo, pero Damen no podía seguir su ejemplo, no a menos que estuviera preparado para arrancar a Laurent la correa de la mano.

Cumplidas las formalidades, el regente dijo:

—¿Podrían excusarnos a mi sobrino y a mí un momento?

Su mirada descansó pesadamente en Laurent. Torveld se retiró con educación. Damen supuso que debía hacer lo mismo, pero de inmediato sintió que Laurent se aferraba a la correa con más fuerza.

—Sobrino, no estás invitado a estos coloquios.

—Y sin embargo, aquí estoy. Un fastidio, ¿no? —dijo Laurent.

—Esto son negocios serios entre hombres. No es momento para juegos infantiles —remachó el regente.

—Me parece recordar que me dijeron que asumiera más responsabilidades —arguyó Laurent—. Fue en público, con mucha pompa. Si no lo recordáis, echad un vistazo a vuestro dietario. Su alteza salió de esa situación dos propiedades más rico y con renta suficiente para asfixiar a todos los caballos de los establos.

—Si pensara que estás aquí para asumir responsabilidades, te daría la bienvenida a la mesa con los brazos abiertos. No tienes interés en negociaciones comerciales. Nunca te has aplicado en serio en nada en tu vida.

—¿Ah, no? Bueno, entonces no es nada serio, tío. No tenéis de qué preocuparos.

Damen vio que el regente entrecerraba los ojos. Era una expresión que le recordaba a Laurent.

—Espero un comportamiento apropiado —dijo el regente por toda respuesta antes de conducirlos a los entretenimientos, con lo que demostró mucha más paciencia de la que Laurent merecía. Laurent no lo siguió de inmediato; se quedó mirando a su tío.

—Vuestra vida sería mucho más fácil si dejarais de provocarlo —intervino Damen.

Esa vez, Laurent fue frío, rotundo y directo.

—Te he dicho que mantuvieras la boca cerrada.

Capítulo ocho

TENIENDO EN CUENTA QUE esperaba ocupar un lugar discreto en un rincón —algo propio de un esclavo—, Damen se sorprendió al encontrarse sentado junto a Laurent, pese a que una fría distancia de unos veinte centímetros se interpusiera entre ellos. No como Ancel, que estaba medio sentado en el regazo de su amo en la otra punta de la sala.

Laurent se portaba bien a conciencia. Siguiendo su costumbre, vestía ropas sobrias pero elegantes, tal y como correspondía a alguien de su rango. No llevaba joyas, excepto un fino aro de oro en la ceja, en su mayoría oculto por la caída de su cabello dorado. Una vez se hubieron sentado, desató la correa a Damen, la enrolló alrededor de la vara del tratante y se la lanzó a un criado, que logró atraparla después de que casi se le escapara.

La mesa se extendía a lo largo de la estancia. Al otro lado de Laurent se sentaba Torveld, prueba del pequeño triunfo del vereciano. Junto a Damen estaba Nicaise. Probablemente otro tanto para Laurent. Habían separado a Nicaise del consejero Audin, que se sentaba en otro sitio, cerca del regente; no parecía que Nicaise tuviese a ningún amo cerca.

Teniendo en cuenta lo sensibles que eran los patrenses, cualquiera diría que se había cometido un grave error de protocolo al colocar a Nicaise en la mesa alta. Pero vestía de forma respetable y llevaba muy poca pintura. El único destello de ostentación era un pendiente largo en su oreja izquierda; dos zafiros colgaban de él hasta casi rozarle el hombro, demasiado pesados para su juvenil rostro. Por lo demás, podría haber pasado por un miembro de la aristocracia. Nadie de Patras se imaginaría a un niño catamito sentado a la mesa de la realeza; Torveld probablemente se haría la misma suposición incorrecta que Damen y pensaría que Nicaise era el hijo o el sobrino de alguien. A pesar del pendiente.

Nicaise también se comportaba bien. En las distancias cortas, su belleza era abrumadora. Tal era su juventud. Su voz, cuando hablaba, era límpida. Tenía el tono claro y aflautado de un cuchillo que golpea el cristal, sin fisuras.

—No quiero sentarme a tu lado —espetó Nicaise—. Que te follen.

Instintivamente, Damen miró a su alrededor para ver si alguien de la delegación patrense lo había oído, pero no. Habían servido el primer plato de carne y la comida acaparaba la atención de todos los presentes. Nicaise agarró un tenedor dorado de tres puntas, pero hizo una pausa para hablar antes de probar el plato. El miedo que le había mostrado a Damen en la arena parecía seguir allí. Los nudillos con los que apretaba el tenedor estaban blancos.

—No pasa nada —le dijo Damen con toda la amabilidad que fue capaz—. No voy a hacerte daño.

Nicaise le devolvió la mirada. Tenía sus enormes ojos azules pintados como los de una puta o los de una cierva. A su alrededor, la mesa era un muro variopinto de voces y risas, cortesanos que, atrapados en sus propias diversiones, no les prestaban atención.

—Vale —contestó Nicaise, y le clavó el tenedor con saña en el muslo debajo de la mesa.

Aunque tuvo que atravesar una capa de tela, ese acto bastó para provocar a Damen, que, en un acto reflejo, agarró el tenedor; le brotaron tres gotas de sangre.

—Discúlpame un momento —dijo Laurent suavemente mientras daba la espalda a Torveld para dirigirse a Nicaise.

—He sobresaltado a vuestra mascota —se jactó Nicaise.

—Ya lo he visto.

No sonaba en absoluto disgustado.

—Sea lo que sea lo que estáis planeando, no va a funcionar.

—Pues yo creo que sí. Me apuesto tu pendiente.

—Si gano yo, os lo ponéis vos —dijo Nicaise.

A continuación, Laurent alzó su copa y la inclinó hacia Nicaise en un gesto sutil que sellaba la apuesta. Damen trató de deshacerse de la extraña sensación de que lo estaban pasando bien.

Nicaise le pidió a un criado otro tenedor.

Sin un amo al que entretener, Nicaise era libre de chinchar a Damen. Comenzó con una retahíla de insultos y especulaciones explícitas sobre sus prácticas sexuales, todo ello en voz muy baja para que nadie más lo oyese. Cuando al fin vio que Damen no mordería el anzuelo, criticó a su dueño.

—¿Crees que sentarte en la mesa alta con él significa algo? Pues no. No te va a follar. Es un frígido.

Al pasar a ese tema, Damen se sintió prácticamente aliviado. Daba igual lo grosero que fuera el chico, no había nada que pudiera decir acerca de las inclinaciones de Laurent que Damen no hubiese oído ya gracias a las

especulaciones pormenorizadas y soeces de los guardias aburridos que servían en palacio.

—Para mí que es impotente y que no le funciona lo que tiene. Cuando era más joven, pensaba que se la habían cortado. ¿Tú qué crees? ¿Se la has visto?

«¿Cuando era más joven?».

—No se la han cortado —espetó Damen.

Nicaise entrecerró los ojos.

—¿Cuánto llevas de mascota en la corte? —preguntó Damen.

—Tres años —contestó Nicaise en un tono que venía a decir: «No durarás aquí ni tres minutos».

Damen lo miró y deseó no haber preguntado. Tanto si tenía la mente de un niño como si no, físicamente Nicaise aún no había pasado de niño a adolescente. Todavía era prepuberal. Parecía más joven que cualquier otra mascota que Damen hubiese visto en la corte, y estas, cuando menos, ya habían pasado la pubertad. Tres años…

La delegación patrense continuaba ajena a los acontecimientos. Con Torveld cerca, Laurent se comportaba mejor que nunca. Por lo visto y aunque costase de creer, se había despojado de toda malicia y lavado la boca con jabón. Hablaba con tino de política y comercio y, si de vez en cuando brillaba un poco, parecía ingenioso, no mordaz, como si dijera: «¿Veis como soy capaz?».

Torveld empezó a mostrar cada vez menos disposición a mirar a otra persona. Era como contemplar a un hombre sonreír mientras se abandonaba y se hundía en aguas profundas.

Afortunadamente, aquello no duró mucho. Por un milagro de austeridad solo había nueve platos, todos ellos dispuestos con gracia y adornados con cintas. Atractivos pajes los servían en una vajilla enjoyada. A las mascotas no se las servía. Acurrucadas junto a sus dueños, a algunas se las alimentaba con la mano, y una o dos incluso tuvieron la osadía de ayudarse y birlar de forma juguetona exquisitos bocados de sus amos, como perritos falderos mimados que han aprendido que da lo mismo lo que hagan, pues a sus dadivosos dueños les parecerán encantadores.

—Lamento no haber podido organizar una cita para que veas a los esclavos —dijo Laurent mientras los pajes se dedicaban a llenar la mesa de pastas.

—No te molestes. Ya vimos esclavos de palacio en Akielos. Creo que no he visto nunca esclavos de esa calidad, ni siquiera en Bazal. Y confío en tu gusto, por supuesto.

—Me alegro —dijo Laurent.

Damen era consciente de que Nicaise, a su lado, escuchaba su conversación atentamente.

—Si insistes, seguro que mi tío dará el visto bueno al intercambio —le aconsejó Laurent.

—Si lo consigo, será gracias a ti —repuso Torveld.

Nicaise se levantó de la mesa.

Damen cubrió los fríos centímetros en cuanto pudo.

—¿Qué hacéis? Fuisteis vos quien me alertó sobre Nicaise —musitó.

Laurent se quedó muy quieto. Luego, se movió deliberadamente en su asiento, se inclinó y acercó los labios al oído de Damen.

—Creo que sería incapaz de apuñalarme con esos brazos tan cortos. A lo mejor intenta tirarme un confite. No lo creo. Como me agache, le dará a Torveld.

Damen apretó los dientes.

—Ya sabéis a lo que me refiero. Lo ha oído todo. Va a actuar. ¿No podéis hacer algo al respecto?

—Estoy ocupado.

—Entonces dejadme hacer algo a mí.

—¿Sangrarle encima? —aventuró Laurent.

Damen abrió la boca para responder y vio que sus palabras eran interrumpidas por el roce inesperado de los dedos de Laurent en sus labios. Un pulgar le acarició la mandíbula. Era el tipo de caricia distraída que cualquier amo de la mesa dispensaría a su mascota. Pero por la reacción de asombro de los cortesanos allí sentados, estaba claro que Laurent no hacía ese tipo de cosas a menudo. O nunca.

—Mi mascota se sentía abandonada —se disculpó Laurent con Torveld.

—¿Es el cautivo que Kastor te envió para que lo adiestrases? —preguntó Torveld con curiosidad—. ¿Es… peligroso?

—Parece combativo, pero en realidad es muy dócil y amoroso —explicó Laurent—, como un cachorrito.

—Conque un cachorrito, ¿eh? —interrogó el patrense.

Para demostrarlo, Laurent agarró un dulce de nuez moscada y miel y se lo tendió a Damen, como había hecho en la arena, entre el pulgar y el índice.

—¿Un dulce? —le ofreció.

En el largo momento que siguió, Damen pensó claramente en matarlo.

Entonces, se inclinó. Era sumamente dulce. No dejó que sus labios tocasen los dedos de Laurent. Mucha gente los miraba. Tras dárselo, Laurent

se lavó los dedos con cuidado en el cuenco de oro y los secó con un pañuelo de seda.

Torveld los observaba. En Patras, los esclavos alimentaban a sus amos pelando frutas y sirviendo bebidas, no al revés. También era así en Akielos. La conversación se recuperó de esa pausa y retornó a asuntos triviales. A su alrededor, las creaciones de azúcar, los condimentos azucarados y los dulces caramelizados con formas fantásticas se engulleron gradualmente.

Damen miró a su alrededor en busca de Nicaise, pero el chico había desaparecido.

En la relajada calma que siguió a la comida, antes de los entretenimientos, Damen tuvo libertad para deambular y fue a buscarlo. El príncipe estaba ocupado y, por primera vez, no había dos guardias acechando continuamente a Damen. Podría haber salido andando. Podría haber salido directo por las puertas de palacio y, de allí, a la ciudad colindante de Arles. Pero no podía dejar aquel lugar hasta que la embajada de Torveld partiera con los esclavos, lo cual era, por supuesto, la única razón por la que no llevaba cadena.

No avanzó mucho. Los guardias no estarían, pero la caricia de Laurent le había granjeado a Damen otro tipo de atención.

—Supe desde que el príncipe lo llevó a la arena que se volvería muy popular —le decía Vannes a una noble a su lado—. Vi su actuación en los jardines, pero fue casi como desaprovechar sus aptitudes; el príncipe no permitió que tuviese un papel activo.

Los intentos de Damen de excusarse y salir de allí no tuvieron efecto en ella.

—No, no nos abandones todavía. Talik quería conocerte —le dijo Vannes a Damen. Entonces, se dirigió a la noble—: Por supuesto, la idea de que una de nosotras tenga un macho es grotesca; pero si fuese posible, ¿no crees que él y Talik harían una pareja preciosa? Mira, ya está aquí. Os dejaremos un momento a solas.

Las mujeres se marcharon.

—Soy Talik —se presentó la mascota. La mujer tenía un marcado acento de Ver-Tan, la provincia oriental de Vask.

Damen recordó que alguien comentó que a Vannes le gustaban las mascotas que podían ganar las competiciones de la arena. Talik era prácticamente de la misma altura que Damen y sus brazos desnudos eran muy musculosos. Había un aire ligeramente depredador en su mirada, en su boca alargada y en el arco de sus cejas. Damen daba por hecho que las mascotas, al

igual que los esclavos, se sometían sexualmente a sus amos, como se acostumbraba a hacer en Akielos. Pero no acababa de ver a Vannes en la misma cama que esa mujer.

—Una guerrera de Ver-Tan mataría con facilidad a un guerrero de Akielos —declaró ella.

—Depende del guerrero —replicó él con cautela.

Ella pareció examinarlo al tiempo que analizaba su respuesta y, finalmente, le pareció que ambos eran aceptables.

—Estamos esperando —dijo la mujer—. Ancel va a actuar. Es muy popular, está de moda. Tú estuviste con él. —No esperó a que confirmara la información—. ¿Cómo lo viste?

«Bien instruido». La mente de Damen le proporcionó la respuesta, astuta como una sugerencia murmurada al oído.

—Aceptable —respondió con el ceño fruncido.

—Su contrato con lord Berenger terminará en breve —le contó Talik—. Ancel buscará un nuevo acuerdo, una oferta mayor. Quiere dinero, estatus. Menudo estúpido. Puede que lord Berenger le ofrezca menos dinero, pero es bondadoso, y nunca mete a mascotas en la arena. Ancel se ha granjeado muchos enemigos. Le acabarán arrancando esos ojos verdes que tiene como por accidente en la arena.

Aquello atrajo a Damen en contra de su voluntad.

—¿Por eso busca la atención real? ¿Quiere que el príncipe… —Entonces, empleó un vocabulario que no le era familiar—… le haga una oferta?

—¿El príncipe? —preguntó Talik con desprecio—. Todo el mundo sabe que el príncipe no tiene mascotas.

—¿Ninguna? —indagó Damen.

—Tú. —La mujer lo miró de arriba abajo—. Tal vez al príncipe le gusten los hombres y no esos muchachos verecianos pintados que dan grititos si los pellizcas.

Su tono de voz sugirió que estaba de acuerdo con eso por principios.

—Nicaise —recordó Damen al hablar de chicos verecianos maquillados —. Estaba buscando a Nicaise. ¿Lo has visto?

—Ahí —señaló Talik.

Al otro lado del salón, Nicaise había reaparecido. Le hablaba al oído a Ancel, quien tuvo que inclinarse prácticamente por completo para quedar a la altura del chico. Cuando terminó, Nicaise se encaminó directo hacia Damen.

—¿Te ha enviado el príncipe? Demasiado tarde —dijo Nicaise.

«¿Demasiado tarde para qué?», sería la respuesta en cualquier corte, menos en aquella.

—Como les hayas hecho daño…

—¿Qué vas a hacer? —Nicaise esbozó una sonrisa—. Nada. No tienes tiempo. El regente quiere verte. Me ha enviado para decírtelo. Deberías apresurarte, le estás haciendo esperar. —Otra sonrisita—. Me ha mandado a por ti hace siglos.

Damen lo miró fijamente.

—¿A qué esperas? Ve —añadió la mascota.

Quizá era mentira, pero no podía arriesgarse a cometer tal ofensa si no lo era. Se marchó.

No era mentira. El regente lo había hecho llamar y, cuando llegó, dispensó a todos los que lo rodeaban, de modo que Damen se quedó solo en su asiento, al final de una sala tenuemente iluminada: era una audiencia privada.

A su alrededor, todo estaba repleto de comida y vino, y el barullo de la corte era cálido y distendido. Damen actuó con toda la deferencia que exigía el protocolo.

—Imagino que a un esclavo debe de emocionarle saquear los tesoros de un príncipe. ¿Habéis tomado a mi sobrino? —preguntó el regente.

Damen permaneció inmóvil; trató de no mover el aire cuando respiró.

—No, alteza.

—¿Y tú a él?

—No.

—Sin embargo, comes de su mano. La última vez que hablé contigo deseabas que lo azotaran. ¿De qué otro modo explicas el cambio?

«No te va a gustar mi reacción», había dicho Laurent.

—Estoy a su servicio. Tengo la lección escrita en mi espalda —dijo Damen con cautela.

El regente lo miró fijamente.

—Decir que estoy decepcionado es quedarse corto. Laurent podría beneficiarse de una influencia firme, alguien cercano a él que velase por sus intereses. Un hombre con buen tino que lo guiase sin dejarse manipular.

—¿Manipular? —preguntó Damen.

—Mi sobrino puede ser un encanto cuando quiere. Su hermano era un verdadero líder; inspiraba una lealtad extraordinaria en sus hombres. Laurent tiene una versión superficial de los dones de su hermano, que usa para conseguir lo que desea. Si hay una persona que puede tener a alguien

comiendo de la mano que lo azotó, ese es mi sobrino —dijo el regente—. ¿De qué lado estás?

Y Damen entendió que no le estaba haciendo una pregunta; le estaba ofreciendo una elección.

Tenía muchas ganas de cruzar el abismo que separaba las dos facciones de esa corte: en el otro lado estaba el hombre que hacía mucho que se había ganado su respeto. Era sumamente doloroso y desagradable darse cuenta de que no estaba en su naturaleza hacerlo, no mientras Laurent actuaba en su nombre. Si es que Laurent estaba actuando en su nombre… Y aunque así fuera, apenas aguantaría el juego prolongado que se estaba jugando esa noche. Aun así…

—No soy el hombre que buscáis —concluyó—. No tengo influencia sobre él. No soy íntimo suyo. No ama ni a Akielos ni a sus gentes.

El regente le dedicó otra mirada larga y reflexiva.

—Eres sincero. Así da gusto. En cuanto al resto, ya veremos. Me vale por ahora —añadió el hombre—. Ve a buscar a mi sobrino. Preferiría que no estuviese a solas con Torveld.

—Sí, alteza.

No sabía con certeza por qué aquello parecía una reprimenda, pero lo parecía.

Tras formular algunas preguntas a otros criados, Damen se enteró de que Laurent y Torveld se habían retirado de nuevo a un balcón para escapar de la presión sofocante que era el interior de palacio.

Al llegar al balcón, Damen redujo la velocidad. Oía voces. Miró hacia atrás, a la sala atestada de cortesanos. Estaba fuera de la vista del regente. Si Laurent y Torveld estaban manteniendo negociaciones comerciales, sería mejor retrasarse un poco y darles el tiempo adicional que pudieran necesitar.

—… dije a mis consejeros que ya estaba mayor para distraerme con jóvenes apuestos… —oyó decir a Torveld, y, de repente, quedó claro que no estaban negociando un acuerdo comercial.

Fue una sorpresa, pero, al echar la vista atrás, Damen se dio cuenta de que aquello se había desarrollado durante toda la noche. Que un hombre con la honorable reputación de Torveld eligiera a Laurent como el objeto de sus afectos era difícil de digerir, pero tal vez Torveld admirara a los reptiles. Su curiosidad germinó. No había asunto que generase más especulación que ese, tanto entre los cortesanos como entre los miembros de la Guardia del Príncipe. Damen hizo una pausa y aguzó el oído.

—Y luego te conocí a ti —prosiguió Torveld—. Y pasé una hora en tu compañía.

—Más de una hora —puntualizó el príncipe vereciano—. Menos de un día. Creo que te distraes más fácilmente de lo que admites.

—¿Tú no?

Hubo una pausa breve en el ritmo de la conversación.

—Has oído rumores.

—¿Entonces es cierto?

—¿Que no se me conquista fácilmente? No puede ser lo peor que has oído decir de mí.

—Para mí sí, desde luego —contestó Torveld de manera calurosa, y provocó un suspiro de diversión insustancial en Laurent.

El tono de Torveld cambió, como si se hubiesen acercado.

—He oído muchos rumores sobre ti, pero juzgo lo que veo.

Laurent respondió con la misma voz íntima:

—¿Y qué ves?

Damen se encaminó con decisión.

Al oír sus pasos, Torveld se asustó y miró en derredor; en Patras, los asuntos del corazón, o del cuerpo, eran normalmente privados. Laurent se reclinó elegantemente en la balaustrada, sin mostrar mayor reacción que volver los ojos en dirección a Damen. Pues sí que estaban cerca, pero no tanto como para besarse.

—Alteza, su tío mandó llamaros —dijo Damen.

—Otra vez —refunfuñó Torveld. Se le formó una arruga en medio de la frente.

Laurent se apartó.

—Es sobreprotector —alegó. La arruga se esfumó cuando Torveld miró a Laurent.

—Ya era hora —murmuró Laurent al pasar junto a Damen.

Damen se quedó a solas con Torveld. En el balcón reinaba la paz. Los sonidos de la corte eran apagados, como si estuvieran muy lejos. Más altos e íntimos eran los sonidos de los insectos de los jardines de abajo y el lento movimiento del follaje. En algún momento, se le ocurrió que debería haber bajado la mirada.

Torveld tenía la cabeza en otros asuntos.

—Es un premio —dijo Torveld con afecto—. Apuesto a que nunca pensaste que un príncipe podría sentir celos de un esclavo. En este momento, me cambiaría por ti al instante.

«No lo conoces», pensó Damen. «No sabes nada de él. Solo has pasado una noche con él».

—Creo que el espectáculo está a punto de comenzar —dijo Damen.

—Sí, por supuesto —comentó Torveld, y siguieron a Laurent de vuelta a la corte.

A lo largo de su vida, Damen se había visto obligado a asistir a numerosos espectáculos. En Vere, la «diversión» había adquirido un nuevo significado. Cuando Ancel se adelantó sosteniendo un bastón largo en las manos, se preparó para el tipo de actuación que haría que la delegación patrense se desmayara. Entonces, Ancel tocó los dos extremos de la vara con una antorcha sujeta en el soporte de la pared y prendieron fuego.

Era una especie de danza del fuego en la que el palo se arrojaba y atrapaba y la llama, sacudida y girada, trazaba formas sinuosas, círculos y patrones en continuo movimiento. El cabello rojo de Ancel creaba una estética agradable junto al fuego rojo y naranja. E incluso sin el movimiento hipnótico de las llamas, la danza era seductora. A pesar de que era compleja, hacía que pareciera fácil y tenía un componente físico sutilmente erótico. A partir de ese instante, Damen miró a Ancel con respeto. Esa actuación exigía entrenamiento, disciplina y dotes atléticas, cosas que Damen admiraba. Era la primera vez que veía a las mascotas verecianas demostrar habilidades en algo que no fuera vestir ropa o montarse unos a otros.

La atmósfera del lugar era relajada. Damen volvía a estar sujeto a la cadena; posiblemente lo estaban usando como carabina. Laurent actuaba con los modales esmeradamente fríos de alguien que intenta lidiar de forma educada con un pretendiente difícil. Damen pensó, algo divertido, que estaba preso por su propia inteligencia. Mientras Damen contemplaba la escena, el sirviente de Torveld apareció con un melocotón, sacó un cuchillo, cortó un trozo tras recibir las órdenes de Torveld y se lo ofreció a Laurent, que lo aceptó con desgana. Cuando hubo terminado el pedazo, el sirviente sacó un pequeño paño de la manga con una floritura para que Laurent se limpiara sus inmaculados dedos. Era de seda transparente, con ribetes de hilo de oro. Laurent lo devolvió arrugado.

—Estoy disfrutando de la actuación —comentó Damen, incapaz de resistirse.

—El sirviente de Torveld está mejor provisto que tú —se limitó a contestar Laurent.

—No tengo mangas para llevar pañuelos —respondió Damen—. No me importaría que me dieran un cuchillo.

—¿O un tenedor? —sugirió Laurent.

Una oleada de aplausos y una pequeña conmoción evitaron una respuesta. La danza del fuego había finalizado y algo ocurría en el otro extremo de la sala.

Resistiéndose como un potro nuevo con riendas, Erasmus estaba siendo arrastrado al frente por un tratante vereciano.

Oyó una voz melódica de niña decir:

—Como os gustan tanto, se me ha ocurrido que podíamos ver actuar a uno de los esclavos de Akielos.

Era Nicaise, allí por la cuestión insignificante de un pendiente.

Torveld sacudió la cabeza con cierta satisfacción.

—Laurent —dijo—. El rey de Akielos te ha engañado. Es imposible que ese hombre sea un esclavo de palacio. No tiene forma física alguna. Es incapaz de quedarse quieto. Creo que Kastor solo vistió a algunos criados y te los envió. Aunque es apuesto —añadió. Y luego, en un tono ligeramente diferente—: Muy apuesto.

Erasmus era muy apuesto. Era excepcional incluso entre los esclavos elegidos para ser excepcionales, seleccionados a dedo para ser ofrecidos a un príncipe. Simplemente parecía torpe y desgarbado, y no mostraba señales de entrenamiento. Finalmente, se arrodilló, pero daba la sensación de que solo permanecía en esa posición porque sus miembros se habían congelado. Tenía las manos cerradas, como si le hubiera dado algún calambre en los músculos.

—Apuesto o no, no puedo llevarme de vuelta a Bazal a dos docenas de esclavos no entrenados —comentó Torveld.

Damen agarró a Nicaise por la muñeca.

—¿Qué has hecho?

—¡Suéltame! Yo no he hecho nada —dijo Nicaise.

Se frotó la muñeca cuando Damen la soltó.

—¿Permitís que hable así a sus superiores? —preguntó a Laurent.

—No, a sus superiores no —contestó el príncipe.

Nicaise enrojeció al oír aquellas palabras. Ancel todavía estaba girando perezosamente el palo. El titileo de las llamas lanzaba una luz naranja. Cuando se acercaba a ellos, el calor que emanaba era sorprendente. Erasmus estaba pálido, como si estuviese a punto de vomitar delante de todo el mundo.

—Detened esto —dijo Damen a Laurent—. Es cruel. Ese chico sufrió quemaduras terribles. Tiene miedo del fuego.

—¿Quemaduras? —preguntó Torveld.

Nicaise se apresuró a decir rápidamente:

—No son quemaduras, son marcas. Tiene cicatrices por toda la pierna. Son horribles.

Torveld miraba a Erasmus, cuyos ojos estaban vidriosos y mostraban una especie de desesperanza y estupefacción. Si alguien supiera lo que el chico creía que iba a ocurrir, era difícil creer que estuviera esperando arrodillado.

Torveld ordenó:

—Apagad el fuego.

El repentino y acre olor a humo ahogó los perfumes verecianos. El fuego se apagó. Convocado hacia adelante, Erasmus se postró con mejor postura y pareció calmarse en presencia de Laurent, lo cual tenía poco sentido. Entonces, Damen recordó que Erasmus pensaba que Laurent era un hombre bondadoso.

Torveld le hizo a Erasmus varias preguntas, que respondió en patrense con timidez, aunque había mejorado. Después de eso, los dedos de Torveld se dirigieron por un momento y de modo protector a la coronilla de Erasmus. Enseguida, Torveld le pidió a Erasmus que se sentara a su lado durante las negociaciones comerciales.

Poco después, Erasmus besó la punta del pie de Torveld y, luego, el tobillo. Sus rizos rozaron el firme músculo de la pantorrilla del patrense.

Damen miró a Laurent, que simplemente había dejado que todo aquello se desarrollara ante él. Era evidente lo que había hecho que Torveld transfiriera sus afectos. Existía un parecido superficial entre el príncipe y el esclavo. La piel clara y el pelo brillante de Erasmus eran lo más parecido en la sala al marfil y el oro de Laurent. Pero Erasmus tenía algo de lo que Laurent carecía: una vulnerabilidad, una necesidad de ser cuidado y un deseo de tener un amo que eran casi palpables. Laurent solo poseía una frialdad aristocrática y, aunque la pureza del perfil de Laurent llamase la atención, Damen tenía las cicatrices en la espalda que probaban que uno podía mirarlo, pero no tocarlo.

—¡Habéis planeado esto! —susurró Nicaise—. Queríais que viera… ¡Me habéis engañado! —añadió, con la misma voz con la que un amante podría haber dicho: «¡¿Cómo has podido hacerme eso?!». Aunque sus palabras también reflejaban rabia. Y odio.

—Debías elegir —contestó Laurent—. No tenías que mostrarme tus garras.

—Me habéis engañado —dijo Nicaise—. Se lo diré a…

—Díselo —dijo Laurent—. Cuéntale lo que hecho y cómo me has ayudado. ¿Cómo crees que reaccionará? ¿Lo descubrimos? Vayamos juntos.

Nicaise le echó una mirada a Laurent, desesperada, rencorosa y calculadora.

—Ah, ya… basta —añadió el príncipe—. Basta. Estás aprendiendo. No será tan fácil la próxima vez.

—Os prometo que no —respondió Nicaise con una voz ponzoñosa a oídos de Damen.

Entonces, la mascota se marchó, sin darle a Laurent su pendiente.

Alimentada, saciada y divertida, la corte se dispersó, y el Consejo y el regente se sentaron y comenzaron las negociaciones. Cuando el regente pidió vino, fue Ancel quien lo sirvió y, cuando terminó, lo invitaron a sentarse junto al regente, lo cual hizo con suma elegancia y una expresión de satisfacción en el rostro.

Damen se vio obligado a sonreír. Imaginó que no debía culpar a Ancel por su ambición. Y no era una pequeña victoria para un niño de dieciocho años. Había muchos cortesanos en la tierra natal de Damen que considerarían que era el ápice de la conquista: llegar a la cama de un rey. Sobre todo si esa posición se convertía en algo permanente.

Ancel no era el único que había conseguido lo que quería aquella noche. Laurent había hecho todo lo que Damen había pedido, atado prolijamente con un lazo de regalo. Y todo ello en el espacio de un día. Si dejaba el resto a un lado, debía admirarlo por su gran eficiencia organizativa.

Si no dejaba todo lo demás a un lado, recordaba que aquel era Laurent, que había mentido y engañado para que aquello pasase. Pensó en Erasmus, arrastrado a lo largo de una noche de horrores, y en lo que significaba para un adulto engañar y usar a un chico que, por más que lo mereciera, tenía solo trece años.

—Está hecho —dijo Laurent, que se había detenido a su lado.

Por extraño que pareciese, Laurent estaba de buen humor. Apoyó un hombro de un modo un tanto despreocupado en la pared. Su voz no era exactamente cálida, pero tampoco era gélida como un témpano afilado.

—He dispuesto que Torveld se reúna contigo más tarde para discutir el transporte de los esclavos. ¿Sabías que Kastor nos los envió sin ningún tratante de Akielos?

—Pensé que vos y Torveld tendríais otros planes —contestó sin más.

—No —respondió el príncipe.

Damen se dio cuenta de que estaba forzando los límites del buen humor de Laurent. Así que añadió, no sin dificultad:

—No sé por qué habéis hecho esto, pero creo que los demás serán bien tratados en Bazal. Gracias.

—Sientes una completa repugnancia por nosotros, ¿no? —preguntó Laurent. Y luego, antes de que Damen pudiera responder, prosiguió—: No respondas esa pregunta. Algo te ha hecho sonreír antes. ¿Qué ha sido?

—Nada. Ancel —admitió Damen—. Finalmente ha encontrado el mecenazgo real que buscaba.

Laurent siguió su mirada. Evaluó con calma la manera en que Ancel se inclinaba para servir vino, la forma en que los dedos anillados del regente se levantaban para recorrer la mejilla de la mascota.

—No —contestó el príncipe, sin mucho interés—. Lo hace solo para mantener las apariencias. Creo que no todas las prácticas de esta corte recibirían la aprobación de la delegación de Torveld.

—¿Qué queréis decir?

Laurent apartó su mirada del regente y la volvió nuevamente a Damen. Sus ojos azules no mostraban ni su hostilidad habitual ni arrogancia ni desprecio, sino algo que Damen no sabía descifrar.

—Te advertí sobre Nicaise porque él no es la mascota del consejero Audin. ¿Todavía no has adivinado a quién pertenece? —preguntó Laurent. Y al ver que no respondía, añadió—: Ancel es demasiado mayor para interesarle a mi tío.

Capítulo nueve

LO LLEVARON A VER a Torveld a primera hora de la mañana, después de una larga entrevista con dos sirvientes patrenses en la que sacó a relucir todo cuanto sabía sobre el trato de esclavos. Aunque no tenía ni idea de cómo responder algunas de las preguntas que le hicieron. Con otras, se sintió más cómodo: ¿Estaban entrenados en los protocolos patrenses? ¿Y a qué invitados tendrían que entretener? Sí, conocían la lengua y el protocolo patrenses, así como los vaskianos, aunque tal vez no hablaban los dialectos provincianos. Y claro que sabían lo esencial sobre Akielos e Isthima. «No de Vere», dijo. Nadie había creído jamás que se firmaría una alianza o que habría un intercambio.

Los aposentos de Torveld eran similares a los de Laurent, aunque menores. El príncipe patrense salió del dormitorio con aspecto de haber descansado bien y vestido únicamente con pantalones y una bata por encima. La pieza caía directamente hasta el suelo a ambos lados de su cuerpo y revelaba un pecho bien definido, con escaso vello.

Por el arco, Damen vio una confusión de miembros lechosos y una cabeza rubia encima de la cama. Solo por un instante, recordó cómo Torveld había cortejado a Laurent en el balcón, aunque el cabello era un poco más oscuro y rizado.

—Está durmiendo —dijo.

Habló en voz baja para no molestar a Erasmus. Condujo a Damen en dirección a una mesa donde ambos se sentaron. Las ropas del príncipe cayeron formando pliegues de seda pesada.

—Todavía no hemos… —añadió Torveld, y se hizo el silencio.

Damen se había acostumbrado tanto a las explícitas conversaciones verecianas que esperó en silencio a que Torveld dijera lo que quería decir. Tardó un momento en darse cuenta de que aquel silencio decía todo lo que era necesario para un patrense.

Continuó:

—Está muy dispuesto, pero sospecho que ha habido malos tratos, no solo las marcas. Te he mandado llamar aquí porque quiero preguntarte cuál es el alcance de todo esto. Me preocupa que, sin querer… —Se hizo el silencio de nuevo. Los ojos de Torveld adquirieron una expresión oscura—. Creo que me ayudaría saberlo.

«Estamos en Vere, y no hay una manera patrense de describir las cosas que suceden aquí con delicadeza», pensó Damen.

—Lo estaban entrenando como esclavo personal para el príncipe de Akielos —dijo Damen—. Probablemente era virgen antes de llegar a Vere. Ya no.

—Entiendo.

—No sé cuál es el alcance de estas prácticas.

—No hace falta que digas más. Es lo que pensaba —contestó Torveld—. Bueno, agradezco tu franqueza, y tu trabajo esta mañana. Entiendo que es costumbre dar un regalo a las mascotas después de que presten un servicio. —Torveld le dedicó una mirada atenta—. No pareces del tipo al que le gustan las joyas.

Damen respondió con una ligera sonrisa:

—No, gracias.

—¿Hay algo más que pueda ofrecerte?

Damen reflexionó. Había algo que él quería, mucho. Aunque pedirlo era peligroso. El grano de madera de la mesa era oscuro, y solo el borde estaba tallado; el resto de la superficie era lisa y simple.

—Estuvisteis en Akielos. ¿Permanecisteis allí después de las ceremonias funerarias?

—Sí, eso mismo.

—¿Qué pasó con la casa del príncipe después de su muerte?

—Tengo entendido que se disolvió. Oí decir que sus criados personales se cortaron la garganta por tristeza. No sé nada más.

—Por tristeza —repitió Damen, recordando el clamor de las espadas y su propia sorpresa, la sorpresa que había significado que no había entendido lo que sucedía hasta que fue demasiado tarde.

—Kastor estaba furioso. El guardián de los esclavos reales fue ejecutado por permitir que aquello sucediera. Y varios miembros de la guardia.

Sí. Él había advertido a Adrastus. Kastor querría eliminar las pruebas de sus actos. Adrastus, los guardias, probablemente hasta la esclava de cabellos rubios que lo había cuidado en los baños. Todos los que sabían la verdad habían sido sistemáticamente asesinados.

Casi todos. Damen respiró hondo. Todas las partículas que conformaban su cuerpo le decían que no debía hacer la pregunta, pero aun así, no consiguió evitarlo.

—¿Y qué hay de Jokaste? —interrogó Damen.

Dijo su nombre como se lo habría dicho a ella, sin un título. Torveld lo miró con curiosidad.

—¿La amante de Kastor? Gozaba de buena salud. El embarazo sigue su curso sin incidentes… ¿No lo sabías? Lleva en su vientre al hijo de Kastor. Si habrá boda o no es otra cuestión, pero, sin duda, Kastor tiene interés en asegurar la sucesión. Todos los indicios apuntan a que criará a su hijo como…

—Su heredero —completó Damen.

Ese habría sido el precio de ella. Recordaba cada rizo perfecto de su cabello, como seda enrollada. «Cierra las puertas».

Damen levantó la vista. Entonces, tomó conciencia, por el modo en que Torveld lo observaba, de que le había dedicado demasiado tiempo a ese tema.

—¿Sabes? —dijo Torveld, lentamente—. Te pareces un poco a Kastor. Tenéis algo similar en los ojos. En la forma de la cara. Cuanto más te miro…

No.

—Más lo veo. Por casualidad, ¿no habrá nadie que…

No.

—… lo haya advertido antes? Estoy seguro de que Laurent…

—No —espetó Damen—. Yo…

Habló demasiado alto y con demasiada urgencia. El corazón le latía con fuerza en el pecho a medida que dejaba atrás sus pensamientos sobre su hogar y regresaba al engaño. Sabía que lo único que había entre él y el descubrimiento de su verdadera identidad en aquel momento era la audacia de lo que Kastor había hecho. Un hombre sensato como Torveld jamás habría imaginado una traición tan descarada y creativa.

—Perdonadme. Quise decir que… Espero que no le digáis al príncipe que creéis que me parezco a Kastor. No se pondría nada contento con la comparación. —No era mentira. La mente de Laurent no tendría dificultades para saltar de la pista a la respuesta. El príncipe vereciano ya estaba demasiado cerca de descubrir la verdad—. Odia a la familia real akielense.

Debía decir que se sentía halagado al oír que creía que se parecían, pero sabía que no lo iba a conseguir.

No obstante, aquello distrajo a Torveld por el momento.

—El sentimiento de Laurent hacia Akielos es harto conocido —dijo el patrense, con una expresión preocupada—. He intentado hablar con él al

respecto. No me sorprende que quisiera a esos esclavos fuera de palacio. Si yo fuera Laurent, desconfiaría de cualquier regalo de Akielos. Ahora que ha estallado la guerra entre los kyroi, Kastor no puede permitirse el lujo de tener un vecino hostil en la frontera norte. El regente está abierto a entablar una relación de amistad con Akielos, pero Laurent… A Kastor le interesaría mantener a Laurent fuera del trono.

Imaginar a Kastor conspirando contra Laurent era como imaginar a un lobo tramando contra una serpiente.

—Creo que el príncipe sabe cuidarse —contestó Damen con brusquedad.

—Sí. Puede que tengas razón. Tiene una mente extraña. —Torveld se levantó mientras hablaba, indicando que la entrevista había terminado. En ese mismo momento, Damen advirtió que había señales de movimiento en la cama—. Estoy ansioso por renovar nuestras relaciones con Vere, después de su ascenso al trono.

«Porque Laurent te ha cautivado», pensó Damen. «Porque has enloquecido y no tienes idea de cuál es su verdadera naturaleza».

—Puedes decirle que te he dicho eso, si quieres. Ah, y dile que estoy ansioso por derrotarlo en la jornada de caza de hoy —dijo Torveld con una sonrisa mientras Damen salía.

Para la alegría de su sentido de supervivencia, Damen no tuvo oportunidad de decirle nada de aquello a Laurent, pues lo obligaron a cambiarse de vestimenta de nuevo. Acompañaría al príncipe. No tuvo que preguntar: «¿Acompañarlo a dónde?». Era el último día de Torveld, y el príncipe patrense era conocido por su gusto por la caza.

La mejor zona para tales propósitos era Chastillon, pero estaba demasiado lejos para ir en un día, y había algunos sitios razonables en las tierras ligeramente boscosas de los alrededores de Arles. Así que, en malas condiciones debido al vino de la noche anterior, la mitad de la corte se reunió a media mañana y partió.

Damen fue transportado, ridículamente, en una litera, al igual que Erasmus y algunas de las mascotas más delicadas. Su papel no era participar, sino cuidar de sus amos después de que la jornada de caza terminase. Condujeron a Damen y Erasmus a la tienda real. Hasta que la delegación patrense no se marchase, Damen no intentaría escapar. Ni siquiera podía usar la salida como una oportunidad para ver la ciudad de Arles y sus alrededores. La litera era cubierta. Solo tenía una vista muy buena de una serie de figuras copulando: la escena bordada en el interior de la cobertura de seda.

La nobleza cazaba jabalíes, que los verecianos llamaban *sanglier*, una variedad del norte que era más grande. Los machos tenían los colmillos más largos. Un torrente de criados, despiertos desde antes del amanecer —o que tal vez habían pasado la noche trabajando—, había transportado toda la opulencia del palacio al exterior, erigiendo pabellones y tiendas de campaña ricamente coloridos y cubiertos de estandartes y banderas. Pajes atractivos sirvieron una gran cantidad de comida y bebida. Los caballos estaban decorados con cintas, y sus sillas de montar estaban adornadas con piedras preciosas engastadas. Aquello era una cacería en la que todo el cuero estaba lujosamente lustrado, todos los cojines, ahuecados, y toda necesidad, cubierta. Pero, a pesar de todo el lujo, era un deporte peligroso. Un jabalí era más inteligente que un ciervo o incluso que una liebre, que corría hasta escapar o ser derribada. Un jabalí, aterrador, furioso y agresivo, a veces se giraba y luchaba.

Llegaron, descansaron y almorzaron. El grupo montó. Los batidores se desplegaron. Para sorpresa de Damen, había una o dos mascotas entre los jinetes allí reunidos; vio a Talik en un caballo junto a Vannes y, montado muy bien sobre un bello ruano rojizo, estaba Ancel, que acompañaba a su amo, Berenger.

En el interior de la tienda, no había ninguna señal de Nicaise. El regente estaba cabalgando y había dejado atrás al niño mascota.

Las palabras de Laurent de la noche anterior le habían causado una gran conmoción. Era difícil conciliar lo que ahora sabía con las maneras y las actitudes del hombre. El regente no dejaba a la luz sus… gustos. Damen podría haber pensado perfectamente que Laurent mentía. Pero las actitudes de Nicaise le confirmaban que era cierto. ¿Quién sino la mascota del regente se comportaría con tal audacia como Nicaise actuaba en compañía de príncipes?

Al considerar a quién mostraba lealtad la mascota, le parecía extraño que Laurent mostrase interés en él —o que pareciese que le caía bien—, pero ¿quién sabía lo que se le pasaba por aquella mente laberíntica?

No había nada que hacer excepto observar a los jinetes montando a caballo y esperar la señal que marcaba el inicio de la cacería. Damen caminó hasta la entrada de la tienda y miró al exterior.

La partida de cacería, iluminada por el sol, se extendía por la colina con joyas relucientes y sillas y arreos centelleantes. Los dos príncipes cabalgaban uno al lado del otro, cerca de la tienda. Torveld parecía poderoso y competente. Laurent, ataviado con cuero negro para la jornada, ofrecía una imagen todavía más austera de lo habitual. El príncipe vereciano montaba una

yegua baya. Era una bella montura, con proporciones perfectamente equilibradas y patas largas para la caza, pero era rebelde y difícil, y ya estaba cubierta por una fina capa de sudor. Le daba a Laurent, que la controlaba bajo una ligera rienda, una oportunidad de exhibir su excelente habilidad. Pero era una demostración sin sustancia. La caza, como el arte de la guerra, exigía fuerza, resistencia y habilidad con un arma. Pero sobre todo, exigía un caballo tranquilo.

Los perros serpenteaban entre las patas de los caballos. Estaban entrenados para estar tranquilos cerca de animales grandes, para ignorar las liebres, los zorros y los ciervos, y para concentrarse solo en los *sangliers*.

La inquieta yegua de Laurent comenzó a agitarse de nuevo y el príncipe se inclinó hacia delante en la silla y le murmuró algo mientras le acariciaba el cuello para calmarla, en un gesto gentil nada propio de él. Luego, miró a Damen.

Era un desperdicio de la naturaleza conceder aquella apariencia a una persona de personalidad tan desagradable. La piel clara y los ojos azules de Laurent eran una combinación poco común en Patras, todavía más rara en Akielos, y una debilidad particular de Damen. El cabello dorado empeoraba las cosas.

—¿No podéis permitiros un buen caballo? —preguntó Damen.

—Intenta seguir mi ritmo —dijo Laurent.

Dirigió aquellas palabras a Torveld, después de una gélida mirada a Damen. Un toque de sus talones y su montura se movió como si fuera parte de él. El príncipe patrense, que sonreía, lo siguió.

A lo lejos, un cuerno anunció el inicio de la cacería. Los jinetes espolearon a los animales con las monturas y todo el grupo corrió en dirección a la fuente del sonido. Los cascos tronaron después del ladrido de los perros. El terreno no era demasiado denso, los árboles estaban dispersos por aquí y por allá. Un grupo grande podría galopar. Se veía perfectamente a los perros y los jinetes delanteros, que se acercaban a un área más boscosa. El jabalí estaba escondido en algún lugar. No pasó mucho tiempo antes de que el grupo se perdiera de vista, entre los árboles, más allá de la cima de un monte.

En el interior de la tienda real, unos sirvientes limpiaban los restos del almuerzo que habían comido recostados en almohadones esparcidos. De vez en cuando, un cachorro entraba en la tienda y lo bajaban afablemente de encima de los tejidos.

Erasmus era como un ornamento exótico, arrodillado obedientemente sobre un colchón del color de las manzanas amarillas. Había sido sumamente discreto al servir a Torveld durante el almuerzo y, más tarde, al arreglarle su traje de cuero de montería. Vestía una túnica corta de estilo patrense que dejaba al descubierto brazos y piernas, pero aun así, era lo bastante larga como para cubrir sus cicatrices. Cuando entró de nuevo en la tienda, Damen no miró a ninguna otra parte.

Erasmus bajó la mirada y trató de no sonreír, pero, poco a poco, se sonrojó por completo.

—Hola —saludó Damen.

—Sé que has sido tú quien ha dispuesto esto, de algún modo —dijo Erasmus.

Era incapaz de esconder lo que sentía y parecía simplemente irradiar una felicidad constreñida.

—Mantuvisteis vuestra promesa. Tú y tu amo. Te dije que era bondadoso —dijo Erasmus.

—Sí, lo dijiste —concordó Damen.

Se sintió satisfecho al ver a Erasmus feliz. Damen no iba a disuadirlo de nada de lo que creyese con respecto a Laurent.

—En persona es todavía mejor. ¿Sabías que vino a hablar conmigo? —preguntó Erasmus.

—¿En serio? —espetó. Aquello era algo inconcebible.

—Me preguntó por… lo que sucedió en los jardines. Entonces, me advirtió sobre lo de anoche.

—¿Te advirtió? —dijo Damen.

—Dijo que Nicaise me obligaría a actuar ante la corte y que sería horrible, pero que, si era valiente, obtendría una recompensa al final.

Erasmus miró a Damen con curiosidad.

—¿Por qué pareces sorprendido?

—No sé. No debería estarlo. Le gusta planear las cosas con anticipación —contestó.

—No habría sabido de mí si no le hubieras pedido que me ayudara —dijo Erasmus—. Es un príncipe, su vida es muy importante, por eso muchas personas deben de querer que haga cosas por ellos. Me alegro de haber tenido la oportunidad de darte las gracias. Si hay una forma de pagártelo, lo descubriré. Juro que lo haré.

—No es necesario. Tu felicidad es pago suficiente.

—¿Y qué hay de ti? —respondió Erasmus—. ¿No te sentirás solo?

—Tengo un amo bondadoso —contestó Damen.

Hizo un buen trabajo al soltar aquellas palabras, dadas las circunstancias. Erasmus se mordió el labio y todos sus rizos brillantes le cayeron sobre la frente.

—¿Estás… enamorado de él?

—No exactamente —dijo Damen.

Hubo un momento de silencio. Fue Erasmus quien lo rompió.

—Siempre… siempre me enseñaron que el deber de un esclavo era sagrado, que honrábamos a nuestros amos a través de la sumisión y que ellos nos honraban a cambio. Y yo creí eso. Pero cuando dijiste que te enviaron aquí como castigo, entendí que para los hombres de aquí no hay honra en la obediencia y ser esclavo es una vergüenza. Puede que ya hubiese empezado a darme cuenta antes de que hablases conmigo. Traté de decirme a mí mismo que era una sumisión aún mayor no convertirme en nada, no tener ningún valor, pero… no fui capaz. Creo que ser sumiso forma parte de mi naturaleza, del mismo modo que no forma parte de la tuya, pero necesito a alguien… a quien pertenecer.

—Tienes a alguien —dijo Damen—. Los esclavos son un bien muy preciado en Patras, y has cautivado a Torveld.

—Me gusta —comentó Erasmus tímidamente y sonrojándose—. Me gustan sus ojos. Me parece apuesto.

Y luego se sonrojó de nuevo por su propia osadía.

—¿Más guapo que el príncipe de Akielos? —lo provocó Damen.

—Bueno, nunca lo vi, pero no creo que pudiese ser más guapo que mi amo.

—Torveld no te diría esto, pero es un gran hombre —respondió Damen con una sonrisa—. Incluso entre los príncipes. Pasó la mayor parte de su vida en el norte, luchando en la frontera con Vask. Él fue el hombre que finalmente negoció la paz entre Vask y Patras. Es el siervo más leal del rey Torgeir, además de su hermano.

—Otro reino… Cuando estábamos en Akielos, ninguno de nosotros pensó jamás que saldríamos de palacio.

—Siento mucho que tengas que marcharte de un lugar nuevamente. Pero no será como la última vez. Podrás disfrutar del viaje.

—Sí. Esto es… Estaré un poco asustado, pero seré muy obediente —contestó Erasmus. Y volvió a sonrojarse.

Los primeros en regresar fueron los cazadores a pie y los cuidadores de los perros del primer grupo, que traían de vuelta a una jauría exhausta tras soltar a un segundo grupo descansado de sabuesos cuando pasaron los jinetes. A ellos también les correspondía el trabajo de matar a cualquier perro al que el jabalí de colmillos afilados hubiese herido más allá de cualquier posibilidad de recuperación.

Había algo extraño en ellos; no solo era la gran fatiga de los perros con la lengua fuera. Había algo en los rostros de los hombres. Damen sintió una punzada de incomodidad. La caza de jabalíes era un deporte peligroso. Desde la entrada de la tienda, llamó a uno de ellos.

—¿Ha pasado algo?

El cuidador dijo:

—Ve con ojo. Tu amo está de un humor de perros.

Bueno, todo había vuelto a la normalidad.

—Otra persona ha derribado al jabalí, ¿verdad?

—No, ha sido él —contestó el cuidador con un tono amargo—. Pero ha destrozado a su yegua para hacerlo. No tenía ninguna oportunidad. Incluso antes de hacer que participase en la lucha en la que se ha roto el tobillo trasero. Estaba sangrando del flanco a los hombros a causa de las espuelas. —Apuntó con la barbilla a la espalda de Damen—. Tú sabes lo que se siente —añadió.

Damen lo miró y, de repente, sintió náuseas.

—Ha sido una valiente —dijo—. El príncipe Auguste… era muy bueno con los caballos y ayudó a domarla cuando era una potra.

Era lo más cercano que un hombre de su posición estaría de criticar a un príncipe.

Uno de los otros hombres, que los miraba, se acercó a ellos al cabo de un momento.

—No le hagas caso a Jean. Está de mal humor. Ha sido él quien ha tenido que clavarle una espada a la yegua en la garganta y abatirla. El príncipe lo ha reprendido por no hacerlo lo bastante rápido.

Cuando los jinetes regresaron, Laurent montaba un castrado gris bien musculoso, lo que significaba que algún cortesano de los que conformaban la partida de caza iba a pie.

El regente entró primero en la tienda, se quitó los guantes de montar y entregó su arma a un criado.

En el exterior, se oyeron unos aullidos repentinos. El jabalí había llegado y, probablemente, lo estarían destripando; tendría la piel de la barriga rajada y

abierta; le habrían extraído todas las entrañas y los perros recibirían las sobras.

—Sobrino —dijo el regente.

Laurent entró con pasos suaves y elegantes en la tienda. Había una aséptica falta de expresión en sus fríos ojos azules y estaba muy claro que la expresión «humor de perros» era un eufemismo.

El regente prosiguió:

—Tu hermano nunca tuvo ninguna dificultad para perseguir a una presa sin matar a su caballo. Pero no vamos a hablar de eso.

—¿Ah, no? —preguntó Laurent.

—Nicaise me dijo que has convencido a Torveld para negociar por los esclavos. ¿Por qué lo has hecho en secreto? —Su mirada recorrió con parsimonia a Laurent—. Aunque imagino que la verdadera pregunta es qué te motivó a hacerlo.

—Pensé que era una gran injusticia por vuestra parte —respondió Laurent lentamente— quemar la piel de vuestros esclavos cuando no me permitís azotar al mío ni un poquito.

Damen sintió que todo el aire abandonaba su cuerpo.

La expresión del regente cambió.

—Veo que no se puede hablar contigo. No consentiré que permanezcas en tu estado de ánimo actual. La petulancia es horrible en un niño y peor en un hombre. No es culpa de nadie que rompas tus juguetes, solo tuya.

El regente atravesó la entrada de la tienda, con las solapas dobladas y sujetas por cintas de seda roja. Desde el exterior llegaban voces, el barullo metálico de sillas y arreos y todo el bullicio de la confusión de la partida de caza. El sonido de las lonas de la tienda agitándose al viento estaba más próximo. Laurent tenía sus ojos azules fijos en él.

—¿Algo que decir? —preguntó Laurent.

—Me he enterado de que habéis matado a vuestra yegua.

—Es solo una yegua. Haré que mi tío me compre otra.

Esas palabras parecieron divertirlo sobremanera; había un tinte afilado y particular en su voz. «Mañana por la mañana, Torveld partirá y volveré a ser libre para intentar abandonar este palacio horrendo, traicionero y podrido a más no poder», pensó Damen.

La oportunidad llegó dos noches más tarde, aunque no de un modo que hubiera previsto.

Lo despertaron bien entrada la noche, con las antorchas encendidas y las puertas de su habitación abiertas de par en par. Esperaba que fuera Laurent; siempre era el príncipe quien lo despertaba repentinamente con visitas intempestivas. Sin embargo, solo vio a dos hombres con librea, la librea del príncipe. No los reconoció.

—Nos han ordenado venir a buscarte —dijo uno, que soltó su cadena de la argolla del suelo y tiró de ella.

—¿Para ir adónde?

—El príncipe —dijo el otro— te quiere en su cama.

—¿Cómo? —preguntó Damen. Se detuvo de repente, por lo que la cadena tiró de él.

Sintió un fuerte empujón desde atrás.

—Camina. No quiero hacerlo esperar.

—Pero… —Aseguró los pies después del empujón.

—Camina.

Dio un paso adelante, mostrando resistencia. Otro. Sería un viaje lento.

El hombre que iba detrás de él maldijo.

—La mitad de la guardia está loca por follárselo. Tendrías que estar más contento.

—El príncipe no quiere que me lo folle —contestó.

—Que camines —espetó el hombre detrás de él. Damen sintió cómo la punta de un puñal se clavaba en su espalda y permitió que lo sacaran de la habitación.

Capítulo diez

DAMEN HABÍA SOBREVIVIDO A llamadas de Laurent previamente. No había ninguna razón para la tensión que sentía en los hombros y la ansiedad que le invadía el estómago, caliente y revuelto.

Hicieron el trayecto en total privacidad, dando la falsa impresión de que se trataba de un encuentro secreto. Pero fuese cual fuese la apariencia, fuera cual fuera la sensación, lo que le dijesen, tenía la sensación de que algo iba mal. Si pensaba demasiado en aquello, la histeria lo amenazaba: Laurent no era del tipo de hombres que metería a alguien de extranjis en sus aposentos para escarceos amorosos a medianoche.

No; aquello era diferente.

No tenía sentido, pero era imposible anticiparse a Laurent. Damen examinó el pasaje y encontró otra incongruencia. ¿Dónde estaban los guardias que mantenían la posición por todo aquel corredor la última vez que Damen había pasado por allí? ¿Acaso se retiraban por la noche? ¿O los habían dispensado por alguna razón?

—¿Ha empleado las palabras «mi cama»? ¿Qué más ha dicho? —preguntó Damen, pero no obtuvo respuesta alguna.

El guardia lo pinchó con el puñal en la espalda para que caminase. No había nada que hacer más que continuar por el pasillo. A cada paso que daba, la tensión aumentaba, la incomodidad crecía. Las ventanas enrejadas a lo largo del pasillo proyectaban cuadrados de luz de luna que cruzaban los rostros de su escolta. No se oía nada, salvo sus pasos.

Una fina línea de luz se colaba por debajo de las puertas de los aposentos de Laurent.

Solo había un guardia apostado en la puerta, un hombre de cabello oscuro que llevaba la librea del príncipe y, en la cintura, una espada. Saludó a sus dos colegas con la cabeza y dijo brevemente:

—Está dentro.

Se detuvieron lo suficiente junto a la puerta como para soltar la cadena y liberar a Damen por completo. La cadena cayó en una espiral pesada y quedó

en el suelo. Quizá lo supo entonces.

Los guardias abrieron las puertas.

Laurent estaba en el diván, sentado con los pies por debajo en una postura relajada e infantil. Un libro con páginas llenas de arabescos estaba abierto ante él. Había una copa en la mesita a su lado. En algún momento de la noche, un sirviente debía de haber pasado la media hora necesaria para desatar sus austeras prendas exteriores, pues Laurent solo usaba pantalones y una camisa blanca, de un material tan fino que no exigía bordados para proclamar su coste. El cuarto estaba iluminado por lámparas de aceite. El cuerpo de Laurent era una serie de líneas graciosas debajo de los suaves pliegues de la camisa. Damen elevó la mirada hacia la columna blanca de su cuello y por encima de ella para observar el cabello rubio, que caía alrededor del pabellón de una oreja sin joyas. La imagen era damasquinada, como metal batido. Estaba leyendo.

Levantó la vista cuando las puertas se abrieron.

Y parpadeó, como si le resultara difícil enfocar con sus ojos azules. Damen volvió a mirar el cáliz y recordó que ya había visto a Laurent con los sentidos nublados por el alcohol.

Eso podría haber prolongado la ilusión de un encuentro amoroso algunos segundos más, porque cuando Laurent estaba bebido sin duda era capaz de todo tipo de exigencia, loca, y de comportarse de forma imprevisible. Pero, desde el momento en que levantó la vista, vio con toda claridad que el príncipe no esperaba compañía. Y que tampoco reconocía a los guardias.

Laurent cerró el libro con cuidado.

Y se levantó.

—¿No podías dormir? —preguntó Laurent.

Mientras hablaba, se detuvo ante el arco de la galería. Damen no estaba seguro de que una caída directa de dos pisos a los jardines oscuros pudiera contarse como una vía de escape. Pero, quitando eso —con los tres escalones bajos que llevaban hasta donde el príncipe estaba, la mesita finamente tallada y los objetos decorativos que proporcionaban una serie de obstáculos—, era a todas luces la posición más táctica de los aposentos.

Laurent era consciente de lo que estaba pasando. Damen, que había visto que el largo pasillo estaba vacío, oscuro, silencioso y desprovisto de hombres, también lo sabía. El guardia de la puerta había entrado detrás de ellos; había tres hombres, todos armados.

—No creo que el príncipe esté muy cariñoso —dijo Damen en un tono neutro.

—Tardo un poco en entrar en calor —contestó el príncipe vereciano.

Y, entonces, sucedió. Como si aquello hubiese dado la entrada, uno de los guardias desenvainó la espada a su izquierda.

Más tarde se preguntaría qué lo llevó a reaccionar como lo hizo. No amaba a Laurent. Con tiempo para pensar, seguramente habría dicho, con voz dura, que la política interna de Vere no era asunto suyo y que cualquier acto de violencia que Laurent provocara sobre sí mismo era totalmente merecido.

Tal vez sintiese una empatía extraña porque había vivido algo semejante: la traición, la violencia en un lugar donde creía estar seguro. Tal vez era una manera de revivir esos momentos, de remediar su fracaso, porque, por aquel entonces, no había reaccionado tan rápido como debía.

Seguramente sería eso. Debía de ser el eco de aquella noche, todo el caos y la emoción que habían quedado encerrados tras las puertas.

Los tres hombres dividieron su atención: dos de ellos se movieron en dirección a Laurent, mientras que el tercero permaneció de pie con un puñal vigilando a Damen. Era evidente que no esperaba que hubiera problemas. Agarraba el puñal de forma relajada y despreocupada.

Después de pasar días y semanas a la espera de una oportunidad, era bueno tener una y aprovecharla. Sintió el pesado y satisfactorio impacto de la carne cuando golpeó y paralizó el brazo del hombre y lo obligó a soltar el puñal.

El hombre vestía librea, no armadura, un error estúpido. Todo su cuerpo se curvó alrededor del puño de Damen cuando este lo zambulló en su abdomen y emitió un sonido gutural, un intento de respirar al tiempo que una reacción al dolor.

El segundo de los tres hombres maldijo y se giró, posiblemente mientras decidía que un hombre era suficiente para despachar al príncipe y que su atención sería mejor empleada subyugando al bárbaro, inesperadamente problemático.

Por desgracia para él, pensó que con una espada bastaría. Embistió rápido en vez de acercarse con cautela. Su mandoble, con una gran empuñadura, podría enterrarse en el tronco de un hombre y prácticamente cortarlo por la mitad, pero Damen ya estaba en guardia y lo bastante cerca para forcejear con él.

Se oyó un estruendo en el otro extremo de la sala, pero Damen apenas lo advirtió; tenía toda la atención puesta en la tarea de inmovilizar al segundo agresor. No podía malgastar sus pensamientos en el tercer hombre y en Laurent.

El espadachín en sus manos consiguió exclamar:

—Es la putita del príncipe. Matadlo.

Aquella fue la única alerta que Damen necesitaba para moverse. Dejó caer todo el peso de su cuerpo contra el del espadachín e invirtieron sus posiciones.

Y la puñalada que iba dirigida a él dio con el esternón descubierto del espadachín.

El hombre del puñal se había levantado y había recuperado su arma; era ágil y tenía una cicatriz en el rostro, justo debajo de la barba. Un superviviente. No era alguien a quien quería moviéndose rápidamente a su alrededor con un puñal. Damen no le permitió sacar su arma de su horrenda vaina; embistió hacia delante y su oponente cayó para atrás y abrió los dedos. Luego, lo agarró por la cadera y el hombro y golpeó su cuerpo con fuerza contra la pared.

Fue suficiente para dejarlo aturdido. El atacante tenía una expresión débil en el rostro, incapaz de mostrar cualquier tipo de resistencia inicial cuando Damen lo inmovilizó con una llave.

Hecho eso, Damen miró al otro lado; esperaba ver a Laurent luchando o derrotado. Se sorprendió al ver que, en lugar de eso, el príncipe estaba vivo e intacto tras haber despachado a su oponente. Se estaba levantando después de haberse inclinado sobre la figura inmóvil del tercer hombre y liberar sus dedos inertes de un puñal.

Imaginó que Laurent había sido lo bastante inteligente como para utilizar cuanto tenía a su alrededor.

Los ojos de Damen avistaron el puñal.

Entonces, dirigió la mirada hacia el espadachín muerto. También había un puñal allí. El arma, con una hoja serrada, tenía en la empuñadura el diseño característico de Sicyon, una de las provincias del norte de Akielos.

El puñal que sostenía el príncipe vereciano tenía el mismo diseño. Damen se percató de que estaba ensangrentado hasta la empuñadura mientras Laurent descendía los escalones. Parecía fuera de lugar en su mano, ya que su elegante camisa blanca había sobrevivido a la lucha y se encontraba en condiciones inmaculadas. La luz de las lámparas le resultaba tan favorecedora como antes.

Damen reconoció la expresión fría y contenida de Laurent. No envidiaba en absoluto al hombre al que sujetaba, pues le esperaba un duro interrogatorio.

—¿Qué queréis que haga con él?

—Agárralo fuerte —dijo Laurent.

El príncipe se acercó y Damen obedeció. Sintió que el hombre hacía un esfuerzo renovado por liberarse. Entonces, lo sujetó con más fuerza e impidió que forcejease.

Laurent levantó el puñal con la hoja de sierra y, con la calma de un carnicero, cortó la garganta al hombre barbudo.

Damen oyó un sonido ahogado y sintió los primeros espasmos del cuerpo en sus manos. Lo soltó, en parte por la sorpresa, y el hombre se llevó las manos a la garganta en un gesto desesperado e instintivo, pero era demasiado tarde. La fina media luna roja dibujada sobre su cuello se alargó y terminó por derrumbarse.

Damen ni siquiera pensó antes de reaccionar: cuando Laurent lo miró de soslayo y cambió el agarre del puñal, se movió instintivamente para neutralizar la amenaza.

Sus cuerpos colisionaron con fuerza. Damen agarró los finos huesos de la muñeca de Laurent, pero en lugar de vencerlo inmediatamente, como esperaba, se sorprendió al encontrar una momentánea resistencia muscular. Aplicó más presión y sintió que el príncipe vereciano forzaba su cuerpo al límite, aunque todavía estaba lejos de él.

—Suéltame el brazo —ordenó Laurent con voz contenida.

—Tirad el cuchillo —dijo Damen.

—Como no me sueltes el brazo, las cosas no van a ser fáciles para ti.

Damen le apretó solo un poco más y sintió cómo se estremecía y cedía; el cuchillo cayó estrepitosamente al suelo. En cuanto lo hizo, soltó a Laurent y, al tiempo, reculó y se alejó de su alcance. En lugar de seguirlo, Laurent dio también dos pasos hacia atrás y aumentó la distancia entre él y Damen.

Se encararon entre los destrozos del aposento.

El puñal yacía entre ellos. El hombre degollado estaba muerto o moribundo; tenía el cuerpo inmóvil y la cabeza girada a un lado. La sangre había penetrado en la librea que vestía y borrado la estrella dorada sobre el fondo azul.

La lucha de Laurent no había sido tan contenida como la de Damen; la mesa estaba tumbada, los trozos de una elegante pieza de cerámica estaban esparcidos sobre las baldosas y la copa había rodado por el suelo. Un tapiz de la pared había quedado parcialmente rasgado. Y había mucha sangre. El primer enfrentamiento de Laurent había sido incluso más desagradable que el segundo.

El príncipe vereciano tenía la respiración entrecortada debido al esfuerzo. Al igual que Damen. En ese momento tenso y cauteloso, Laurent dijo con

firmeza:

—Pareces vacilar entre ayudarme y agredirme. ¿Por cuál te decantas?

—No me sorprende que hayáis atraído a tres hombres para tratar de mataros. Lo único que me sorprende es que no hubiese más —contestó Damen sin rodeos.

—Había más —respondió Laurent.

Damen se sonrojó al entender lo que quería decir.

—Yo no me he ofrecido. Me han traído aquí. No sé por qué.

—Para cooperar —dijo Laurent.

—¿Cooperar? —repitió con absoluto disgusto—. Estabais desarmado.

Damen recordó la manera relajada con que el hombre había sostenido el puñal contra él; de hecho, habían esperado que cooperase o que, por lo menos, se apartara y observase. Frunció el ceño al más cercano de los rostros inmóviles. Le desagradaba la idea de que alguien creyera que era capaz de matar a un hombre desarmado, siendo cuatro contra uno. A pesar de que ese hombre fuese Laurent.

El príncipe lo miró.

—Como el hombre al que acabáis de matar —dijo Damen, que volvió la mirada a Laurent.

—En mi parte de la lucha, los hombres no se mataban unos a otros.

Damen abrió la boca. Antes de que pudiera hablar, se oyó un sonido en el pasillo. Instintivamente, los dos se colocaron de frente hacia las puertas de bronce. El sonido se transformó en el clamor de armaduras y armas ligeras y unos soldados ataviados con la librea del regente comenzaron a entrar en el cuarto: dos, cinco, siete… Las probabilidades de salir airosos empezaban a ser desalentadoras. Pero entonces…

—¿Estáis herido, alteza?

—No —contestó Laurent.

El soldado al mando hizo un gesto a sus hombres para que salvaguardaran los aposentos y luego comprobasen los tres cuerpos sin vida.

—Un sirviente encontró a dos de vuestros hombres muertos en el perímetro de vuestras estancias. Acudió de inmediato a la Guardia del Regente. Vuestros hombres todavía no han sido informados.

—Me lo imaginaba —dijo Laurent.

Fueron más duros con Damen. Lo trataron con violencia y lo agarraron con fuerza; aquello le recordó los primeros días de su captura. Se rindió, porque ¿qué otra cosa podía hacer? Sintió cómo le llevaban las manos a la espalda. Una extremidad musculosa lo agarró por la nuca.

—Lleváoslo —dijo el soldado.

Entonces, el príncipe preguntó con mucha calma:

—¿Puedo preguntar por qué estáis arrestando a mi esclavo?

El soldado al mando lo miró confuso.

—Alteza… ha habido un ataque…

—Él no ha sido el artífice.

—Las armas son akielenses —añadió uno de los hombres.

—Alteza, si ha habido un ataque akielense contra vos, podéis estar seguro de que este de aquí está implicado.

Lo habían calculado a la perfección. Damen se percató de que los tres agresores lo habían llevado allí exactamente por eso: para culparlo. Por supuesto, habían tenido la esperanza de sobrevivir al encuentro, pero sus intenciones continuaban vigentes. Y Laurent, que empleaba todo el tiempo que pasaba despierto buscando formas de humillar, herir o matar a Damen, acababa de recibir la excusa que necesitaba en bandeja de plata.

Veía, sentía, que Laurent era consciente de ello. Percibía las ganas que tenía de que lo arrestasen, de derrotar al mismo tiempo a Damen y a su tío. Entonces, se arrepintió tremendamente del impulso que lo había llevado a salvar la vida de Laurent.

—Estás mal informado —contestó el príncipe. Hablaba como si estuviese saboreando algo desagradable—. No ha habido ningún ataque contra mi persona. Esos tres hombres atacaron al esclavo, alegando algún tipo de disputa bárbara.

Damen parpadeó.

—¿Que atacaron… al esclavo? —preguntó el soldado, que, aparentemente, tenía tantas dificultades para digerir esa información como Damen.

—Libéralo, soldado —dijo Laurent.

Pero las manos siguieron sujetándolo. Los hombres del regente no recibían órdenes de Laurent. El soldado al mando llegó a negar con la cabeza ligeramente al hombre que sostenía a Damen, anulando la orden de Laurent.

—Perdonadme, alteza, pero hasta que no estemos seguros de que su vida no corre peligro, sería una imprudencia no…

—Ya habéis cometido una imprudencia —lo interrumpió el príncipe.

Esa afirmación, pronunciada con calma, provocó un silencio que el soldado al mando soportó; tan solo se estremeció ligeramente. Quizá esa era la razón por la que él estaba al mando. El agarre de las manos que sujetaban a Damen se relajó perceptiblemente.

—Has llegado tarde y has maltratado a mi esclavo, mi propiedad —continuó Laurent—. Por favor, agrava tus errores arrestando el presente que me ha enviado el rey de Akielos como muestra de buena voluntad. Contra mis órdenes.

Entonces, el guardia que sujetaba a Damen lo liberó. El príncipe no esperó a que el soldado al mando reconociese su error.

—Exijo un momento de privacidad. Podéis limpiar mis aposentos e informar a mis hombres del ataque hasta el amanecer. Mandaré buscar a uno de ellos cuando esté listo.

—Sí, alteza —contestó el soldado al mando—. Como deseéis. Os dejaremos en vuestros aposentos.

Cuando los soldados hicieron los primeros movimientos para salir, Laurent preguntó:

—¿Acaso voy a tener que arrastrar yo a estos tres desgraciados afuera?

El soldado al mando se sonrojó.

—Los retiraremos. Por supuesto. ¿Hay algo más que necesitéis de nosotros?

—Apresuraos —respondió el príncipe.

Los hombres obedecieron. No pasó mucho tiempo hasta que la mesa estuvo colocada y la copa retornó a su sitio. Las piezas de cerámica fina fueron barridas y amontonadas en una pila ordenada. Los cuerpos se retiraron del lugar y la sangre se limpió, aunque en la mayoría de los casos resultó inútil.

Damen nunca había visto a media docena de soldados reducidos a criados sumisos realizando tareas domésticas por la pura fuerza de la arrogancia personal de un hombre. Era casi instructivo.

Cuando los hombres ya habían limpiado la mitad de los aposentos, Laurent retrocedió para apoyar los hombros en la pared.

Finalmente, los hombres se marcharon.

La habitación estaba ordenada superficialmente, pero no había recuperado su anterior belleza apacible. Tenía el aire de un santuario perturbado, pero no era solo la atmósfera la que se veía afectada; también había manchas tangibles en el paisaje. Aquellos hombres eran soldados, no criados domésticos. Habían pasado más de un punto por alto.

Damen notaba el latido de su corazón, pero no comprendía sus propios sentimientos, y mucho menos cuanto había sucedido. La violencia, las muertes y las extrañas mentiras subsiguientes habían sido demasiado repentinas. Recorrió la estancia con los ojos, evaluando los daños.

Su mirada se tropezó con Laurent, quien lo observaba a su vez de un modo un tanto cauteloso.

Pedir que lo dejaran solo durante el resto de la noche no tenía mucho sentido, la verdad.

Nada de lo sucedido aquella noche tenía sentido, pero había una cosa de la que Damen se había percatado poco a poco a medida que los soldados efectuaban la tarea que se les había encomendado. La postura de Laurent era quizá un poco más exagerada que su habitual gesto de indiferencia. Damen inclinó la cabeza hacia un lado y le dedicó al príncipe vereciano una escrutadora y larga mirada de arriba abajo, hasta las botas. Luego, levantó la vista de nuevo.

—Estáis herido.

—No.

Damen lo miró fijamente. Cualquier hombre, excepto Laurent, se habría sonrojado, habría apartado la mirada o dado alguna señal de que estaba mintiendo. En parte, eso era lo que esperaba, incluso de Laurent.

El príncipe le devolvió la mirada y, luego, contestó:

—¿Te refieres a además de tu intento de romperme el brazo?

—Sí, además de mi intento de romperos el brazo.

Laurent no estaba bebido, como había creído Damen al principio. Pero al observarlo de cerca, era evidente que estaba controlando su respiración. Había una expresión suave y ligeramente febril en sus ojos.

Damen dio un paso al frente. Se detuvo cuando se encontró con una férrea mirada azul como un muro.

—Preferiría que permanecieras lejos —comentó Laurent, cada palabra finamente cincelada, como si estuviera hecha de mármol.

Damen dirigió la mirada hacia la copa que había caído al suelo durante la pelea. Su contenido se había derramado; los hombres del regente, sin pensar, la habían colocado en su lugar. Cuando volvió a mirar a Laurent, supo por su expresión que estaba en lo cierto.

—No os han herido. Os han envenenado —dijo Damen.

—Puedes contener tu placer. No voy a morir —contestó el príncipe.

—¿Cómo lo sabéis?

Laurent le lanzó una mirada asesina y se negó a dar más detalles.

Entonces, Damen se dijo a sí mismo, sintiéndose extrañamente ajeno a todo lo ocurrido, que aquello era justicia: recordaba perfectamente la experiencia de haber sido sedado con droga y, luego, haberse visto involucrado en una pelea. Se preguntó si habían empleado chalis. ¿Podía

beberse además de inhalarse? Eso explicaba por qué los tres hombres se habían mostrado tan despreocupados y seguros de su propio éxito al enfrentarse a Laurent.

Damen comprendió que eso lo incriminaba todavía más. Era totalmente verosímil que se vengase de Laurent utilizando la misma táctica que el príncipe había empleado con él.

Aquel lugar lo ponía enfermo. En cualquier otro sitio, acababas con tu enemigo simplemente usando una espada. O lo envenenabas, si tenías los instintos deshonrosos de un asesino. En Vere, había varias capas de traición, sombrías, sofisticadas y desagradables. De no haber resultado el príncipe claramente la víctima, habría asegurado que aquella noche no había sido sino un producto de la mente de Laurent.

¿Qué ocurría realmente?

Damen se acercó al cáliz y lo levantó. Todavía quedaba un resto raso de líquido en la copa. Sorprendentemente, era agua, no vino. Por eso era visible la fina marca rosada del interior de la copa. Era la marca característica de una droga que Damen conocía bien.

—Es una droga akielense —dijo Damen—. Se les da a los esclavos de placer durante el entrenamiento. Hace que…

—Sé cuál es el efecto de la droga —contestó Laurent con una voz que parecía vidrio afilado.

Damen miró al príncipe desde una nueva perspectiva. Aquella era una droga infame en su propio país. Él mismo la había probado, una vez, cuando era un curioso muchacho de dieciséis años. Había tomado solo una fracción de una dosis normal. La droga le había dotado de una virilidad brutal durante varias horas, y había agotado a tres acompañantes, animados y confusos. No la había empleado desde entonces. Una dosis más fuerte llevaba de la virilidad a la rendición. Debían de haber usado una cantidad generosa si había dejado rastro en la copa, incluso aunque Laurent hubiera bebido solo un sorbo.

Laurent no parecía haber perdido ninguna de sus facultades. No hablaba con su soltura habitual y tenía la respiración entrecortada, pero esos eran los únicos signos que mostraba.

De repente, Damen advirtió que estaba presenciando un ejercicio de autocontrol en estado puro realizado por un hombre con una voluntad de hierro.

—Se pasará —dijo Damen. Y, entonces, dado que él no estaba por encima de saborear la verdad como una forma menor de sadismo, añadió—: Al cabo

de unas horas.

Vio en la expresión de Laurent que preferiría cortarse el brazo a que cualquier persona supiese de su condición; además, que él era la última persona que el príncipe deseaba que lo supiese, y mucho menos quería estar a solas con él. Damen no estaba por encima del hecho de disfrutar aquello tampoco.

—¿Creéis que voy a sacar provecho de la situación? —preguntó.

Porque si algo era evidente tras la compleja conspiración vereciana que se había llevado a cabo aquella noche era el hecho de que no estaba encadenado, no tenía obligaciones y no estaba vigilado por la guardia por primera vez desde su llegada a aquel país.

—Pues sí. Qué bien que hayáis vaciado vuestros aposentos —dijo Damen —. Pensé que nunca tendría la oportunidad de salir de aquí.

Dio media vuelta. A su espalda, Laurent maldijo. Damen estaba a medio camino de la puerta cuando la voz del príncipe lo obligó a girarse.

—Espera —dijo Laurent, como si se esforzara en pronunciar la palabra y lo odiase al mismo tiempo—. Es demasiado peligroso. Si te marcharas ahora, lo verían como una admisión de culpa. La Guardia del Regente no dudaría en matarte. No puedo… protegerte en mi estado.

—Protegerme —dijo Damen, con una incredulidad nítida en la voz.

—Soy consciente de que me has salvado la vida.

Damen lo miró fijamente.

El príncipe añadió:

—No me gusta sentirme en deuda contigo. Confía en eso, si no confías en mí.

—¿Confiar en vos? —preguntó Damen—. Me arrancasteis la piel de la espalda. No os he visto hacer nada aparte de engañar y mentir a cada persona que os habéis encontrado. Usáis cualquier cosa y a cualquiera para conseguir vuestros objetivos. Sois la última persona en la que podría confiar jamás.

Laurent inclinó la cabeza hacia atrás, contra la pared. Tenía los párpados caídos, con los ojos entrecerrados, y observaba a través de dos rendijas rodeadas de pestañas doradas. En parte, Damen esperaba una negación o una discusión. Pero la única respuesta que obtuvo de Laurent fue una risa ronca, que, de una manera extraña, mostró más que cualquier otra cosa cuán al límite estaba.

—Pues venga, lárgate.

Damen volvió a mirar la puerta.

Con los hombres del regente en alerta máxima, el peligro era real, pero escapar siempre significaría arriesgarlo todo. Si dudaba ahora y esperaba otra oportunidad… Si encontraba un modo de librarse de los grilletes perpetuos, si mataba a sus guardias o los franqueaba de algún otro modo…

En ese momento, los aposentos de Laurent estaban vacíos. Disponía de una ventaja inicial. Conocía un camino para salir de palacio. Puede que tardara semanas, incluso meses, en tener una oportunidad como aquella, si es que se presentaba.

Laurent se quedaría solo y vulnerable después de haber sufrido un ataque contra su persona.

Pero el peligro inmediato había pasado, y el príncipe había sobrevivido. Otros no. Damen había matado esa noche, y también había sido testigo de muertes. Se decidió. Cualquier deuda que hubiese entre ellos ya se había saldado. «No le debo nada», pensó.

La puerta se abrió bajo su mano. El pasillo estaba vacío.

Se marchó.

Capítulo once

DAMEN SOLO CONOCÍA UNA salida segura: por el patio de la arena de entrenamiento del primer piso.

Se obligó a caminar con calma y determinación, como un sirviente al que han enviado a hacer una tarea para su amo. Su mente estaba llena de imágenes de gargantas degolladas, luchas cuerpo a cuerpo y puñales cercanos. Apartó todas ellas y, en lugar de eso, pensó en su trayecto por el palacio. El pasaje estaba vacío al principio.

Pasar junto a su propia habitación fue extraño. Desde el momento en que lo trasladaron allí, le sorprendió lo cerca que estaba su cuarto del de Laurent, en el interior de los propios aposentos del príncipe. Las puertas estaban ligeramente entreabiertas, como las habían dejado los tres hombres que ahora yacían muertos. El lugar parecía vacío y pecaminoso. Por algún instinto, tal vez el de esconder las señales que revelasen su huida, Damen se detuvo para cerrar las puertas. Cuando se volvió, había alguien observándolo.

Nicaise estaba de pie en mitad del pasillo, como si se hubiese detenido repentinamente de camino al dormitorio de Laurent.

En algún lugar a lo lejos, la voluntad de reírse acompañó una oleada de pánico tensa y ridícula. Si Nicaise llegaba hasta allí, si daba la voz de alarma…

Damen se había preparado para luchar contra hombres, no contra niñitos con vaporosas batas de seda encima de camisones.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Damen, ya que uno de ellos iba a hacerlo.

—Estaba durmiendo. Alguien vino y nos despertó. Han informado al regente de que ha habido un ataque —dijo Nicaise.

«Nos», pensó Damen, repugnado.

Nicaise dio un paso al frente. A Damen le dio un vuelvo el estómago. Entonces, se dirigió al centro del corredor, bloqueando el camino del chico. Se sintió absurdo.

—Ha ordenado que todo el mundo saliera de sus aposentos —contestó Damen—. Yo no intentaría verlo.

—¿Por qué no? —cuestionó Nicaise. Miró más allá de Damen, en dirección a la habitación de Laurent—. ¿Qué ha pasado? ¿Está bien?

Damen pensó en el argumento más disuasorio que podía inventar.

—Está de mal humor —respondió brevemente. Por lo menos era preciso.

—Ah —musitó Nicaise. Y, luego, añadió—: No me importa. Solo quería…

Pero, entonces, se sumió en un extraño silencio y miró fijamente a Damen sin tratar de continuar su camino. ¿Qué hacía allí? Cada momento que Damen pasaba con Nicaise era un momento en que Laurent podía salir de sus aposentos o la guardia podía regresar. Sintió cómo aquellos segundos de su vida se desvanecían.

Nicaise empinó la nariz y anunció:

—No importa. Me vuelvo a la cama.

Pero permaneció allí, quieto, con sus rizos castaños y sus ojos azules. La luz de las escasas antorchas que había en el lugar iluminaban a la perfección todo su rostro.

—¿Sí…? Continúa —dijo Damen.

Más silencio. Era evidente que Nicaise tenía algo en mente y que no se iría hasta que lo dijera. Finalmente añadió:

—No le digas que he venido.

—No lo haré —contestó Damen, siendo absolutamente honesto. Una vez fuera del palacio, no pretendía ver a Laurent nunca más.

Más silencio. La frente lisa de Nicaise se frunció. Finalmente, se volvió y desapareció por el pasillo.

Entonces…

—Tú —ordenó el jefe de la guardia—. Detente.

Damen se detuvo. Laurent había ordenado que sus aposentos quedaran vacíos, pero había llegado al perímetro y encaró a la Guardia del Regente.

Entonces, dijo con toda la calma posible:

—El príncipe me ha enviado a buscar a dos hombres de su propia guardia. Supongo que han sido avisados.

Muchas cosas podrían salir mal. Aunque no lo detuviesen, podían enviar una escolta para acompañarlo. Bastaba solo una leve desconfianza…

El guardia comentó:

—Nuestras órdenes son que nadie entra y nadie sale.

—Puedes decirle eso al príncipe —contestó Damen—. Después de informarle de que has dejado pasar a la mascota del regente.

Aquellas palabras resultaron en una leve reacción. Invocar el mal humor de Laurent era una especie de llave mágica que abría las puertas más inexpugnables.

—Continúa —respondió el guardia.

Damen asintió con la cabeza y echó a andar a un ritmo normal. Notó los ojos de los guardias fijos en su espalda. No podía relajarse, incluso cuando se perdió de vista. Era consciente en todo momento de la actividad del palacio a su alrededor mientras caminaba. Pasó junto a dos sirvientes, que lo ignoraron. Rezó para que el área de entrenamiento estuviese como la recordaba: aislada, sin guardias y vacía.

Así era. Sintió una oleada de alivio al ver el lugar, con equipamiento antiguo y serrín esparcidos por el suelo. En el centro estaba la cruz, un bulto oscuro y sólido. Damen rechazaba la idea de acercarse a ella y su instinto le hizo rodear la periferia de la sala en lugar de atravesarla directamente.

Aunque no le gustaba nada su reacción, se tomó unos momentos preciosos para caminar hasta la cruz y palpar el sólido madero vertical. Sintió el material inmóvil bajo su mano. De algún modo, había esperado ver la cobertura acolchada, oscurecida por el sudor o la sangre, algún signo de cuanto había acontecido allí, pero no había nada. Levantó la vista hacia el lugar donde Laurent había estado y lo había mirado.

No había ninguna razón para haber puesto en la bebida de Laurent aquella droga en particular si solo habían tenido intención de incapacitarlo. La violación, por lo tanto, debería haber precedido al asesinato. Damen no tenía ni idea de si habían tenido la intención de que fuera un participante o un mero observador. Ambas ideas lo enfermaban. Su destino, como supuesto autor del crimen, probablemente habría sido más prolongado que el de Laurent; habría sufrido una ejecución lenta y dolorosa delante de una multitud.

Drogas y un trío de agresores. Un chivo expiatorio, llevado para ser sacrificado. Un sirviente corriendo para informar a la Guardia del Regente en el momento exacto. Era un plan elaborado, que había salido mal por un fallo al prever la reacción del propio Damen. Y por haber subestimado la voluntad diamantina de Laurent para aguantar los efectos de la droga.

Y por ser demasiado elaborado, pero ese era un fallo normal de la mente vereciana.

Damen se dijo a sí mismo que la situación actual de Laurent no era tan terrible. En una corte como aquella, el príncipe podría llamar simplemente a una mascota para aliviarlo. Si no lo hacía, era por pura terquedad.

Y no tenía tiempo para eso.

Damen se alejó de la cruz. En los laterales del área de entrenamiento, cerca de uno de los bancos, había algunas piezas de diferentes armaduras y algunas vestimentas viejas y abandonadas. Se alegró de que estuvieran allí, tal y como recordaba, porque fuera de palacio no pasaría desapercibido con las delicadas prendas de esclavo que vestía. Gracias a su detallada instrucción en los baños, estaba familiarizado con la estúpida idiosincrasia de la indumentaria vereciana y podía vestirse rápidamente. Los pantalones eran muy viejos y el tejido *beige* estaba gastado en algunas zonas, pero le entraban. Lo que los prendía eran dos largas y delgadas tiras de cuero ablandado. Miró hacia abajo mientras las ataba y apretaba apresuradamente; servían tanto para cerrar la apertura en forma de V como para crear un trenzado decorativo delante.

La camisa no le entraba. Pero dado que estaba en un estado todavía peor de conservación que los pantalones, con una costura de una de las mangas que se abría a lo largo de la juntura de la manga y el hombro, le resultó fácil arrancarlas rápidamente y rasgar el cuello hasta que le cupiese. Por lo demás, era lo bastante holgada; cubriría las reveladoras cicatrices de su espalda. Se deshizo de sus prendas de esclavo y las escondió detrás del banco, donde no quedaban a la vista. Las piezas de la armadura eran todas inútiles. Estas consistían en un yelmo, una coraza oxidada, una única hombrera y algunos cinturones y hebillas. Un brazalete de cuero habría ayudado a ocultar sus esposas de oro. Era una pena que no hubiera ninguno. Era una pena que no hubiese armas.

No podía permitirse el lujo de buscar armamento; ya había pasado demasiado tiempo. Se dirigió al tejado.

El palacio no le facilitaba las cosas.

No había una ruta sencilla hacia arriba que le permitiese descender de forma indolora a la primera planta. El patio estaba rodeado de edificios más altos que debían ser escalados.

Aun así, tuvo suerte de que aquel no fuera el palacio de Ios, ni cualquier fortaleza akielense. Ios era una fortificación construida sobre los acantilados, diseñada para repeler a los intrusos. No había ningún camino hacia abajo que estuviera libre de guardias, salvo por un descenso brusco en vertical de piedra blanca lisa.

El palacio vereciano, repleto de ornamentos, no daba gran importancia a la defensa. Los baluartes eran espirales curvas y decorativas innecesarias. Las

cúpulas resbaladizas que esquivó serían una pesadilla en un ataque, pues ocultaban una parte del tejado de la otra. En una ocasión, Damen utilizó un matacán como asidero, pero parecía no tener ninguna función además de la decorativa. Aquella era una residencia, no un fuerte ni un castillo construido para resistir el ataque de un ejército. Vere había participado en numerosas guerras, sus fronteras se habían trazado una y otra vez, pero durante doscientos años no había habido ningún ejército extranjero en la capital. La antigua fortaleza defensiva de Chastillon había sido reemplazada y la corte se había mudado al norte, a este nuevo nido de placeres.

Al primer sonido de voces, se pegó bien contra un parapeto y pensó: «Solo son dos», a juzgar por el sonido de los pies y las voces. Que solo fueran dos significaba que todavía podía tener éxito, si lograba hacerlo en silencio, si no daban la voz de alarma. Se le aceleró el pulso. Sus voces parecían despreocupadas, como si estuvieran allí por alguna razón rutinaria en lugar de ser parte de un grupo en busca de un prisionero fugitivo. Damen esperó, tenso, y las voces se alejaron.

La luna brillaba en lo alto del cielo. A la derecha, el río Seraine lo orientó: el oeste. La ciudad estaba compuesta por una serie de formas oscuras con siluetas iluminadas por la luz de la luna; tejados y aguilones escarpados, balcones y canalones se encontraban unos con otros y formaban una confusión caótica en las sombras. Detrás de él, había una extensa oscuridad que debían de ser los grandes bosques septentrionales. Y hacia el sur… hacia el sur, más allá de las formas oscuras de la ciudad, más allá de los montes ligeramente boscosos y las ricas provincias centrales de Vere, se encontraba la frontera, repleta de castillos de verdad: Ravenel, Fortaine, Marlas… Y después de la frontera, Delpha y su hogar.

Su hogar.

Su hogar, aunque el Akielos que había dejado atrás no era el Akielos al que regresaría. El reinado de su padre había terminado; ahora era Kastor quien, en ese momento, dormía en los aposentos reales, con Jokaste a su lado, si aún no se había puesto de parto. La cintura de Jokaste crecía con el hijo de Kastor que llevaba en sus entrañas.

Respiró hondo para mantener la calma. Todavía tenía suerte. No oyó ningún sonido de alarma procedente del palacio, no había ninguna partida de búsqueda en el tejado ni en las calles. Nadie había advertido su fuga. Y había un modo de descender, en caso de estar preparado para escalar.

Le sentaría bien poner a prueba sus condiciones físicas, enfrentarse a un arduo desafío. Cuando llegó por primera vez a Vere, se encontraba en

excelentes condiciones, y mantenerse en forma y listo para la lucha era algo en lo que había trabajado durante las largas horas de confinamiento en las que no había mucho más que hacer. Pero las diversas semanas de lenta recuperación de los latigazos se cobraron un precio. Luchar con dos hombres de fuerza mediocre era una cosa, pero escalar una pared era algo completamente diferente, una hazaña de vigor que exigía fuerza continua de brazos y de los músculos de la espalda.

Su espalda era su flaqueza; recién curada y no probada. No estaba seguro de cuánto esfuerzo continuo podría soportar antes de que su fuerza muscular cediera. Solo había un modo de averiguarlo.

La noche proporcionaría un manto para el descenso, sin embargo, no era un buen momento para moverse por las calles de una ciudad. Tal vez hubiese un toque de queda o tal vez fuera simplemente costumbre, pero las calles de Arles parecían vacías y silenciosas. Un hombre andando por la calle llamaría la atención. Por el contrario, la luz grisácea del amanecer, con el movimiento y la agitación que la acompañaban, sería el momento perfecto para encontrar la manera de salir de la ciudad. Quizá podría empezar a moverse incluso más temprano. Cerca de una hora antes del amanecer era un momento activo en cualquier ciudad.

Pero primero tenía que bajar. Después de eso, un rincón oscuro de la ciudad, un callejón o (si la espalda se lo permitía) un tejado, sería un lugar ideal para esperar hasta que el ajetreo matutino diera inicio. Estaba agradecido de que los hombres de los tejados de palacio se hubieran marchado y de que las patrullas todavía no hubiesen salido.

Pero las patrullas aparecieron.

La Guardia del Regente salió del palacio montada y portando antorchas, solo minutos después de que los pies de Damen tocaran el suelo por primera vez. Dos docenas de hombres a caballo, divididos en dos grupos: exactamente la cantidad justa para despertar a una ciudad. Los cascos golpearon las piedras de la calzada, los faroles se encendieron, las ventanas se abrieron con gran estrépito. Se oían gritos de queja. En las ventanas, se veían caras que refunfuñaban somnolientas hasta que volvían a desaparecer.

Damen se preguntó quién habría dado finalmente la voz de alarma. ¿Habría atado cabos Nicaise? ¿Acaso Laurent había emergido del estupor causado por las drogas y había decidido que quería a su mascota de vuelta? ¿Había sido la Guardia del Regente?

No importaba. Las patrullas habían salido, pero eran ruidosas y fáciles de evitar. No pasó mucho tiempo antes de que estuviera bien escondido en una azotea, oculto detrás de tejas escarpadas y una chimenea.

Miró al cielo y calculó que tendría que esperar, tal vez, una hora más.

La hora pasó. Una patrulla estaba fuera del alcance visual y auditivo; la otra estaba a unas calles de distancia, pero se retiraba.

El amanecer empezaba a asomar por los laterales. El cielo ya no estaba completamente negro. Damen no podía permanecer donde estaba, agachado como una gárgola, esperando mientras la luz lo exponía lentamente como una cortina que se eleva sobre una escena inesperada. A su alrededor, la ciudad despertaba. Era hora de descender.

El callejón estaba más oscuro que la azotea. Identificó varias puertas de diferentes formas, con la madera vieja y las cornisas de piedra desmoronadas. Aparte de eso, por uno de los lados, donde había una pila de desechos, no había salida. Optó por marcharse de allí.

Una de las puertas se abrió. Olió una pizca de perfume y cerveza rancia. Había una mujer en la puerta. Tenía el cabello castaño y rizado, un rostro bonito, por lo que vislumbraba en la oscuridad, y pechos grandes, parcialmente a la vista.

Damen parpadeó. Detrás de ella, apareció la figura imprecisa de un hombre y, tras él, la luz cálida de unos faroles cubiertos de rojo, una atmósfera particular y sonidos ahogados inconfundibles.

Un burdel. No había indicios de que lo fuera al mirar el exterior; ni siquiera luz que se colase por las ventanas con postigos, pero si ese acto era un tabú social entre hombres y mujeres solteros, era comprensible que un burdel fuera discreto y estuviese oculto.

El hombre no parecía sentir vergüenza por lo que había hecho. Salió del local levantándose los pantalones; su pesado lenguaje corporal parecía el de alguien que acaba de ser saciado. Cuando vio a Damen, se detuvo y le ofreció una mirada territorial e impersonal. Entonces, se detuvo de verdad y su expresión cambió.

Y la suerte de Damen, que hasta entonces se había mantenido firme, lo abandonó rápidamente.

—Déjame adivinar, me he follado a uno de los tuyos, así que has venido aquí a follarte a una de las mías —dijo Govart.

El sonido distante de los cascos en los adoquines fue seguido por las voces procedentes de la misma dirección, los gritos que habían despertado de

forma desagradable a la ciudad una hora antes de lo esperado.

—O —prosiguió lentamente, con la voz de alguien que llega finalmente a una conclusión—, ¿eres tú la razón de que los guardias hayan salido de palacio?

Damen evitó el primer golpe y el segundo. Mantuvo una distancia entre sus cuerpos, recordando los abrazos de oso de Govart. La noche se estaba transformando en una pista de obstáculos de desafíos extravagantes. Impedir un asesinato. Escalar una pared. Luchar contra Govart. ¿Qué más?

La mujer, con una impresionante capacidad pulmonar y semidesnuda, abrió la boca y gritó.

Después de eso, todo ocurrió muy deprisa.

A tres calles de distancia, los gritos y el chacoloteo de los cascos de la patrulla más cercana dieron media vuelta y continuaron en la dirección del chillido a toda máquina. La única oportunidad de Damen era que pasasen por la estrecha abertura del callejón. La mujer se dio cuenta de eso también y volvió a gritar; luego, se escondió en el burdel. La puerta dio un golpe al cerrarse.

El callejón era estrecho y no podía albergar cómodamente tres caballos en fondo, pero dos eran suficientes. Además de caballos y antorchas, la patrulla tenía ballestas. No podía resistir, a menos que quisiera suicidarse.

A su lado, Govart parecía orgulloso. Tal vez no se había dado cuenta de que si el guardia disparaba a Damen, él también sería alcanzado.

En algún lugar detrás de los dos caballos, un hombre desmontó y se adelantó. Era el mismo guardia que estaba al mando de la Guardia del Regente en los aposentos de Laurent. Más petulancia. Por la expresión de su rostro, probar que estaba en lo cierto en relación a Damen lo complació extremadamente.

—De rodillas —ordenó el soldado.

¿Lo matarían allí? De ser así, pelearía, aunque sabía cómo terminaría una lucha contra tantos hombres con ballestas. Detrás del soldado al mando, la boca del callejón estaba espetada como un pino con flechas de ballesta. Planeasen hacerlo o no, sin duda lo matarían allí si les daba una sola excusa razonable.

Damen se arrodilló lentamente.

Comenzaba a amanecer. El aire tenía esa cualidad inmóvil y translúcida que acompañaba el alba, incluso en una ciudad. Miró a su alrededor; no era un callejón muy agradable. A los caballos, más exigentes que los humanos que vivían allí, no les gustaba el lugar. Suspiró.

—Quedas arrestado por alta traición —dijo el soldado—. Por haber tomado parte en la conspiración para asesinar al príncipe heredero. Tu vida ahora pertenece a la Corona. Ha sido decisión del Consejo.

Había tentado a la suerte y la situación lo había llevado hasta allí. No sintió miedo, pero tenía una maraña de sensaciones entre las costillas; sentía que lo habían tentado con la libertad y que ahora estaba fuera de su alcance. Lo que más rabia le daba era que Laurent estuviera en lo cierto.

—Átale las manos —dijo el soldado al mando, y lanzó un trozo de cuerda fina a Govart. Luego se apartó a un lado, con la espada en el cuello de Damen, ofreciendo a los hombres a su alrededor una línea directa para un tiro limpio de ballesta.

—Muévete y morirás —añadió el soldado. Un resumen apropiado.

Govart atrapó la cuerda. Si Damen iba a resistirse, tendría que hacerlo ahora, antes de que le atasen las manos. Sabía eso, incluso mientras su mente, entrenada para luchar, veía la línea libre hasta las ballestas y los doce hombres a caballo, pero no tenía ninguna táctica que pudiese causar más que una conmoción y una baja. Tal vez algunas bajas.

—El castigo por traición es la muerte.

En los momentos previos a levantar la espada, antes de que Damen se moviera, antes de que el último y desesperado acto tuviera lugar en aquel inmundo callejón, hubo otro ruido de cascos. Damen se vio obligado a contener una risa de incredulidad al recordar a la segunda mitad de la patrulla, que llegaba ahora, haciendo un floreo innecesario. Lo cierto era que ni siquiera Kastor había enviado tantos hombres contra él.

—¡Esperad! —llamó una voz.

Y, a la luz del amanecer, vio que los hombres que frenaban a sus caballos no vestían las capas rojas de la Guardia del Regente; iban ataviados de azul y dorado.

—Son los cachorros de la perra —dijo el soldado jefe con total desprecio.

Tres guardias del príncipe habían obligado a sus caballos a atravesar el bloqueo improvisado hasta el interior del callejón abarrotado. Damen llegó a reconocer a dos de ellos: Jord, al frente, en un bayo castrado; y detrás de él la figura de Orlant, más grande.

—Tienes algo que nos pertenece —dijo Jord.

—¿El traidor? —preguntó el soldado al mando—. No tenéis derechos aquí. Salid ahora y os dejaré volver pacíficamente.

—No somos hombres de paz —contestó Jord. Su espada estaba desenvainada—. No nos marcharemos sin el esclavo.

—¿Desafiaríais las órdenes del Consejo? —preguntó el soldado de la Guardia del Regente.

Este, a pie, quedó en la posición nada envidiable de enfrentarse a tres jinetes. Era un pequeño callejón y Jord había sacado la espada. Detrás de él, los números de guardias rojos y azules eran prácticamente idénticos. Pero el jefe de la Guardia del Regente no parecía intimidado.

—Desenvainar un arma contra la Guardia del Regente constituye un acto de traición.

En respuesta, y con desprecio despreocupado, Orlant sacó su espada. Al instante, el metal brilló entre las tropas tras él. Las ballestas se tensaron a ambos lados. Nadie respiraba.

Jord dijo:

—El príncipe está ante el Consejo. Tus órdenes son de hace una hora. Mata al esclavo y serás el próximo en perder la cabeza.

—Eso es mentira —respondió el soldado al mando.

Jord retiró algo de los pliegues de su uniforme y lo agitó. Era un medallón de consejero. Oscilaba en su cadena a la luz de las antorchas y emitía un fulgor dorado, como una estrella.

Se hizo el silencio y Jord preguntó:

—¿Quieres apostar?

—Debes de ser un polvo sensacional —dijo Orlant poco antes de empujar a Damen al interior de la sala de audiencias donde Laurent estaba solo, frente al regente y el Consejo.

Era la misma escena de la última vez, con el regente en el trono y el Consejo ataviado formalmente y dispuesto de forma extraordinaria a su lado; la única excepción es que no había cortesanos apiñados en la sala. Únicamente estaba Laurent, solo, encarándolos. De inmediato, Damen buscó al consejero que no llevaba su medallón. Era Herode.

Otro empujón. Las rodillas de Damen alcanzaron la alfombra, roja como las capas de la Guardia del Regente. Estaba bien cerca de una parte del tapiz donde un jabalí era lanceado bajo un granado repleto de frutos.

Levantó la vista.

—Mi sobrino te ha defendido de manera muy persuasiva —dijo el regente. Y, luego, haciéndose eco de las palabras de Orlant de forma extraña, añadió—. Debes de tener un encanto oculto. Tal vez sea tu físico lo que encuentra tan atractivo. ¿O tienes otros talentos?

Laurent contestó con una voz fría y calmada:

—¿Sugerís que lleve al esclavo a mi cama? Es indignante… No es más que un soldado bruto del ejército de Kastor.

El príncipe había asumido, una vez más, su insoportable autocontrol y estaba vestido para una audiencia formal. No parecía lánguido, ni tenía los ojos somnolientos ni la cabeza apoyada contra la pared, como Damen lo había visto por última vez. El puñado de horas que habían transcurrido desde la fuga de Damen habían bastado para que los efectos de la droga hubiesen desaparecido. Probablemente. Aunque, por supuesto, no había forma de saber cuánto tiempo había estado Laurent en aquella sala, discutiendo con el Consejo.

—¿Solo un soldado? Y aun así, has descrito la extraña circunstancia en la que tres hombres han invadido tus aposentos para atacarlo —respondió el regente.

Miró a Damen brevemente.

—Si no se acuesta contigo, ¿qué estaba haciendo en tus aposentos tan tarde en la noche?

La temperatura, ya fría, cayó pronunciadamente.

—No me acuesto en el sudor nauseabundo de los hombres akielenses —dijo el príncipe.

—Laurent, si ha habido un ataque akielense contra tu persona que estás escondiendo por alguna razón, debemos descubrirlo y lo haremos. La pregunta es seria.

—Así como lo es mi respuesta. No sé cómo este interrogatorio ha llegado a mi cama. ¿Puedo preguntar adónde nos llevará después?

Los pesados pliegues de una túnica ceremonial envolvían el trono donde se sentaba el regente. Con la curva de un dedo, acarició su barbuda mandíbula. Volvió a mirar a Damen, antes de volver su atención a su sobrino.

—No serías el primer joven en verse a merced del entusiasmo que desata una nueva pasión. La inexperiencia a menudo confunde la cama con el amor. El esclavo podría haberte convencido de que nos mientas por él, aprovechando tu inocencia.

—Aprovechando mi inocencia —bufó Laurent.

—Todos hemos visto que lo favoreces. Lo has sentado a tu lado en la mesa. Lo has alimentado con tus propias manos. De hecho, apenas se te ha visto sin él en los últimos días.

—Ayer lo maltraté, hoy muero por caer en sus brazos. Preferiría que las acusaciones contra mí fuesen consistentes. Escoged una.

—No necesito elegir una, sobrino. Tienes una gran variedad de vicios, y la inconsistencia es el mayor de ellos.

—Sí, al parecer he follado con mi enemigo, conspirado contra mis intereses futuros y planeado mi propio asesinato. Ardo en deseos de saber qué proezas realizaré a continuación.

Solo con mirar a los consejeros se hacía evidente que aquella entrevista estaba durando demasiado. Los más viejos, arrancados de sus camas, mostraban señales de cansancio.

—Aun así, el esclavo ha huido —contestó el regente.

—¿Vamos a volver a eso? —espetó Laurent—. No me han agredido. Si cuatro hombres armados me hubiesen atacado, ¿de verdad creéis que habría sobrevivido y matado a tres de ellos? El esclavo huyó por una razón no más espantosa que la de que es difícil y rebelde. Creo que he mencionado su naturaleza intratable ante vos antes. También elegisteis no creerme en esa ocasión.

—No es una cuestión de creer o no. Tu defensa del esclavo me incomoda. No es propio de ti. Hablas de una conexión fuera de lo común. Si te ha llevado a simpatizar con fuerzas ajenas a tu propio país…

—¿Simpatizar con Akielos?

La repulsa fría con la que Laurent pronunció las palabras fue más persuasiva que cualquier explosión de indignación. Uno o dos consejeros se removieron en sus asientos.

Herode dijo con torpeza:

—Creo que difícilmente podría ser acusado de eso, no cuando su padre y su hermano…

—Nadie —lo interrumpió el príncipe— tiene más razones para oponerse a Akielos que yo. Si el esclavo obsequiado por Kastor me hubiera atacado, sería motivo de guerra. Me haría muy feliz. Estoy aquí por una única razón: la verdad. Lo habéis oído. No discutiré más. El esclavo es inocente o es culpable. Decidid.

—Antes de que decidamos —contestó el regente—, tendrás que responder a eso: si tu oposición a Akielos es auténtica, como tú afirmas, si no hay ninguna colusión, ¿por qué te niegas continuamente a servir en la frontera, en Delfeur? Creo que, si fueras tan leal como dices, tomarías tu espada, reunirías la escasa honra que todavía conservas y cumplirías con tu deber.

—Yo… —empezó Laurent.

El regente se recostó en el trono, extendió la palma de las manos sobre la oscura madera tallada de los brazos curvados y esperó.

—Yo… no veo razón para eso…

Audin comentó:

—Se contradice.

—Pero eso puede resolverse fácilmente —respondió Guion. Detrás de él, hubo uno o dos murmullos de asentimiento. El consejero Herode asintió con la cabeza lentamente.

Laurent recorrió con la mirada a todos los miembros del Consejo.

Cualquiera que evaluase la situación en aquel momento habría visto cuán precaria era. Los consejeros desconfiaban de su argumento y estaban dispuestos a aceptar cualquier solución que ofreciera el regente, por artificial que pareciera.

Laurent solo tenía dos opciones: recibir su censura por continuar con una discusión complicada envuelta en acusaciones y fracaso o aceptar servir en la frontera y obtener lo que quería.

Más que eso, era tarde, y siendo la naturaleza humana como era, si el príncipe no aceptaba la oferta de su tío, los consejeros podrían volverse contra él solo por alargar aquello todavía más. Y, además, la lealtad de Laurent estaba en duda ahora.

—Tenéis razón, tío. Evitar mis responsabilidades os ha llevado comprensiblemente a dudar de mi palabra. Iré a Delfeur y cumpliré con mi deber en la frontera. No me gusta la idea de que se cuestione mi lealtad.

El regente extendió las manos en un gesto de satisfacción.

—Esa respuesta debe complacer a todos —contestó el regente.

Recibió la aprobación del Consejo, cinco afirmaciones verbales, una tras otra, después de lo cual miró a Damen y dijo:

—Creo que podemos absolver al esclavo, sin más preguntas sobre lealtad.

—Me someto a vuestro juicio humildemente, tío —dijo Laurent—. Y al juicio del Consejo.

—Liberad al esclavo —ordenó el regente.

Damen sintió unas manos alrededor de sus muñecas, que desataban la cuerda. Era Orlant, que había permanecido detrás de él todo ese tiempo. Sus movimientos fueron bruscos.

—Listo. Está hecho. Ven —dijo el regente a Laurent, extendiendo su mano derecha. En el dedo meñique llevaba el anillo real, de oro y coronado por una piedra roja: un rubí o un granate.

Laurent se acercó y se arrodilló ante él elegantemente, con una única rótula tocando el suelo.

—Bésalo —dijo el regente, y el príncipe bajó la cabeza en obediencia para besar el anillo de su tío.

Su lenguaje corporal reflejaba tranquilidad y respeto; la caída de su cabello dorado escondía su expresión. Sus labios tocaron el núcleo rojo y duro de la gema sin prisa y, luego, se apartaron. No se levantó. El regente lo miró.

Al cabo de un momento, Damen vio que la mano del regente se alzaba de nuevo para descansar en el cabello de Laurent y acariciarlo con un afecto lento y familiar. Laurent permaneció absolutamente inmóvil, con la cabeza inclinada, mientras su tío le apartaba finos hilos de oro del rostro con sus dedos anillados.

—Laurent, ¿por qué siempre tienes que desafiarme? Odio que estemos en desacuerdo y, aun así, me obligas a reprenderte. Pareces decidido a destruirlo todo a tu paso. Se te bendice con presentes y tú los derrochas. Recibes oportunidades y las desperdicias. Odio ver que has crecido y te has convertido en alguien así cuando eras un muchacho tan adorable…

Capítulo doce

EL EXTRAÑO MOMENTO DE afecto de tío y sobrino terminó la reunión y el regente y el Consejo abandonaron la sala. Laurent permaneció allí y se levantó del suelo mientras observaba a su tío y a los consejeros retirarse. Orlant, que había hecho una reverencia después de liberar a Damen de sus ataduras, también se había marchado. Estaban solos.

Damen se levantó sin pensar. Recordó después de uno o dos segundos que debía esperar algún tipo de orden de Laurent, pero ya era demasiado tarde. Estaba de pie, y las palabras salieron de su boca.

—Habéis mentido a vuestro tío para protegerme —dijo.

Había casi dos metros de alfombra tapizada entre ellos. Él no tuvo la intención de decir lo que el tono de su voz indicaba. O tal vez sí. Los ojos de Laurent se estrecharon.

—¿He ofendido una vez más tus elevados principios? Tal vez puedas sugerir una tregua más respetable. Me parece recordar que te dije que no te fueses.

Damen oía, en la distancia, la sorpresa que reflejaba su propia voz.

—No entiendo por qué habéis hecho esto para ayudarme, cuando decir la verdad os habría servido mucho mejor.

—Si no te importa, creo que he oído demasiadas cosas sobre mi carácter esta noche. ¿O voy a tener que digladiar contigo también? Lo haré si debo.

—No, no quería decir…

¿Qué quería decir? Sabía lo que tenía que decir: debía darle las gracias por haberlo rescatado. Había estado muy cerca de escapar. La única razón por la que había sido descubierto era por Govart, que no sería su enemigo si no fuera por Laurent. Decir gracias significaría agradecerle haber sido arrastrado de vuelta a las cadenas y ataduras de aquella jaula que era el palacio. De nuevo.

Aun así, de manera inequívoca, Laurent le había salvado la vida. El príncipe y su tío eran prácticamente iguales el uno al otro cuando se trataba de brutalidad verbal sin derramar sangre. Simplemente escucharlos había

agotado a Damen. Se preguntó exactamente cuánto tiempo había resistido Laurent antes de que lo llevaran allí.

«No puedo protegerte en mi estado», había dicho Laurent. Damen no había pensado en a qué protección se refería, pero jamás habría imaginado que Laurent entraría en la arena para defenderlo… Y que permanecería allí.

—Quería decir… que os agradez…

Laurent lo interrumpió.

—No hay nada más entre nosotros, sin duda no agradecimientos. No esperes bondades futuras de mi parte. Nuestra deuda está pagada.

Pero el leve ceño fruncido con que Laurent observaba a Damen no era del todo hostil; lo acompañaba una larga mirada curiosa. Al cabo de un momento, añadió:

—Hablaba en serio cuando te he dicho que no me gustaba sentirme en deuda contigo. —Y, luego, dijo—: Tenías muchas menos razones para ayudarme que yo para ayudarte.

—Eso sin duda es cierto.

—No tienes pelos en la lengua, ¿eh? —preguntó el príncipe, todavía con el ceño fruncido—. Un hombre más astuto se habría quedado y beneficiado fomentando el sentimiento de obligación y culpa en su amo.

—No sabía que teníais sentimiento de culpa —respondió Damen, sin rodeos.

Laurent esbozó una ligera media sonrisa. Se apartó unos pasos de Damen, tocando el trabajado brazo del trono con la punta de los dedos. Y, luego, se sentó en una postura relajada y poco elegante.

—Bueno, anímate. Me iré a Delfeur y nos libraremos el uno del otro.

—¿Por qué la idea de servir en la frontera os incomoda tanto?

—Soy un cobarde, ¿recuerdas?

Damen pensó en eso.

—¿Ah, sí? No recuerdo haberos visto jamás huir de una pelea. Generalmente ha ocurrido justo lo contrario.

Su media sonrisa se ensanchó.

—Cierto.

—Entonces…

El príncipe espetó:

—No te concierne.

Otra pausa. En su posición relajada en el trono, Laurent parecía no tener huesos. Damen se preguntó, mientras el príncipe lo observaba, si la droga todavía permanecía en sus venas.

—¿Hasta dónde has llegado? —preguntó Laurent en un tono informal.

—No muy lejos. Hasta un burdel en algún lugar del barrio sur.

—¿Tanto tiempo hace de lo de Ancel?

Su mirada había adquirido un brillo perezoso. Damen se sonrojó.

—No estaba allí por placer. Tenía una o dos cosas más en mente.

—Una pena —comentó Laurent con tono indulgente—. Deberías haber aprovechado y disfrutado cuando tuviste la oportunidad. Voy a encerrarte y encadenarte con tanta firmeza que no vas a poder respirar, y mucho menos causarme otro inconveniente como este de nuevo.

—Por supuesto —contestó Damen con una voz diferente.

—Te dije que no deberías darme las gracias —respondió Laurent.

Y lo llevaron de vuelta a su habitación pequeña, familiar y excesivamente decorada.

Había sido una noche larga y en vela, y tenía un camastro y cojines para descansar, pero había una sensación en su pecho que le impedía dormir. Al mirar sus aposentos, la sensación se intensificó. Había dos ventanas arqueadas en la pared a su izquierda, con un alféizar ancho y bajo y cubiertas con rejas trabajadas. Daban a los mismos jardines que la logia de Laurent; esto lo sabía por la posición de sus aposentos en relación con los de Laurent, no gracias a su observación personal. Su cadena no se estiraba lo bastante como para permitirle disfrutar de las vistas. Se imaginaba el agua en movimiento y las plantas frescas que caracterizaban los patios interiores verecianos. Pero no los veía.

Ya conocía cuanto veía. Conocía cada centímetro de aquel cuarto, cada curva del techo, la curva de cada hoja de la reja de la ventana. Conocía la pared de enfrente. Conocía el eslabón de hierro inamovible del suelo, la fuerza de la cadena y su peso. Conocía la decimosegunda loseta que marcaba el límite de sus movimientos cuando la cadena se estiraba. Todos los días habían sido exactamente iguales desde su llegada; solo había cambiado el color de los cojines del camastro, que aparecían y desaparecían como si hubiera un suministro infinito.

Hacia media mañana, un criado entró con el refrigerio matutino. Dejó a Damen con él y salió a toda prisa. Las puertas se cerraron.

Estaba solo. El delicado plato contenía quesos, rebanadas de panes calientes, un puñado de cerezas silvestres en su propio plato de plata llano y un dulce con forma artística. Cada elemento era considerado y diseñado para que la exhibición de la comida, como todo lo demás, fuese bonita.

Lo arrojó al otro lado de la habitación con una expresión de violencia y furia total e impotente.

Se arrepintió de eso casi de inmediato. Cuando el sirviente volvió a entrar más tarde y comenzó a arrastrarse por los bordes de la habitación para recoger el queso con el rostro blanco por los nervios, se sintió ridículo.

Entonces, por supuesto, Radel entró en la estancia y vio el desorden. Encaró a Damen con una expresión familiar.

—Tira tanta comida como quieras. Nada va a cambiar. Mientras el príncipe esté en la frontera, no saldrás de aquí. Órdenes del príncipe. Te lavarás aquí, te vestirás aquí y permanecerás aquí. Las excursiones a los banquetes, las cacerías y los baños han terminado. No te soltarán de esa cadena.

Mientras el príncipe estuviese en la frontera. Damen cerró los ojos brevemente.

—¿Cuándo se marcha?

—En dos días.

—¿Cuánto tiempo estará fuera?

—Varios meses.

Era una información secundaria para Radel, quien dijo las palabras ajeno al efecto que tenían en Damen. Radel dejó caer una pequeña pila de ropa en el suelo.

—Cámbiate.

Damen debió de mostrar alguna reacción en su expresión, porque Radel continuó:

—Al príncipe no le gusta que lleves prendas verecianas. Ordenó que la ofensa se remediara. Son ropas para hombres civilizados.

Se cambió. Recogió la pequeña pila de ropa doblada que Radel había tirado, aunque no es que hubiera mucha tela para doblar. Vestiría de nuevo ropa de esclavos. La vestimenta vereciana en la que había escapado fue retirada por los sirvientes como si nunca hubiera existido.

El tiempo pasó de forma insoportable.

Aquella breve vislumbre de libertad le hizo ansiar el mundo fuera de palacio. También era consciente de una frustración ilógica: había creído que su huida acabaría en la libertad o en la muerte; el resultado marcaría una diferencia. Sin embargo, ahora estaba de vuelta allí.

¿Cómo era posible que todos los sucesos fantásticos de la noche anterior no hubiesen provocado ninguna alteración en absoluto en su situación?

La idea de estar preso en el interior de aquel cuarto durante varios meses…

Tal vez era natural que, atrapado como una mosca en aquella telaraña, su mente se fijara en Laurent y en su cerebro arácnido bajo el cabello rubio. La noche anterior, Damen no había pensado mucho en el príncipe ni en la conspiración para acabar con él. Estaba demasiado ocupado pensando en la fuga; no había tenido ni tiempo ni ganas para reflexionar sobre traiciones verecianas.

Pero ahora estaba solo, sin nada en qué pensar aparte de en el extraño y sangriento ataque.

Y así, mientras el sol ascendía en su camino de la mañana a la tarde, recordó a los tres hombres, con sus voces verecianas y sus cuchillos akielenses. Laurent había dicho que esos tres hombres lo habían atacado a él. No tenía razón para mentir; ¿por qué negar que había sido atacado? Eso ayudaba al autor del crimen.

Recordó el corte calculado de Laurent con el puñal y la lucha que siguió, su cuerpo duro, oponiendo resistencia, y su respiración acelerada debido a la droga. Había maneras más fáciles de matar a un príncipe.

Tres hombres armados con armas de Sicyon. Habían llevado al esclavo akielense, un presente, para cargar con la culpa. La droga, la violación planeada… Recordó a Laurent golpeando y hablando. Y mintiendo y matando.

Entonces, lo entendió.

Por un momento, sintió que el suelo se deslizaba bajo sus pies, que el mundo se reorganizaba.

Era simple y evidente. Algo que debería haber visto de inmediato; lo habría visto de no haber estado cegado por la necesidad de huir. Se desplegaba ante él, sombrío y consumado por el empeño y las intenciones.

No había forma de salir de aquella habitación, por lo que tuvo que esperar, esperar y esperar, hasta que le trajeran la próxima maravillosa bandeja de comida. Agradeció mucho que el criado silencioso estuviese acompañado por Radel.

—Tengo que hablar con el príncipe —dijo Damen.

La última vez que había hecho una petición como esa, Laurent apareció rápidamente, ataviado con prendas cortesanas y el cabello cepillado. Damen no esperaba menos ahora, en unas circunstancias tan urgentes, y se levantó del camastro cuando alguien abrió la puerta menos de una hora después.

El regente entró en sus aposentos solo y ordenó a los guardias que se marchasen.

Entró con el paso lento de un lord que pasea por sus tierras. Esa vez, no había consejeros, ningún séquito, ninguna ceremonia. Ofrecía una abrumadora imagen de autoridad; el regente tenía una presencia física imponente y sus hombros vestían bien las túnicas. Los cabellos entrecanos de su oscuro pelo y su barba daban fe de su experiencia. Él no era Laurent, sentado perezosamente en el trono. Junto a su sobrino, era como un caballo de batalla al lado de un poni de circo.

Damen hizo una reverencia.

—Alteza —dijo.

—Eres un hombre. De pie —dijo el regente.

Se incorporó lentamente.

—Debes de estar aliviado con la marcha de mi sobrino, ¿no? —comentó el regente. Aquella no era una buena pregunta para responder.

—Estoy seguro de que honrará a su país —contestó Damen.

El regente lo miró.

—Eres muy diplomático. Para ser un soldado.

Damen inspiró hondo para controlarse. En aquella altitud, costaba respirar.

—Alteza —dijo de modo sumiso.

—Espero una respuesta de verdad —respondió el regente.

Damen hizo un intento.

—Estoy… contento de que cumpla con su deber. Un príncipe debe aprender a liderar a los hombres antes de convertirse en rey.

El regente consideró sus palabras.

—Mi sobrino es un caso difícil. La mayoría de las personas imagina que el liderazgo es una cualidad que corre naturalmente en la sangre del heredero de un rey, no algo que debe forzarse contra una naturaleza defectuosa. Pero al fin y al cabo, Laurent era el benjamín.

«Y tú también», pensó de repente Damen. El regente hacía que Laurent pareciese una especie de calentamiento. No estaba allí para intercambiar opiniones, independientemente de lo que pudiese parecer. Era algo extraño e insólito que un hombre de su posición visitara a un esclavo.

—¿Por qué no me cuentas lo que ocurrió anoche? —preguntó el regente.

—Su alteza ya ha escuchado la versión de los hechos de su sobrino.

—Tal vez, en la confusión, hubo algo que mi sobrino no entendiera bien u olvidase —dijo el regente—. Al contrario que tú, no está acostumbrado a

luchar.

Damen guardaba silencio, aunque la voluntad de hablar lo empujase como una corriente submarina.

—Sé que tu primer instinto es ser honesto —continuó el regente—. No recibirás castigo por ello.

—Yo… —empezó a decir Damen.

Hubo un movimiento en la puerta. Damen dirigió la vista hacia la entrada, con una sorpresa que casi lo delató.

—Tío —dijo el príncipe.

—Laurent.

—¿Os traéis algo entre manos con mi esclavo?

—No, ningún asunto. Solo he venido por curiosidad.

Laurent se adelantó con la deliberación y el desinterés de un gato. Era imposible decir cuánto había escuchado de su conversación.

—No es mi amante —dijo Laurent.

—No tengo curiosidad por lo que haces en la cama —contestó su tío—. Sino por lo que sucedió en tus aposentos anoche.

—¿No habíamos resuelto eso ya?

—A medias. Nunca oímos el relato del esclavo.

—Claro —contestó Laurent—. No valoraréis la palabra de un esclavo por encima de la mía, ¿no?

—¿No? —preguntó el regente—. Hasta tu tono de sorpresa es fingido. Tu hermano sí era digno de confianza, en cambio tu palabra no vale nada. Pero puedes estar tranquilo. El relato del esclavo coincide con el tuyo, en la medida de lo posible.

—¿Pensabais que había alguna trama más profunda? —contestó Laurent.

Se miraron el uno al otro. El regente añadió:

—Solo espero que tu tiempo en la frontera te ayude a mejorar y a centrarte. Espero que aprendas lo que necesitas para ser líder de otros hombres. No sé qué más puedo enseñarte.

—Seguís ofreciéndome múltiples oportunidades para perfeccionarme. Enseñadme a agradecéroslo.

Damen esperó a que el regente respondiera, pero permaneció en silencio, con los ojos puestos en su sobrino.

Entonces, el príncipe preguntó:

—¿Vendréis a despedirme mañana, tío?

—Sabes que sí.

—¿Y bien? —preguntó Laurent después de que su tío se marchara. El príncipe tenía su firme mirada azul puesta en él—. Si me pides que rescate a un gatito de lo alto de un árbol, me negaré.

—No tengo nada que pediros. Solo quería hablar con vos.

—¿Una despedida afectuosa?

—Sé lo que sucedió anoche —dijo Damen.

Laurent indagó:

—¿Lo sabes?

Era el tono que usaba con su tío. Damen respiró hondo.

—Vos también. Matasteis al superviviente antes de que pudiera ser interrogado.

Laurent se dirigió a la ventana, se sentó y se acomodó en el alféizar, como si montase a caballo de lado. Deslizó los dedos de una mano perezosamente sobre la reja ornamentada que cubría la ventana. La última luz del día caía sobre su cabello y su cara en forma de monedas brillantes, creadas por las aberturas de la celosía. El príncipe miró a Damen.

—Sí —reconoció.

—Matasteis a aquel hombre porque no queríais que lo interrogaran. Sabíais lo que iba a decir y no queríais que lo dijese.

—Sí —repitió al cabo de un momento.

—Imagino que iba a decir que Kastor lo envió.

El chivo expiatorio era akielense, al igual que las armas: cada detalle había sido cuidadosamente organizado para culpar a los vecinos del sur. Por verosimilitud, a los asesinos también se les habría dicho que eran agentes de Akielos.

—Es mejor para Kastor tener a un amigo en el trono que a un príncipe que odia Akielos —dijo Laurent.

—Solo que Kastor no puede permitirse el lujo de una guerra ahora mismo, no sin el apoyo de los kyroi. Si él os quisiera muerto, lo haría en secreto. Nunca enviaría asesinos así, armados toscamente con armas akielenses y anunciando su origen. Kastor no contrató a esos hombres.

—No —coincidió el príncipe.

Lo sabía, pero oírlo era otra cuestión, y la confirmación fue una sorpresa. En el calor vespertino, Damen sintió frío.

—Entonces… el objetivo era iniciar un conflicto —dijo—. Una confesión como esa… Si vuestro tío la oyese, no tendría más remedio que tomar represalias. Si os hubieran encontrado… —«Violado por un esclavo

akielense, asesinado por puñales akielenses», pensó—. Alguien intenta provocar una guerra entre Akielos y Vere.

—Es un plan admirable —contestó Laurent con voz distante—. Es el momento perfecto para atacar Akielos. Kastor está lidiando con problemas entre las facciones de los kyroi. Damianos, que cambió el rumbo de la batalla de Marlas, está muerto. Y toda Vere se alzaría contra un bastardo, especialmente contra uno que hubiese matado a un príncipe vereciano. Si mi asesinato no fuese el catalizador, sería un plan que tendría todo mi apoyo.

Damen lo miró con el estómago revuelto por la repulsión que sintió al oír aquellas palabras despreocupadas. Las ignoró; desdeñó los tonos finales y melosos de lamento.

Porque Laurent estaba en lo cierto: era el momento perfecto. Si Vere atacase con ímpetu a un Akielos fracturado y en conflicto, su país caería. Además, las provincias del norte eran las más inestables —Delpha y Sicyon —, las mismas provincias que estaban más cerca de la frontera vereciana. Akielos era una poderosa fuerza militar cuando los kyroi estaban unidos bajo un único rey, pero si ese lazo se disolvía, no era más que una colección de ciudades estado con ejércitos provincianos, ninguna de las cuales podría resistir un ataque vereciano.

En su mente, vio el futuro: una larga fila de tropas verecianas dirigiéndose al sur, las provincias de Akielos cayendo una a una… Vio a los soldados verecianos entrando en el palacio de Ios y oyó las voces verecianas que resonaban en el salón de su padre.

Miró a Laurent.

—Vuestro bienestar depende de esa conspiración. ¿No os gustaría verla interrumpida, ni siquiera por vuestro propio bien?

—La he interrumpido —contestó Laurent. La férrea mirada azul del príncipe descansaba sobre él.

—¿No podéis dejar a un lado vuestras rencillas familiares y hablar honestamente con vuestro tío?

Sintió la sorpresa de Laurent en el aire. En el exterior, la luz empezaba a brillar con un tono anaranjado.

—No creo que sea prudente —contestó Laurent.

—¿Por qué no?

—Porque el asesino es mi tío.

Capítulo trece

—PERO SI ESO ES cierto… —comenzó a decir Damen.

Era cierto; y de algún modo no era ni siquiera una sorpresa, sino una verdad que había crecido durante algún tiempo en los bordes de su conciencia y que ahora veía con detalle. Pensó: dos tronos por el precio de algunas espadas contratadas y una dosis de droga del placer. Recordó a Nicaise, en el pasillo con sus enormes ojos azules y vestido con ropa de cama.

—No podéis ir a Delfeur —dijo Damen—. Es una trampa mortal.

En el momento en que lo dijo, comprendió que Laurent siempre lo había sabido. Recordó al príncipe evitando repetidas veces el deber en la frontera.

—Perdóname si no tomo el consejo táctico de un esclavo pocos momentos después de ser arrastrado de vuelta a palacio tras haber intentado fugarse.

—No podéis ir. No es solo cuestión de permanecer vivo. Renunciaréis al trono en el momento en que pongáis los pies fuera de la ciudad. Vuestro tío controlará la capital. Ya ha… —Al recordar las acciones del regente, Damen vio la serie de movimientos que habían llevado a aquel momento, cada uno ejecutado con precisión y con gran anticipación—. Ya ha cortado vuestra línea de suministro al quitaros Varenne y Marche. No tenéis ni dinero ni tropas.

Entonces, cayó en la cuenta. Ahora estaba claro por qué Laurent se había esforzado por exonerar a su esclavo y ocultar el ataque. Si se declaraba la guerra, la esperanza de vida del príncipe sería incluso más corta de lo que sería en Delfeur. Cabalgar hasta la frontera con una compañía de hombres de su tío era una locura.

—¿Por qué lo hacéis? ¿Es un movimiento forzado? ¿No se os ocurre una forma de negaros a ir? —Damen examinó el rostro de Laurent—. ¿Vuestra reputación es tan terrible que creéis que el Consejo pondrá a vuestro tío en el trono a menos que demostréis vuestra valía en la frontera?

—No sigas, pues no te lo permitiré —contestó Laurent.

—Llevadme con vos a Delfeur.

—No.

—Akielos es mi país. ¿Creéis que quiero que sea invadido por las tropas de vuestro tío? Haré todo lo que esté a mi alcance para evitar la guerra. Llevadme con vos. Necesitaréis a alguien en quien confiar.

Casi se estremeció al pronunciar esas últimas palabras y se arrepintió de inmediato. Laurent le había pedido confianza la noche anterior, y Damen prácticamente le había escupido en la cara. Recibiría el mismo trato.

Laurent solo le ofreció una mirada vaga y curiosa.

—¿Por qué iba a necesitar eso?

Damen lo miró fijamente, de repente consciente de que si preguntaba «¿Creéis que podéis lidiar con intentos de asesinato, el mando de las tropas y con los trucos y trampas de vuestro tío vos solo?», la respuesta sería sí.

—Habría imaginado —dijo Laurent— que a un soldado como tú le haría muy feliz ver a Kastor destronado, después de todo lo que te ha hecho. ¿Por qué no mostrar tu apoyo a la regencia contra él, y contra mí? Estoy seguro de que mi tío te abordó para que espiaras para él y que la oferta que te hizo era generosa.

—Sí. —Damen se acordó del banquete—. Me pidió que me acostase con vos y que se lo contase después. —Entonces, añadió con franqueza—: No con esas palabras.

—¿Y tu respuesta cuál fue?

Eso lo irritó injustificadamente.

—Si me hubiese acostado con vos, lo sabríais.

Se hizo una pausa peligrosa y Laurent entrecerró los ojos. Al cabo de unos instantes, respondió:

—Sí. La forma en que agarraste a tu compañero y le abriste a la fuerza las piernas no se me va de la memoria.

—Eso no es… —Damen apretó los dientes; no estaba de humor para verse involucrado en una de aquellas discusiones exasperantes con Laurent—. Puedo daros ventaja. Conozco la región. Haré lo que sea necesario para detener a vuestro tío. —Fijó los ojos en la impersonal mirada azul del príncipe—. Os he ayudado antes. Puedo hacerlo de nuevo. Usadme como queráis. Solo… llevadme con vos.

—¿Estás ansioso por ayudarme? ¿El hecho de que viajaremos en dirección a Akielos no tiene nada que ver con tu petición?

Damen se sonrojó.

—Habrá una persona más entre vos y vuestro tío. ¿No es eso lo que queréis?

—Mi querido bruto —dijo Laurent—, quiero que te pudras aquí.

Damen oyó el sonido metálico de los eslabones de la cadena antes de darse cuenta de que había tirado de sus grilletes. Aquellas fueron las palabras de despedida de Laurent, pronunciadas con placer. Laurent se volvió hacia la puerta.

—¡No podéis dejarme aquí mientras vos os dirigís a la trampa de vuestro tío! No solo está en juego vuestra vida —contestó con dureza, invadido por la frustración.

No tuvo ningún efecto; no consiguió impedir que Laurent se marchase. Damen maldijo.

—¿Tan seguro estáis de vos? —gritó—. Creo que si pudierais vencer a vuestro tío por vuestra cuenta, ¡ya lo habríais hecho!

Laurent se detuvo en la puerta. Damen observó los cabellos rubios que le rodeaban la cabeza, la línea recta que formaban su espalda y sus hombros. Pero el príncipe no se volvió para mirarlo; la vacilación solo duró un instante. Entonces, atravesó la puerta.

Damen se quedó solo y dio un último y doloroso tirón a sus cadenas.

Los aposentos del príncipe se llenaron con los sonidos de los preparativos; los pasillos estaban llenos de vida, los hombres pisoteaban de un lado a otro el delicado jardín de abajo. No era sencillo organizar una expedición armada en dos días. Había actividad por todas partes.

Por todas partes menos allí, en los aposentos de Damen, donde lo único que sabía sobre la misión llegaba a través de los ruidos del exterior.

Laurent se iría al día siguiente. Laurent, el irritante e insufrible príncipe, se disponía a tomar el peor camino posible y no había nada que Damen pudiera hacer para detenerlo.

Era imposible adivinar los planes del regente. Damen realmente no entendía por qué había esperado tanto para actuar contra su sobrino. ¿Era Laurent simplemente afortunado de que las ambiciones del regente abarcasen dos reinos? El regente podría haberse librado de su sobrino años antes; no habría tenido prácticamente ningún problema en hacerlo. Era más fácil echar las culpas de la muerte de un niño a la fortuna que hacerlo con la de un joven a punto de ascender al trono. Damen no veía ninguna razón por la cual Laurent había escapado de ese destino. Tal vez la lealtad familiar hubiese detenido al regente… hasta que Laurent creció y se convirtió en un joven ponzoñoso, de naturaleza astuta e incapaz de reinar. De ser así, Damen sentiría cierta empatía con el hombre: Laurent suscitaba tendencias homicidas con el mero hecho de respirar.

Aquella era una familia de víboras. Entonces, pensó que Kastor no tenía idea de lo que había al otro lado de la frontera. Su hermano había aceptado una alianza con Vere. Estaba vulnerable y mal equipado para librar una guerra; los eslabones de la unión de su propio país mostraban fisuras sobre las cuales una potencia extranjera solo tenía que ejercer presión.

El regente debía ser detenido. Akielos necesitaba unirse y, para eso, Laurent debía sobrevivir. Era imposible. Preso allí, Damen no podía actuar. Y cualquier perspicacia que Laurent tuviese era neutralizada por la arrogancia que le impedía comprender que su tío lo derrotaría en cuanto dejase la capital para recorrer los campos.

¿Acaso Laurent creía que podía hacerlo solo? Necesitaría todas las armas a su disposición para realizar ese recorrido con vida. Sin embargo, Damen no había conseguido convencerlo de eso. Tomó conciencia, aunque no por primera vez, de una incapacidad fundamental para comunicarse con Laurent. No era solo por el hecho de que hablaba en una lengua extranjera. Era como si el príncipe fuera una especie de animal completamente diferente. Solo albergaba la estúpida esperanza de que, de algún modo, cambiase de opinión.

El sol se deslizaba lentamente en el cielo y, en el cuarto cerrado de Damen, las sombras proyectadas por los muebles se movían en un semicírculo perezoso.

Sucedió en las horas previas al alba del día siguiente. Cuando se despertó, encontró sirvientes en su habitación, y a Radel, el supervisor que nunca dormía.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Alguna noticia del príncipe?

Se incorporó con un brazo apoyado en los cojines, aferrándose a la seda con un puño. Entonces, fue tratado con brutalidad antes de levantarse por completo. Las manos de los criados se cernieron sobre él y su instinto casi lo obligó a apartarlas de él, pero entonces advirtió que le estaban soltando los grilletes. Los extremos de la cadena cayeron con un tintineo metálico ahogado sobre los cojines.

—Sí. Cámbiate —contestó Radel, y tiró un fardo sin ceremonias en el suelo, a su lado, al igual que lo había hecho la noche anterior.

Damen sintió cómo el corazón le latía con fuerza mientras lo contemplaba.

Ropa vereciana.

Era un mensaje claro. Debido a la larga y prolongada frustración del último día casi era incapaz de asimilar aquello; no podía confiar. Se agachó lentamente para recoger la ropa. Los pantalones se parecían a los que había

encontrado en la arena de entrenamiento, pero eran suaves y elegantes, de una calidad muy superior a la del par raído con que se había vestido apresuradamente la noche del intento de fuga. La camisa era de su talla. Las botas parecían de montar.

Volvió a mirar a Radel.

—¿Y bien? Cámbiate —ordenó el supervisor.

Se llevó una mano al fajín de la cintura y sintió que esbozaba una ligera sonrisa cuando Radel desvió la mirada con torpeza.

El hombre solo lo interrumpió una vez:

—No, así no.

Y apartó las manos de él, haciendo un gesto para que un sirviente se acercara y volviese a atarle un estúpido trozo de encaje.

—¿Vamos a…? —comenzó a decir Damen cuando el último cordón estuvo atado tal y como Radel quería.

—El príncipe ordenó que fueses llevado al patio vestido para montar. Recibirás el resto del equipamiento allí.

—¿El resto? —preguntó Damen con brusquedad. Se miró a sí mismo. Ya vestía más ropa de la que había usado en cualquier momento desde su captura en Akielos.

Radel no respondió; se limitó a hacer un gesto brusco para que lo siguiera.

Al cabo de un momento, Damen obedeció y se sintió extraño debido a la ausencia de grilletes.

«¿El resto?», se preguntó. No pensó mucho en eso mientras seguían por el palacio y emergieron a un patio exterior cerca de los establos. Aunque lo hubiera hecho, no habría recibido ninguna respuesta. Era tan improbable que simplemente no se le ocurrió, hasta que lo vio con sus propios ojos, e incluso entonces, casi no dio crédito. Estuvo a punto de echarse a reír. El criado que se acercó para recibirlo tenía los brazos llenos de cueros, correas, hebillas y algunas piezas de cuero curtido más grandes. La mayor de todas era un peto.

Aquello era una armadura.

El patio junto a los establos se llenó con la actividad de sirvientes y armeros, mozos de cuadra y pajes, gritos de órdenes y los sonidos metálicos de sillas y arreos. Estos sonidos se veían interrumpidos por las respiraciones equinas y el impacto ocasional de un casco contra el pavimento.

Damen reconoció varias caras. Allí estaban los hombres que lo habían vigilado durante su confinamiento, en parejas de expresión pétrea. Estaba el galeno que le había curado la espalda, ahora sin las ropas que le llegaban al

suelo y vestido para montar. También Jord, que había agitado el medallón de Herode en el callejón y le había salvado la vida. Vio a un criado que le resultaba familiar agachado de forma arriesgada bajo la barriga de un caballo realizando alguna tarea y, al otro lado del patio, captó la vislumbre de un hombre con un bigote negro al que reconocía de la cacería; era el criador de caballos.

El aire que soplaba antes del amanecer era frío, aunque luego sería más cálido. La estación estaba dando paso de la primavera al verano: era una buena época para una campaña. En el sur, por supuesto, el clima sería más cálido. Dobló los dedos y estiró deliberadamente la espalda, dejando que la sensación de libertad penetrase en él; una poderosa sensación física. No pensaba especialmente en huir. A fin de cuentas, estaría cabalgando con un contingente de hombres armados hasta los dientes y, además, ahora tenía otra prioridad urgente. Por ahora bastaba con estar sin grilletes y al aire libre. Pronto amanecería y el sol calentaría el cuero y la piel, y ellos se dispondrían a montar y a cabalgar.

Usaba una armadura ligera, con tanta decoración no esencial que parecía una propia de desfiles. El sirviente le dijo que sí, que se equiparían adecuadamente en Chastillon. Se colocó la armadura junto a las puertas del establo, cerca de una bomba de agua.

Ajustó la última hebilla. Luego, sorprendentemente, recibió un cinturón para la espada. Y aún más sorprendente: una espada para portarla en él.

Era una buena espada. Bajo los ornamentos, aquella también era una buena armadura, aunque no del tipo al que estaba acostumbrado. Parecía… extranjera. Tocó la estrella que llevaba al hombro. Iba vestido con los colores de Laurent y portaba su insignia. Era una sensación extraña. Nunca pensó que fuese a cabalgar bajo un estandarte vereciano.

Radel, que se había ido a hacer un recado, regresó y le dio una lista de órdenes.

Damen escuchó con parte de su mente. Sería un miembro funcional de la compañía. Estaría subordinado a su oficial inmediato, quien obedecía órdenes del capitán de la guardia, quien, a su vez, seguía el mandato del príncipe. Debía servir y obedecer como cualquier hombre. También tendría los deberes adicionales de un criado. En esa posición, estaría subordinado directamente al príncipe. Las obligaciones que se le describieron mezclaban las tareas de un soldado, un ayudante de campo y esclavo de cama: debía garantizar la seguridad del príncipe, cuidar de su confort personal y dormir en su tienda. Damen dirigió toda su atención a Radel.

—¿Dormir en su tienda?

—¿Dónde sino?

Se pasó una mano por el rostro. ¿Laurent había aceptado eso?

La lista continuaba. Dormir en su tienda, llevar sus mensajes, atender sus necesidades… Pagaría por cualquier libertad relativa con un período de cercanía forzada junto a Laurent.

Con la otra parte de su mente, Damen examinó la actividad que se desarrollaba en el patio. No era un grupo grande. Cuando observó más allá de la agitación, vio suministros para tal vez cincuenta hombres, armados hasta los dientes. Como máximo para setenta y cinco hombres ligeramente armados.

Los hombres a los que había reconocido pertenecían a la Guardia del Príncipe. La mayoría de ellos, por lo menos, sería leal. Pero no todos. Aquello era Vere. Damen inspiró hondo, soltó el aire y miró cada una de las caras, preguntándose cuál de ellas había sido convencida o coaccionada a trabajar para el regente.

La corrupción de aquel lugar había penetrado en sus huesos: estaba seguro de que habría una traición; lo único que tenía claro era de dónde vendría.

Pensó en lo que se necesitaría logísticamente para emboscar y masacrar a aquel número de hombres. No sería algo discreto, pero tampoco sería difícil. En absoluto.

—No puede ser que esto sea todo —dijo Damen a Jord, que se había acercado para echarse un poco de agua en la cara en una bomba cercana. Esa era su mayor preocupación: eran muy pocos hombres.

—No. Nos dirigimos a Chastillon a reunirnos con los hombres del regente apostados allí —contestó Jord—. Pero no te animes demasiado. No son muchos más.

—No los suficientes para luchar en una batalla de verdad. Pero sí para que los hombres del regente superen a los del príncipe en una razón de varios contra uno —aventuró Damen.

—Sí —contestó Jord, sin rodeos.

Observó la cara sudorosa de Jord, la posición de sus hombros. Se preguntó si la Guardia del Príncipe sabía en lo que se estaba metiendo: una traición absoluta en el peor de los casos y, en el mejor, meses en el camino, sujetos a las órdenes de los hombres del regente. La fina línea de la boca de Jord sugería que lo sabían.

Damen dijo:

—Te debo las gracias por la otra noche.

Jord lo miró con firmeza.

—Seguía órdenes. El príncipe te quería de vuelta con vida, del mismo modo que te quiere aquí. Solo espero que sepa lo que hace y que no esté, como dice el regente, distraído por la primera polla que prueba.

Al cabo de un largo rato, Damen respondió:

—Puedes pensar lo que quieras, pero no comparto cama con él.

No era una insinuación nueva. Damen no sabía a ciencia cierta por qué ahora le irritaba tanto. Tal vez debido a la velocidad increíble con que las especulaciones del regente se habían difundido desde la sala de audiencias hasta la guardia. Esa formulación parecía cosa de Orlant.

—No sé cómo le has hecho perder la cabeza, pero nos mandó directo a ti.

—No preguntaré cómo supo dónde encontrarme.

—No los envié en tu búsqueda —dijo una voz tranquila y familiar—. Los envié en busca de la Guardia del Regente, que estaba haciendo suficiente ruido como para despertar a los muertos, a los borrachos y a los que no tienen orejas.

—Alteza —dijo Jord, enrojecido. Damen se volvió.

—Si hubiera ordenado que fueran a por ti —añadió Laurent—, les habría dicho que saliste por el único camino que conocías, por el patio de la arena de entrenamiento norte. ¿No fue así?

—Sí —contestó Damen.

La luz previa al amanecer aclaraba el cabello de Laurent y lo hacía parecer algo más pálido y fino; los huesos de su rostro parecían tan delicados como el cálamo de una pluma. Estaba relajado, apoyado en la puerta de los establos como si llevase allí bastante tiempo, lo que explicaría el color del rostro de Jord. No parecía haber venido de palacio, sino de los establos, en los que debía de haber estado bastante tiempo, atendiendo algún otro asunto. Estaba vestido con ropa de montar de cuero, cuya severidad neutralizaba brutalmente cualquier efecto de la frágil luz.

Damen había esperado en parte un traje ceremonial llamativo y extravagante, pero Laurent siempre se había mostrado contra la opulencia de la corte. Y no necesitaba oro para ser reconocido bajo un estandarte; bastaba con el brillo de su cabello descubierto para hacerlo.

El príncipe se acercó. Entonces, recorrió con la mirada a Damen, demostrando una aversión profunda. Verlo con armadura parecía haber rescatado algo desagradable de las profundidades de su persona.

—¿Demasiado civilizado?

—Apenas… —dijo Laurent.

Cuando estaba a punto de contestar, Damen advirtió la figura familiar de Govart y se tensó.

—¿Qué hace él aquí?

—Capitanear la guardia.

—¿Qué?

—Sí, un arreglo interesante, ¿no? —preguntó Laurent.

—Deberíais darle una mascota para dejar a los hombres en paz —dijo Jord.

—No —contestó Laurent al cabo de un momento. Parecía pensativo.

—Les diré a los criados que duerman con las piernas cerradas —añadió Jord.

—Y a Aimeric —dijo Laurent.

Jord resopló. Damen, que no conocía al hombre en cuestión, siguió los ojos de Jord, puestos en uno de los soldados en el otro extremo del patio. Cabello castaño, bastante joven, razonablemente atractivo. Aimeric.

—Hablando de mascotas… —dijo el príncipe con una voz diferente.

Jord hizo una reverencia y se marchó. Ya había cumplido su papel. Laurent había vislumbrado una pequeña figura en la periferia del patio. Nicaise, ataviado con una simple túnica blanca y con la cara sin pintar, acababa de llegar. Tenía los brazos y las piernas desnudos y calzaba unas sandalias. Se encaminó hacia ellos hasta colocarse delante de Laurent. Luego, se quedó allí, mirando arriba. Su cabello era una maraña alborotada. Tenía sombras leves bajo los ojos, marcas de una noche en vela.

—¿Vienes a despedirte de mí? —preguntó el príncipe.

—No —dijo Nicaise.

Le entregó algo a Laurent en un gesto brusco y lleno de repugnancia.

—No lo quiero. Me hace pensar en vos.

Dos zafiros azules y límpidos colgaban de sus dedos. Era el pendiente que había llevado en el banquete. Y que había perdido, de manera estrepitosa, en una apuesta. Nicaise lo mantuvo alejado de sí como si estuviera hecho de algo fétido.

Laurent lo agarró sin decir nada. Lo metió cuidadosamente en un pliegue de su traje de cuero. Entonces, al cabo de un momento, extendió la mano y le tocó el mentón a Nicaise con un dedo doblado.

—Estás mejor sin toda la pintura —comentó.

Era verdad. Sin el maquillaje, la belleza de Nicaise era como una flecha en el corazón. Lo cierto es que era algo que tenía en parte en común con Laurent, sin embargo el príncipe poseía el aspecto confiado y desenvuelto de

un joven en la flor de la vida, mientras que la de Nicaise era una belleza afeminada, propia de jóvenes de cierta edad, de corta vida, que difícilmente sobreviviría a la adolescencia.

—¿Creéis que un elogio me impresionará? —preguntó el chico—. No lo hará, los recibo todo el tiempo.

—Lo sé.

—Recuerdo la oferta que me hicisteis. Todo lo que dijisteis era mentira. Sabía que lo era —dijo Nicaise—. Os marcháis.

—Volveré.

—¿Es eso lo que pensáis?

Damen sintió que el vello se le erizaba por todo el cuerpo. Recordó otra vez a Nicaise en el pasillo después del atentado contra la vida de Laurent. Resistió con dificultad las ganas de partir a Nicaise por la mitad y arrancarle los secretos que albergaba en su interior.

—Volveré —afirmó Laurent.

—¿Para hacer de mí vuestra mascota? —cuestionó Nicaise—. Os encantaría. Hacer de mí vuestro criado.

El amanecer se coló por el patio. Los colores cambiaron. Un gorrión se posó en uno de los postes de los establos cerca de él, pero emprendió el vuelo de nuevo cuando uno de los hombres arrojó una brazada de cuerdas al suelo.

—Nunca te pediría que hicieras nada que te resultara desagradable —contestó el príncipe.

—Miraros es desagradable —añadió el chico.

No hubo una despedida amorosa entre tío y sobrino, solo el ritual impersonal del acto público.

Fue un espectáculo. El regente estaba ataviado con ropas ceremoniales y los hombres de Laurent se presentaron con perfecta disciplina. En orden y elegantes, estaban situados en el patio exterior mientras el regente, en lo alto de las anchas gradas, recibía a su sobrino. Era una mañana cálida. El regente prendió una especie de insignia enjoyada oficial en el hombro de Laurent, luego lo instó a levantarse y lo besó con calma en ambas mejillas.

Cuando Laurent se volvió para mirar a sus hombres, el broche brilló a la luz del sol. Damen se sintió casi mareado al recordar con todos sus sentidos un combate en el que había participado mucho tiempo atrás: Auguste había llevado esa misma insignia en el campo de batalla.

Laurent montó a caballo. Los estandartes se desplegaron a su alrededor en una serie de explosiones estelares, azules y doradas. Sonaron clarines y el

caballo de Govart pateó, a pesar de estar adiestrado. No eran solo cortesanos los que estaban allí para contemplar la escena, sino personas comunes, que se aglomeraban cerca de la puerta. Los grupos que aparecieron para ver a su príncipe formaron una pared de sonido de aprobación. Damen no se sorprendió al ver que Laurent era popular entre los ciudadanos de aquel lugar. Tenía la apariencia de un príncipe, con los cabellos brillantes y un perfil impresionante. Era fácil amar a un príncipe dorado si no tenías que verlo arrancando alas de insectos. Con la espalda recta y sentado sin esfuerzo en su silla, tenía una postura magnífica cuando no espoleaba a su caballo.

Damen, que había recibido un caballo tan bueno como su espada y un lugar en la formación cerca de Laurent, mantuvo su posición cuando emprendieron el camino. Pero al atravesar los muros interiores, no pudo resistirse a girarse hacia atrás y contemplar el palacio que había sido su prisión.

Era bonito, con puertas altas, cúpulas, torres e infinitos patrones complejos y entrelazados tallados en una piedra color crema. Iluminadas gracias al mármol y al metal pulido, las espirales curvas que lo habían escondido de los guardias durante su intento de fuga se proyectaban hacia el cielo.

Era consciente de la ironía de su situación. Partía para proteger al hombre que había hecho todo lo posible por aplastarlo bajo sus pies. Laurent era su carcelero, un hombre peligroso y cruel. Podría herir a Akielos con sus garras como su tío. Nada de eso importaba; solo detener urgentemente la maquinaria de los planes del regente. Si ese era el único medio de impedir la guerra o posponerla, entonces Damen haría todo cuanto fuera necesario para mantener a salvo al príncipe. Se había hecho esa promesa.

Pero, después de atravesar los muros exteriores del palacio vereciano, entendió una cosa más. Por muchas promesas que hubiera hecho, la realidad era que estaba abandonando aquel palacio y que no tenía la intención de regresar jamás.

Volvió los ojos al camino, a la primera parte de su trayecto. Se dirigía al sur. A casa.

Agradecimientos

Este libro nació durante una serie de conversaciones telefónicas de lunes por la noche con Kate Ramsay, quien dijo en algún momento: «Creo que esta historia va a ser más grande de lo que imaginas». Gracias, Kate, por ser una gran amiga cuando más lo necesitaba. Siempre recordaré el sonido del viejo teléfono escacharrado en mi pequeño apartamento de Tokio.

Le debo muchísimo a Kirstie Innes-Will, mi increíble amiga y editora, que leyó numerosos borradores y trabajó incansablemente para mejorar esta historia. No hay palabras que puedan transmitir cuánto ha significado esa ayuda para mí.

Anna Cowan no es solo una de mis escritoras favoritas; también me ayudó mucho en esta historia con sus increíbles sesiones de lluvia de ideas y sus perspicaces comentarios. Muchas gracias, Anna. Esta historia no sería lo que es sin ti.

Muchísimas gracias a mi grupo de escritura —Isilya, Kaneko y Tevere—, por todas sus ideas, comentarios, sugerencias y apoyo. Tengo mucha suerte de tener amigos escritores maravillosos como vosotros en mi vida.

Y, finalmente, a todos los que formaron parte de la experiencia *online* de *El príncipe cautivo*, gracias a todos por vuestra generosidad y entusiasmo y por darme la oportunidad de escribir un libro como este.

El entrenamiento de Erasmus

Una historia corta de *El príncipe cautivo*

LA MAÑANA EN QUE DESPERTÓ y sintió las sábanas pegajosas debajo de él, Erasmus no entendió al principio lo que había sucedido. El sueño se desvaneció lentamente y dejó una sensación de calor. Se movió, somnoliento. Tenía los miembros pesados a causa de un placer persistente. El tacto de la cómoda cama contra su piel era agradable.

Fue Pylaeus quien tiró de las sábanas y vio las señales. Envió a Delos a tocar la campana y un chico de recados al palacio. Las plantas de los pies del muchacho brillaban sobre el mármol.

Erasmus se levantó, agachó y arrodilló, con la frente apoyada contra la piedra. No se atrevía a creer, pero su pecho se llenó de esperanza. Era plenamente consciente de que estaban retirando las sábanas de la cama, envolviéndolas con mucho cuidado y atándolas con una cinta de hilo dorado para indicar qué había pasado. Por fin, sí; por fin.

«No se puede apresurar al cuerpo», le había dicho el viejo Pylaeus una vez, con simpatía. Erasmus se sonrojó al pensar que quizá su rostro había reflejado su anhelo; sin embargo, todas las noches lo había deseado, había ansiado que llegara antes de que saliera el sol y fuera un día más viejo. El anhelo había adquirido en esos últimos días una nueva cualidad, una nota física que sonaba por su cuerpo como el temblor de una cuerda al tocarla.

La campana comenzó a repiquetear a través de los jardines de Nereus mientras Delos tiraba de la cuerda. Erasmus se levantó, con el pecho invadido por los latidos de su corazón, para seguir a Pylaeus a los baños. Se sentía liviano y muy alto. Era mayor para tomar las sedas de entrenamiento. Tenía tres años más que el mayor, a pesar de todos sus fervientes deseos de que su cuerpo ofreciera lo necesario para mostrar que estaba listo.

En los baños, los chorros de vapor se encendieron y el aire adquirió un cariz pesado. Se mojó primero, luego lo acostaron sobre el mármol blanco, y

su piel se vaporizó hasta que pareció palpitar con los perfumes del ambiente. Estaba acostado en una postura sumisa, con las muñecas cruzadas encima de la cabeza, algo que había practicado solo en su propia habitación algunas noches, como si al practicar pudiera hacer que ese momento llegara. Sus extremidades se volvieron maleables sobre la piedra lisa debajo de él.

Había imaginado cómo sería. Al inicio, con impaciencia y, después, con dulzura. Luego, con el paso de los años, con dolor. Había imaginado que se tumbaría, inmóvil, para recibir los cuidados, que permanecería completamente quieto. Cómo, al final de los rituales del día, le atarían las cintas doradas de las sábanas alrededor de las muñecas y que estaría dispuesto de esa forma en la litera acolchada. Los lazos de la cinta eran tan finos que una única respiración podía hacer que el nudo se soltase, y debía permanecer inmóvil mientras la litera era llevada fuera de las puertas para comenzar su entrenamiento en palacio. También había practicado eso. Mantuvo las muñecas y los tobillos juntos con firmeza.

Salió de los baños aturdido por el calor y dócil, de modo que cuando se arrodilló en la posición ritual, pareció natural; tenía las extremidades maleables y dispuestas. Nereus, el propietario de los jardines, extendió las sábanas, y todos admiraron las manchas. Los chicos más jóvenes se reunieron en corro y, mientras se arrodillaba, lo tocaron y lo homenajearon, le dieron besos en la mejilla, le colocaron una guirnalda de bellas de día en el cuello y flores de camomila tras la oreja.

Al imaginárselo, Erasmus no había pensado que sentiría tanto cariño por cada momento: la pequeña oferta tímida de flores de Delos, la voz trémula del viejo Pylaeus al pronunciar las palabras rituales… El hecho de partir hacía que todo fuera de pronto muy preciado. Un sentimiento lo invadió: no quería quedarse donde estaba arrodillado, sino levantarse y dar a Delos un fuerte abrazo de despedida. Correr al cuarto estrecho que dejaría atrás para siempre, despedirse de la cama vacía, las pequeñas reliquias que también debía abandonar, el ramo de capullos de magnolia en la maceta del alféizar.

Recordó el día en que la campana sonó para Kallias, el largo abrazo que se dieron antes de que partiese. «La campana sonará para ti pronto, lo sé», le había dicho Kallias. «Lo sé, Erasmus». Hacía tres veranos de aquello.

Había tardado demasiado, pero, de repente, en poco tiempo los muchachos habían sido liberados, y las trancas de las puertas se estaban abriendo.

Y fue entonces cuando el hombre apareció en el pasillo.

Erasmus no se dio cuenta de que había caído de rodillas hasta que sintió el frío mármol contra la frente. La imagen avasalladora de la silueta del hombre en la puerta lo había debilitado. La sensación resonó en el interior de Erasmus. El cabello oscuro del hombre enmarcaba una cara imponente, con unos trazos indomables, como los de un águila. Su poder, la curva pronunciada de un bíceps donde una tira de cuero lo envolvía, los músculos de un muslo bronceado entre una sandalia hasta las rodillas y una falda de cuero. Quería mirar otra vez, pero no osaba levantar los ojos de la piedra.

Pylaeus se dirigió al hombre con la gracia que había tenido en sus lejanos tiempos en palacio, pero Erasmus, con la piel caliente, apenas era consciente de él. No oyó las palabras que Pylaeus y el hombre intercambiaron. No supo cuánto tiempo pasó desde que el hombre se marchó hasta que Pylaeus le ordenó levantarse.

—Estás temblando —dijo Pylaeus.

Oyó el tono delicado y atónito de su voz.

—Ese… ¿Era un amo del palacio?

—¿Un amo? —preguntó en un tono amable—. Aquel era un soldado de tu séquito, enviado para proteger tu litera. En comparación con tu amo, no es sino una gota al lado de la gran tormenta que llega del mar y parte el cielo en dos.

Hacía calor en verano.

Bajo el implacable cielo azul, las paredes, los escalones y los senderos se calentaban constantemente; por eso, cuando la noche caía, el mármol despedía calor, como un ladrillo ardiente sacado directamente del fuego. El mar, que se veía desde el patio, parecía retirarse de las rocas secas cada vez que retrocedía desde los acantilados.

Los esclavos palaciegos en entrenamiento hacían lo que podían para mantenerse frescos: se ponían a la sombra; practicaban el arte del abanico; entraban y salían de las refrescantes aguas de los baños; se tumbaban, extendidos como estrellas de mar, junto a las piscinas al aire libre, con la piedra lisa caliente debajo de ellos y un amigo de pie a su lado, tal vez, rociando agua fría en su piel.

A Erasmus le gustaba. Le gustaba el esfuerzo extra que el calor imponía a su entrenamiento, un esfuerzo extra de concentración necesario. Era cierto que el entrenamiento en el palacio debía ser más arduo que en los jardines de Nereus, digno de la cinta dorada que llevaba en el cuello, un símbolo del collar de oro que ganaría cuando terminaran los tres años de entrenamiento

como esclavo cortesano. Digno del broche de oro que usaba, un pequeño peso en su hombro que hacía latir su corazón siempre que pensaba en él, esculpido con una pequeña cabeza de león, la insignia de su futuro amo.

Recibió las lecciones de la mañana de la mano de Tarchon en una de las pequeñas salas de entrenamiento de mármol, llenas de accesorios que no usó, porque repitió las mismas tres formas, una y otra vez, desde el amanecer hasta que el sol ascendió al centro del cielo. Tarchon hacía correcciones impasibles que Erasmus se esforzaba por realizar. Al final de cada secuencia repetía: «Otra vez». Luego, cuando le dolían los músculos, cuando su cabello estaba empapado por el calor y tenía los miembros resbaladizos por mantener una pose, Tarchon le decía brevemente: «Otra vez».

«Así que la flor de Nereus finalmente ha brotado», había dicho Tarchon el día de su llegada.

Lo inspeccionó de forma sistemática y cuidadosa. El hombre era el primer entrenador. Entonces, añadió sin inflexión en la voz: «Tu apariencia es excepcional. Ese es un accidente por el cual no mereces elogio. Ahora te entrenarás para la casa real, la apariencia no basta para garantizarte un lugar allí. Y eres viejo. Eres más viejo que el más viejo con el que he trabajado. Nereus espera que uno de sus esclavos sea elegido para recibir entrenamiento para una Primera Noche, pero en veintisiete años solo nos ha entregado a un aspirante en potencia. El resto eran encargados de los baños o criados de mesa».

Erasmus no supo qué hacer ni decir. Al llegar en la oscuridad sofocada de la litera, había intentado permanecer inmóvil con todo su ser. Una fina capa de sudor lo cubrió por el terror que le provocaba salir al exterior e ir más allá. Más allá de los jardines de Nereus, tranquilos y reconfortantes, que contenían todo lo que conocía en la vida. Agradeció la cobertura de la litera, una tela gruesa que se había bajado para impedir la entrada de la luz. Aquel tejido lo protegía de las miradas humillantes del exterior, era todo cuanto había entre él y el espacio vasto y desconocido, los sonidos, tumultos y gritos amortiguados y nuevos, y la luz cegadora cuando las coberturas de la litera fueron retiradas.

Pero, ahora, los caminos del palacio le resultaban tan familiares como las rutinas del lugar, y cuando sonaba la campana del mediodía, apoyaba la frente contra el mármol y pronunciaba las palabras rituales de agradecimiento, con los miembros trémulos debido al cansancio, y luego recibía las lecciones de la tarde: idiomas, protocolo, ceremonias, masajes, recitación, canto, cítara…

Al entrar al patio, la sorpresa que sintió lo detuvo y permaneció allí, entumecido.

Un mechón de cabello, un cuerpo inerte. Iphegin tenía el rostro cubierto de sangre y yacía en los escalones bajos de mármol, un entrenador le sujetaba la cabeza y otros dos estaban arrodillados con preocupación. La seda colorida se doblaba sobre él como si fueran pájaros exóticos que se alimentaban.

Los esclavos que recibían entrenamiento se reunieron a su alrededor y formaron un semicírculo de observadores.

—¿Qué ha ocurrido?

—Iphegin ha resbalado en las escaleras. —Y, luego, añadió—: ¿Crees que Aden lo ha empujado?

Era una broma terrible. Docenas de esclavos recibían entrenamiento, pero solo cuatro llevaban el broche dorado, y Aden e Iphegin eran los únicos que portaban el broche del rey. Una voz a su lado dijo:

—Ven, Erasmus.

Iphegin respiraba. Su pecho subía y bajaba. La sangre que le cubría el mentón había manchado la parte delantera de sus sedas de entrenamiento. Debía de dirigirse a su lección de cítara.

—Erasmus, ven.

Erasmus sintió vagamente una mano en el brazo. Miró a su alrededor a ciegas y vio a Kallias. Los entrenadores estaban levantando a Iphegin y lo llevaban adentro. En el palacio, entrenadores preocupados y médicos cortesanos se encargarían de cuidarlo.

—Se pondrá bien, ¿no?

—No —contestó Kallias—. Le quedará cicatriz.

Erasmus jamás olvidaría cómo se sintió cuando lo vio de nuevo: un esclavo en formación, elevándose de una postración ante su entrenador, desgarradoramente encantador, con tirabuzones oscuros voluminosos y unos grandes ojos azules. Siempre había tenido una belleza inaccesible; sus ojos eran como un cielo azul inalcanzable. Nereus siempre decía que bastaba con que un hombre lo mirara para que quisiera poseerlo.

La boca de Aden se curvó hacia abajo en una mueca.

—Kallias. Puedes babear cuanto quieras, todos lo hacen. No te mirará dos veces. Se cree mejor que todo el mundo.

—¿Erasmus? —preguntó Kallias, y se detuvo del mismo modo que Erasmus se había parado, con la misma mirada.

Al cabo de un momento, Kallias abrazó con fuerza a Erasmus, mejilla con mejilla; la mayor intimidad permitida a aquellos a quienes no se les permite besarse.

Aden los observó, boquiabierto.

—Estás aquí —dijo Kallias—. Eres para el príncipe.

Erasmus vio que también llevaba un broche, pero este era de oro simple y no tenía una cabeza de león.

—Yo soy para el otro príncipe —anunció Kallias—. Kastor.

Eran inseparables y tenían una relación tan cercana como en los jardines de Nereus, como si los tres años de separación nunca hubieran existido. Los entrenadores decían que eran íntimos como hermanos con una sonrisa, porque era algo encantador: los jóvenes esclavos tenían una relación similar a la de sus amos principescos.

De noche y en los momentos robados entre los entrenamientos, intercambiaban palabras y parecían conversar de todo. Kallias hablaba con una voz tranquila y seria sobre diversos temas —política, arte y mitología— y siempre estaba al tanto de los mejores chismes de palacio. Erasmus habló con vacilación, por primera vez, sobre sus sentimientos más íntimos, su reacción al entrenamiento y su voluntad de agradar.

Ahora tenía una nueva conciencia de la belleza de Kallias. De cómo parecía estar muy por delante de él.

Por supuesto, estaba tres años por delante de él en lo que respectaba a la formación, aunque tuviesen los mismos años. La edad a la que tomaban las sedas de entrenamiento difería y no se medía en años. «El cuerpo sabe cuándo está listo».

Pero Kallias estaba por delante de todos. Los esclavos que no eran celosos lo idolatraban como a un héroe. Sin embargo, existía cierta distancia entre él y el resto. No era engreído. Solía ofrecer ayuda a los chicos más jóvenes, que se sonrojaban y se incomodaban y ponían nerviosos. Pero las conversaciones nunca eran más que una muestra de educación. Erasmus no sabía por qué Kallias lo escogía, por más que eso le gustase. Cuando vaciaron la habitación de Iphegin y se entregó su cítara a uno de los nuevos muchachos, Kallias se limitó a decir: «Le dieron ese nombre por Ifigenia, la más leal. Pero no recuerdan tu nombre si caes».

Erasmus contestó, seriamente:

—No caerás.

Aquella tarde, Kallias se tiró a la sombra y reposó la cabeza en el regazo de Erasmus, con las piernas estiradas sobre el suave césped. Tenía los ojos cerrados y sus pestañas oscuras descansaban en sus mejillas. Erasmus apenas se movió, no quería perturbarlo; era extremadamente consciente de los latidos

de su corazón, del peso de la cabeza de Kallias en su muslo, y no estaba seguro de qué hacer con las manos. La tranquilidad espontánea de Kallias hizo que Erasmus sintiera una felicidad desbordante y una gran timidez.

—Ojalá pudiéramos quedarnos así para siempre —dijo con delicadeza.

Y, luego, enrojeció. Un rizo de cabello cayó sobre la lisa frente de Kallias. Erasmus quiso extender la mano y tocarlo, pero no tenía el valor suficiente. En cambio, esa osadía salió por la boca.

El calor del verano inundaba el jardín, un pajarito cantaba y un insecto zumbaba lentamente. Observó una libélula posarse en una rama de pimiento. El movimiento lento hizo que fuera más consciente de Kallias.

Al cabo de un momento, dijo:

—He comenzado a entrenar para mi Primera Noche.

Kallias no abrió los ojos. De repente, el corazón de Erasmus latía demasiado rápido.

—¿Cuándo?

—Para recibir a Kastor cuando regrese de Delpha.

Pronunció el nombre de Kastor con exaltación, como hacían todos los esclavos cuando hablaban de los que estaban por encima de ellos; el alabado Kastor.

Nunca tuvo sentido que Kallias entrenase para Kastor. Sin embargo, el Guardián de los Esclavos Reales había decretado que su mejor esclavo no debía servir al heredero ni al rey, sino a Kastor.

—¿Alguna vez has deseado el broche de león? Eres el mejor esclavo de palacio. Si alguien merece estar en el séquito del futuro rey, eres tú.

—Damianos no tiene esclavos hombres.

—A veces…

—No tengo tu color de pelo —contestó Kallias, y abrió los ojos al tiempo que levantaba la mano para enroscar un rizo de Erasmus en su dedo.

A decir verdad, habían trabajado en su color de pelo cuidadosamente para que fuese del agrado del príncipe. Le enjuagaban el pelo a diario con camomila para que se aclarara y brillase, y su piel se mantuvo lejos del sol hasta que pasó del tono dorado de su infancia en los jardines de Nereus a un blanco lechoso.

—Es la forma más barata de llamar la atención —dijo Aden, con una mirada disgustada mientras miraba fijamente el cabello de Erasmus—. Un esclavo real no atrae la atención sobre sí mismo.

Kallias añadió más tarde:

—Aden daría su brazo por tener el cabello claro. Ansía el broche del príncipe más que cualquier cosa.

—Pero él no necesita el broche del príncipe. Entrena para el rey.

—Pero el rey está enfermo —contestó Kallias.

Al príncipe le gustaban las canciones y los versos de batallas, que eran más difíciles de recordar que la poesía romántica que prefería Erasmus, y más largos. Un recitado completo de *La caída de Inachtos* duraba cuatro horas, y de *Hypenor*, seis, por lo que pasaba todos sus ratos libres recitando internamente. «Separado de sus hermanos, no alcanza a Nisos»; «Decididos y con un único propósito, doce mil hombres»; y «Lamakos ataca con su espada y consigue la victoria de forma implacable». Se dormía murmurando las largas genealogías heroicas, las listas de armas y las hazañas que Iságoras había escrito en sus poemas épicos.

Pero aquella noche, dejó que su mente divagase hacia otros poemas. «En la luenga noche, espero»; recitaba sobre las ansias de Laechthon por ver a Arsaces mientras se despojaba de sus sedas y sentía el aire de la noche en su piel.

Todo el mundo cuchicheaba sobre la Primera Noche.

Era extraño que los niños portaran el broche. Quien lo llevaba tenía una posición permanente entre los seguidores de un miembro de la familia real. Significaba más que eso. Por supuesto, cualquier esclavo podría ser llamado para servir en privado si se fijaban en él. Pero el broche implicaba la certeza de una Primera Noche, en la que el esclavo se presentaba en el lecho real.

Los que llevaban el broche recibían las mejores habitaciones, el entrenamiento más estricto y los mayores privilegios. Los que no, soñaban con conseguir uno y trabajaban día y noche por demostrar su valía. Aden había dicho, con un movimiento de su reluciente cabello castaño, que conseguir el broche era algo prácticamente imposible en los jardines masculinos. En los femeninos, por supuesto, era más común. El rey y sus dos hijos tenían gustos previsibles.

Y desde el nacimiento de Damianos, no había una reina que escogiera esclavas para su propio séquito. La amante permanente del rey, Hypermenestra, tenía todos los derechos y mantenía esclavas apropiadas a su estatus, pero, según Aden, era demasiado prudente como para llevar a alguien que no fuese el rey a su cama. Aden tenía diecinueve años y estaba en el último año de su entrenamiento. El joven hablaba sobre la Primera Noche con sofisticación.

Acostado en las sábanas, Erasmus era consciente de la reacción de su cuerpo, que no podía tocar. Solo aquellos con una dispensa especial teníanpermiso para tocarlo allí, para lavarlo en los baños. Algunos días, eso le gustaba. Le gustaba el deseo que surgía en su interior. Le gustaba la sensación de negarse algo para complacer a su príncipe. Era algo severo y espléndido. Algunos días simplemente ansiaba hacerlo, era algo irracional, y eso hacía que la sensación de autonegación, de obediencia, fuese más fuerte; quería hacerlo, pero también deseaba hacer lo que le decían, hasta que lo invadía la confusión. La idea de yacer intacto en una cama y que el príncipe entrara en la habitación… Era un pensamiento avasallador que lo abrumaba.

Todavía no había sido instruido, por lo que no tenía idea de cómo sería. Sabía lo que le gustaba al príncipe, por supuesto. Conocía cuáles eran sus platos preferidos, aquellos que quizá le servirían. Conocía su rutina matutina, la forma en que le gustaba cepillarse el pelo, su estilo de masaje preferido…

Sabía… Sabía que el príncipe tenía muchos esclavos. Los criados hablaban de eso con aprobación. El príncipe tenía un apetito saludable y recibía a amantes con frecuencia; también a esclavos y nobles, cuando sentía la necesidad. Eso era bueno. Mantenía relaciones liberales, y un rey siempre debería tener un gran séquito.

Sabía que los ojos del príncipe acostumbraban a vagar, que siempre le satisfacía algo nuevo y que sus esclavos eran cuidados y mantenidos permanentemente, mientras su mirada deambulaba con frecuencia y se posaba en nuevas conquistas.

Sabía que, cuando deseaba estar con hombres, el príncipe raramente escogía a un esclavo. Era más probable que llegara del anfiteatro con la sangre hirviendo y seleccionase a algún luchador de exhibición. En una ocasión, un gladiador de Isthima que había durado doce minutos luchando contra el príncipe en la arena antes de ser vencido pasó seis horas en sus aposentos después. También había oído esas historias.

Y, por supuesto, bastaba con escoger a un luchador y este se sometería como cualquier esclavo, pues él era el hijo del rey. Erasmus recordó al soldado que había visto en los jardines de Nereus. La idea de que el príncipe lo montara era una imagen maravillosa. No podía imaginar tener ese poder. Entonces, pensó: «Me tomará así», y un temblor profundo recorrió todo su cuerpo.

Cerró las piernas. ¿Qué sensación tendría al ser el receptáculo del placer del príncipe? Se llevó una mano a la cara, caliente y colorada mientras yacía en la cama, expuesto. El aire parecía seda; sus rizos, follaje que caía sobre su

frente. Se tocó la frente y empujó los rizos hacia atrás, e incluso ese gesto pareció extremadamente sensual, el movimiento lento de una persona bajo el agua. Levantó las muñecas por encima de la cabeza e imaginó que estaban atadas con una cinta, que su cuerpo estaba listo para que el príncipe lo tocase. Cerró los ojos. Pensó en el peso, hundiendo el colchón, en la figura informe del soldado que había visto perfilado sobre él, las palabras de un poema: «Arsaces pierde el control».

La noche del festival de fuego, Kallias cantó la balada de Ifigenia, quien había querido tanto a su amo que esperó su regreso, a pesar de que sabía lo que significaba. Erasmus sintió que las lágrimas se le acumulaban en la garganta. Se marchó del recital y salió a los jardines oscuros, donde una brisa fresca corría entre los árboles perfumados. No le importaba que la música pareciera cada vez más lejana. De repente, necesitaba ver el mar.

A la luz de la luna era diferente, oscuro e insondable, pero, aun así, lo sentía ante él, percibía su vasta amplitud. Observó las aguas desde la balaustrada de piedra del patio y notó el viento impetuoso en la cara, como si el mar fuera una parte de sí mismo. Oía las olas. Las imaginó mojando su cuerpo y sus sandalias, y también el agua espumosa girando a su alrededor.

Nunca había sentido eso antes, ese anhelo, ese sentimiento atrevido. Entonces, advirtió que la conocida figura de Kallias se acercaba por detrás de él. Erasmus pronunció las palabras que se acumulaban en su interior por primera vez.

—Quiero atravesar el mar. Ver otras tierras. Ver Isthima y Cortoza, visitar el lugar donde Ifigenia esperó, el gran palacio donde Arsaces se entregó a su amante —dijo, impulsivamente. El anhelo en su interior creció—. Quiero… sentir lo que es…

—Vivir en el mundo —lo interrumpió Kallias.

No era lo que quería decir, pero miró fijamente a Kallias y sintió que se sonrojaba. Y también notó algo diferente en Kallias, a medida que este se acercaba y se apoyaba en la balaustrada de piedra, con los ojos fijos en el mar.

—¿Qué ocurre?

—Kastor ha vuelto antes de Delpha. Mañana será mi Primera Noche.

Erasmus miró a Kallias y vio la expresión distante en su rostro mientras observaba el agua, mientras contemplaba un mundo que Erasmus era incapaz de imaginar.

—Trabajaré duro —contestó, confuso—. Trabajaré muy duro para alcanzarte. Me prometiste en los jardines de Nereus que nos veríamos de

nuevo. Y ahora soy yo quien te promete que iré a palacio. Te agasajarán, tocarás la cítara en la mesa del rey todas las noches y Kastor nunca se apartará de ti. Serás magnífico. Nisos escribirá canciones sobre ti y todos los hombres de palacio te mirarán y envidiarán al príncipe.

Kallias no dijo nada. El silencio se prolongó hasta que Erasmus se sintió cohibido por las palabras que había pronunciado. Y, entonces, su amigó habló con una voz baja y ronca.

—Me gustaría que mi primera vez fuese contigo.

Sintió cómo aquellas palabras generaban pequeñas explosiones en su interior. Fue como si estuviera tumbado descubierto en el camastro, como hacía en sus pequeños aposentos, ofreciendo sus anhelos. Entreabrió los labios sin emitir sonido alguno.

—¿Podrías… podrías rodearme el cuello con los brazos? —preguntó Kallias.

Los latidos del corazón le provocaban un dolor punzante. Erasmus asintió y, luego, deseó poder esconder la cabeza. Se sintió aturdido por la osadía. Pasó los brazos alrededor del cuello de Kallias y acarició la suave piel de su cuello. Cerró los ojos; solo quería sentir su tacto. Fragmentos de poemas flotaban por su mente:

En la sala hipóstila nos abrazamos,
Su mejilla reposa sobre la mía,
La felicidad como esta solo se vive una vez cada mil años.

Apoyó la frente en la de Kallias.

—Erasmus —susurró Kallias con vacilación.

—No pasa nada. No pasará nada mientras no…

Entonces, notó los dedos de Kallias en sus caderas. Era un toque delicado que reflejaba vulnerabilidad y preservaba el espacio entre sus cuerpos. Pero fue como si hubiera completado un círculo; los brazos de Erasmus rodeaban el cuello de Kallias, los dedos de este, posados en sus caderas. El espacio que había entre ellos estaba nublado y era cálido. Entendió por qué tenía prohibido tocar aquellas tres zonas de su cuerpo, pues todas comenzaron a latir.

Fue incapaz de abrir los ojos cuando sintió que Kallias lo abrazaba con más fuerza. Sus mejillas se presionaban una contra la otra entre roces. Sucumbió a la sensación y, durante un solo minuto, sintió…

—¡No podemos! —espetó Kallias, que lo empujó con un grito sofocado.

El joven estaba jadeando, a medio metro de distancia, con el cuerpo curvado, mientras una brisa levantaba las hojas del árbol, que se balanceaban hacia delante y hacia atrás, y el mar ondeaba debajo de ellos.

La mañana de la ceremonia de la Primera Noche de Kallias, el chico comió albaricoques.

Pequeñas mitades redondas, ligeramente maduras, sin acidez y con la dulzura perfecta. Albaricoques, higos rellenos con una pasta de almendras y miel, tajadas de queso salado que se disolvían en la lengua. Comida de fiesta para todos: la ceremonia de la Primera Noche eclipsaba todo cuanto había visto en los jardines de Nereus; constituía el cénit de la carrera de un esclavo. Y en el centro de todo se encontraba Kallias, con el rostro pintado y un collar de oro en el cuello. Erasmus lo miró desde cierta distancia. Se aferraba con firmeza a la promesa que le había hecho. Kallias desempeñó su papel en la ceremonia de forma perfecta. No miró ni una vez a Erasmus.

Tarchon dijo:

—Es digno de un rey. Siempre cuestioné la decisión de Adrastus de enviarlo a Kastor.

«Tu amigo es un primor», le susurraron los criados a la mañana siguiente. Y durante las semanas posteriores le dijeron: «Es la joya de la casa de Kastor. Toca la cítara todas las noches en la mesa y ha desbancado a Ianessa. El rey iría tras él si no estuviera enfermo».

Aden lo zarandeaba para despertarlo.

—¿Qué ocurre? —Se frotó los ojos, somnoliento. Aden estaba arrodillado junto a su estrecha cama.

—Kallias está aquí. Tenía que hacer un recado para Kastor. Quiere verte.

Aquello era como un sueño. Se apresuró a colocarse las sedas lo mejor que pudo.

—Deprisa —lo apremió Aden—. Está esperándote.

Salió al jardín detrás de Aden. Atravesó el patio en dirección a los sinuosos senderos que se escondían entre los árboles. Ya era más de medianoche y los jardines estaban tan tranquilos que oía el leve murmullo del mar. Notó cómo los caminos se extendían bajo sus pies descalzos. A la luz de la luna, vislumbró una figura esbelta y conocida que contemplaba el agua más allá de los altos acantilados.

Apenas advirtió que Aden se estaba marchando. Kallias tenía las mejillas y las pestañas cubiertas de pintura. En lo alto del pómulo, tenía un lunar que atraía la mirada a sus grandes ojos azules. Por el maquillaje que llevaba, debía de haber estado en algún espectáculo palaciego o en la casa de Kastor, junto al príncipe.

Nunca le había parecido tan hermoso. La luna brillaba sobre él y las fulgurantes estrellas caían lentamente en el mar.

—Me alegro mucho de verte y de que hayas venido —dijo Erasmus, sintiéndose feliz aunque repentinamente tímido—. Siempre pido a los miembros de mi séquito que me hablen de ti, y me callo lo mío. Siempre me digo: «Tengo que contarle esto o aquello a Kallias».

—¿Sí? —preguntó Kallias—. ¿Te alegras de verme?

Había algo extraño en su voz.

—Te he extrañado. No hemos hablado desde… aquella noche. —Oía los sonidos del agua—. Cuando…

—¿Intenté cenar en la mesa de un príncipe?

—¿Kallias?

El joven se rio de forma imprevisible.

—Dime otra vez que estaremos juntos. Que servirás al príncipe y yo serviré a su hermano. Cuéntame lo que ocurrirá.

—No entiendo.

—Entonces te lo enseñaré —contestó Kallias, y lo besó.

Sintió los labios pintados de Kallias en los suyos, la presión fuerte de sus dientes, la lengua de su amigo en su boca. Su cuerpo se rendía, pero oía un grito en su cabeza. Parecía que el corazón iba a explotarle.

Estaba aturdido y se tambaleaba, agarrándose la túnica contra el cuerpo para impedir que cayera. Detenido a dos pasos de distancia, Kallias sostenía el broche de oro de Erasmus en la mano. Se lo había arrancado de las ropas de seda.

Entonces, entendió por primera vez lo que habían hecho. Sintió el latido doloroso de sus labios. Estaba aturdido y creyó que el suelo se abría bajo sus pies. Miró fijamente a Kallias.

—No puedes servir al príncipe ahora, estás manchado —dijo con un tono de voz penetrante y frío—. Estás manchado. Por mucho que te frotaras durante horas, no podrías limpiarlo.

—¿Qué significa todo esto? —espetó Tarchon.

De repente, Aden estaba allí con Tarchon a la zaga.

—Me ha besado —soltó Kallias.

—¿Es eso cierto?

Tarchon lo agarró del brazo con fuerza, tanto que le hizo daño.

«No entiendo», había dicho, y seguía sin entenderlo, incluso cuando oyó a Aden decir:

—Es cierto. Kallias ha intentado apartarlo.

—Kallias… —balbució, pero Tarchon le agarró el rostro y lo levantó hacia arriba, en dirección a la luz de la luna.

Allí estaba la prueba: tenía los labios manchados por la pintura de Kallias.

—Me ha dicho que no podía dejar de pensar en mí. Que quería estar conmigo, no con el príncipe. Yo le he dicho que eso estaba mal, pero no le ha importado —afirmó Kallias.

—Kallias… —susurró Erasmus.

Tarchon lo zarandeó.

—¿Cómo has podido hacer esto? ¿Querías que perdiese su posición? Te has destruido a ti mismo. Has desperdiciado todo cuanto has recibido, el trabajo de docenas de personas, el tiempo y la atención que te han dedicado. Nunca servirás en estos muros.

Sus ojos buscaron desesperadamente la mirada de Kallias, frío e intocable.

—Dijiste que querías cruzar los mares —añadió Kallias.

Tres días de confinamiento, mientras los entrenadores entraban y salían y hablaban de su destino. Y, luego, lo impensable.

No hubo testigos. No hubo ceremonia. Le pusieron un collar de oro alrededor del cuello y lo vistieron con sedas de esclavo que no había ganado, que aún no merecía.

Ya era un esclavo completo, dos años antes de lo previsto, y lo estaban enviando lejos.

No comenzó a temblar hasta que lo llevaron a una sala de mármol blanco en una parte desconocida del palacio. Extraños ecos resonaban en aquel lugar, como si fuera una vasta caverna que contenía agua. Trató de mirar a su alrededor, pero las figuras se movían como la llama de una vela tras un vidrio ondulado.

Aún sentía el beso, la violencia, los labios hinchados…

Pero, poco a poco, tomó conciencia de que la actividad de aquella sala tenía un propósito más elevado. Había otros esclavos en formación con él. Reconoció a Narsis y a Astacos. Narsis tenía unos diecinueve años y un temperamento simple pero dulce. Nunca llevaría el broche, pero sería un

excelente criado de mesa y tal vez un día él mismo sería un entrenador de esclavos, paciente con los niños más pequeños.

La atmósfera de aquel lugar era extraña. Se oían ruidos del exterior por doquier. El volumen de las voces de hombres libres subía y bajaba; eran los amos, en cuya presencia jamás se le había permitido estar hasta ese momento.

Narsis susurró:

—Toda la mañana ha sido así. Nadie sabe lo que está pasando. Según los rumores, unos soldados han ido a palacio. Astacos dice que ha visto a unos cuantos hablando con Adrastus, pidiendo el nombre de todos los esclavos que pertenecían a Damianos. Se han llevado a todos los que vestían el broche del león. Pensábamos que estarías allí. No aquí, con nosotros.

—Pero ¿dónde estamos? ¿Por qué nos han… Por qué nos han traído aquí?

—¿No lo sabes? Nos van a meter en un barco. Hay doce de nosotros y otras doce esclavas.

—¿Vamos a Isthima?

—No, recorreremos la costa. Nos llevan a Vere.

Por un momento, pareció que los sonidos del exterior se hacían más fuertes. Se oyó un estruendo metálico distante que no fue capaz de interpretar. Otro. Buscó respuestas en Narsis y vio su expresión confusa. Entonces, se le ocurrió, estúpidamente, que Kallias sabría lo que estaba sucediendo y que debería preguntárselo. Y, en ese momento, comenzaron los gritos.



C. S. Pacat es la autora de la trilogía *best seller El príncipe cautivo* y de la saga de cómics *Fence*. Pacat nació en Australia y estudió en la Universidad de Melbourne, y ha vivido en muchas ciudades, entre ellas Tokio y Perugia, en Italia. Actualmente, reside y escribe en Melbourne.

El príncipe cautivo, la primera entrega de esta serie, nació como una obra autopublicada y escrita por entregas, que más tarde atrajo la atención de Penguin USA, quien decidió llevar la obra a las librerías. La trilogía de *El príncipe cautivo* se ha convertido en un fenómeno de ventas del USA Today y ha recibido excelentes críticas.

